

SAN JUAN CRISOSTOMO

**HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE
SAN PABLO A LOS ROMANOS**

VOLUMEN I

Traducción, prólogo y notas empezada por el
Rvdo. P. Bartolomé M.^a Bejarano S. J.

Serie
Los Santos Padres
N.º 21

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-535-1990

I.S.B.N.: 84-7770-169-5

I.S.B.N. de la obra: 84-7770-167-9

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Nave 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO

A LAS HOMILIAS SOBRE LA CARTA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS

Entre los más elegantes discursos del Crisóstomo se cuentan las treinta y dos homilías sobre la carta a los Romanos.

En su composición se esmeró mucho el Santo Doctor, porque en ella había tratado el Apóstol cosas oscurísimas que exceden la razón humana y exigen en el intérprete gran ingenio y perspicacia.

En efecto, fue tanto el trabajo y diligencia que puso en explicar los profusos misterios que encontramos en esta carta a cada paso, que difícilmente la encontramos igual en sus demás escritos. Y con razón, porque en esta admirable carta se encuentran muchas cosas acerca de la predestinación y la gracia que han fatigado a los más altos ingenios y, sin una esmerada precaución, no pueden tratarse sin gran peligro de errar.

En el prólogo al tomo 12 de la Colección Excelsa, página 25, hemos tratado de la elocuencia de San Juan Crisóstomo y de su excelencia como expositor del sagrado texto. El P. Cornely, decimos allí, en su *Introductio in V.T. Libros Sacros*, t. I.^o, n. 237, dice: “Su más excelente obra son las homilías sobre todas las cartas de San Pablo; y no sin razón sostienen muchos que ni entre los Padres ni entre los expositores modernos hay quien le haya igualado en ilustrar la profundidad paulina”.

Y su discípulo San Isidoro Pelusiota, carta 32 del tomo V, era de sentir que sobre todo en la exposición de la carta a los Romanos acumuló mil tesoros la sabiduría el Crisóstomo. Tengo para mí, añade

(y nadie crea que lo digo por lisonja), que si el divino Pablo hubiese tenido que expresarse en lengua ática no lo hubiese hecho de otro modo que este célebre maestro. ¡Tanto campea su interpretación ya por el fondo, ya por la hermosura de la forma y propiedad de la dicción!" Juicio que ha sido repetido con frecuencia.

Otros muchos sabios han dado juicios semejantes acerca de estos sermones, reconociendo de consumo la sutileza de ingenio, la fuerza y elegancia en el decir, y su natural elocuencia, y un estilo semejante a las demás obras del Crisóstomo, de tal manera, que no ha habido quién ponga en duda la autenticidad de esta obra.

No es tan unánime el consentimiento de los escritores acerca del lugar en que el Crisóstomo tuvo estos sermones, si fue en Antioquía o en Constantinopla. Casi todos sostienen que en Antioquía, fundados en las palabras del Santo, que en la homilía octava reprende las discordias de sus oyentes diciéndoles: "Ciertamente estamos en el mismo redil y bajo el mismo pastor, y aquí en la iglesia no veo sedición alguna, pero que acabe el sermón y veréis acusarse e injuriarse unos a otros, envidiosos unos, rapaces y violentos otros". De este modo podía hablar en Antioquía, en donde San Flaviano era obispo y pastor, no en Constantinopla, donde el obispo y el pastor era él. También en la homilía trigésima insinúa que está hablando en el lugar en que estuvo y predicó San Pablo, el cual estuvo y predicó en Antioquía, nunca en Constantinopla.

El año en que compuso y predicó el Santo estas homilías no se sabe con certeza; pero debió de ser después del 388; porque en los años anteriores, en que ejerció el oficio de predicador, publicó tantas homilías que no es posible que tuviese también éstas. El P. Juan Stilling, S. J., en el "Acta Sanctorum", a 14 de septiembre, n. 444, opina que las comenzó hacia principios del año 391.

De las cartas de San Pablo ésta es la primera que explicó, como se ve por el prólogo, en que ensalza en general las cartas del Apóstol y se detiene luego a discutir el orden cronológico de las mismas.

Además, al principio de la primera homilía pregunta por qué puso San Pablo su nombre al frente de sus cartas, siendo así que ni el nombre de Moisés ni el de los Evangelistas aparece al principio de sus obras. Esta pregunta hubiera sido oportuna en cada carta; pero una vez dada en la primera la conveniente respuestas, no era ya necesaria.

La traducción está hecha sobre el texto del benedictino Bernardo

de Montfaucon, transcrita por Migne. En los resúmenes que encabezan las homilías hemos consultado al benedictino Remigio Ceilliez en su “*Historie Générale des Auteurs Sacrés et Ecclesiastiques*”, tomo IX.

HOMILIA INTRODUCTORIA

No había semana en que por dos o tres y aun cuatro veces no se leyesen en la Iglesia de Antioquía las epístolas de San Pablo en las fiestas de los mártires. A esta lectura, San Crisóstomo se sentía como arrebatado y fuera de sí y abrasado de un santo ardor, como si estuviese viendo y oyendo predicar al Santo Apóstol en persona. Mas una nube de tristeza aguaba su gozo al considerar que muchos, o no conocían las cartas del Santo, o no hacían de ellas el debido aprecio.

Verdad es que muchos, cargados de obligaciones para con su mujer, sus hijos y su casa y familia, no tenían lugar para darse de lleno al estudio de la Escritura santa; mas San Crisóstomo deseaba que procurasen sacar provecho de lo que otros habían recogido, y que no pusieran menos ardor en escuchar las verdades que se les anunciaban que en allegar riquezas.

De la ignorancia, añade, de los Libros sagrados han nacido una infinidad de males. De aquí la perversión de las herejías, de aquí la corrupción de las costumbres, de aquí la inutilidad de tantas ocupaciones y trabajos vanos y estériles a que se han dado los cristianos en vez de aplicarse a su lectura. Pues así como los ciegos no pueden andar derecho sin un guía, así los que carecen de la luz de las Escrituras divinas, vendrán a dar necesariamente en muchos extravíos.

Advierte San Crisóstomo que la carta a los Romanos no es la primera que escribió el Apóstol: que escribió antes a los Corintios y a los Tesalonicenses. Pero es indudable que la escribió antes que todas las que envió desde Rom, a donde no había llegado aún cuando la escribió, como se ve por sus palabras: *Tengo gran deseo de veros para comunicaros alguna parte de gracia espiritual a fin de robusteceros.*

Desde Roma escribió a los Filipenses, a los Hebreos y a Timoteo. Este examen de la fecha de las cartas de San Pablo le parece importante a San Crisóstomo, para dar razón de las diferentes maneras con que el Apóstol propone algunas verdades. En la carta a los Romanos y en la que dirigió a los Colosenses trata del mismo autor de las prescripciones legales en cuanto a las comidas; pero usando mucha condescendencia con los Romanos y no con los Colosenses; porque así era necesario a los principios y no después.

Parece que San Pablo no tenía gran necesidad de escribir a los Romanos;

porque, según lo que él mismo dice, estaban tan instruidos en todo género de ciencias, que podían ser maestros de otros. Escribió, no obstante, para darles a conocer que él era el Apóstol de los Gentiles y el Ministro de Jesucristo en las Naciones. Este es el fin de la carta. Y si alaba a los Romanos es con el fin de captarse su benevolencia para así poder darles los avisos e instrucciones que creía necesarias.

HOMILIA INTRODUCTORIA

Al oír con frecuencia y en ocasiones tres o cuatro veces por semana, la lectura de las Cartas de San Pablo, cuando celebramos la conmemoración de los Santos Mártires, me alegro y salto de gozo, disfrutando de aquella espiritual trompeta, y me lleno de entusiasmo al escuchar aquella voz amiga, y casi me parece estarle viendo y oír sus razonamientos; pero me da gran pena y sentimiento que no conozcan todos como debieran a un tal excelente varón; pues hay quienes lo desconocen tanto, que ni saben siquiera el número de sus cartas. Y la causa de eso es, no que sean incapaces de comprenderlo, sino que no quieren frecuentar el trato de esta varón santo. Pues tampoco yo lo que sé, si algo sé, lo he alcanzado a causa de la perspicacia de mi ingenio, sino por la asiduidad con que manejo sus escritos y por el grandísimo amor que le profeso. Pues los que aman conocen mejor que los demás los hechos de las personas queridas, por eso, porque se interesan más por sus cosas: testigo este bienaventurado varón escribiendo a los Filipenses: *Según es de justicia para mí sentir eso de todos vosotros; por cuanto os tengo en mi corazón a vosotros que tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del Evangelio, sois todos partícipes de mi gracia*. Si queréis, pues, poner diligencia en aprender, eso os bastará, pues no puede faltar la palabra de Cristo: Buscad y hallaréis, llamad y os abrirán ¹ (Mat., 7;7).

Mas como muchos de los aquí reunidos tienen que atender al sustento de su mujer y de sus hijos y al cuidado de su casa, y no pueden darse de lleno a este estudio, aplicaos a aprender lo que otros han recogido, y poned tanto empeño en oír la explicación como en juntar dinero. Pues, aunque es cosa vergonzosa no exigiros más, ojalá hagáis eso siquiera.

CUÁN GRANDES MALES CAUSA LA IGNORANCIA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS. ORDEN CRONOLÓGICO DE LAS CARTAS DE SAN PABLO. Porque

son innumerables los males que de la ignorancia de las Sagradas Escrituras se han originado: de aquí nació tanta peste de herejías, de aquí el vivir flojo y desidioso, de aquí los trabajos sin provecho. Pues así como los que carecen de luz no pueden caminar derecho y sin tropiezo, así también los que no gozan de los luminosos rayos de las divinas Escrituras, necesariamente pecan y cometen frecuentes yerros, como quien anda en densísimas tinieblas.

Pues, a fin de que no nos suceda eso, abramos los ojos al fulgor de las enseñanzas del Apóstol, ya que su lengua brilla más que el sol, y supera a todos los demás en la enseñanza de sus palabras. Porque como trabajó más que ellos ² (I. Cor., 15, 10); así se atrajo muy grande gracia del Espíritu Santo; lo cual sostendría yo no sólo de sus cartas, sino también de sus hechos. Pues si se ofrecía hablar al pueblo, en todas partes le daban la preferencia, hasta tal punto, que llegaron a creerse los infieles que era Mercurio ³ (Act. 14. II), porque era el orador más distinguido.

Antes de comenzar la explicación de esta carta, conviene puntualizar el tiempo en que fue escrita. Porque no se escribió, como creen muchos, antes que todas las demás; sino, que aunque es ciertamente la primera de todas las que el Apóstol envió desde Roma, es, sin embargo, posterior a otras suyas, aunque no a todas. Porque la precedieron las dos dirigidas a los Corintios; lo cual se prueba evidentemente por lo que él dice al fin de ésta. *Mas ahora voy a Jerusalén en servicio de los santos. Porque han tenido a bien Macedonia y Acaya disponer una colecta a favor de los pobres que hay en Jerusalén* ⁴ (Rom., 15, 25, 26); a los Corintios, en cambio, les dice: *Y si valiere la pena de que yo vaya, irán conmigo* (I. Cor., 16, 4), hablando de los que habían de llevar el dinero. Por donde claramente se ve que cuando escribía a los Corintios era todavía incierto si había de ir él o no; mientras que cuando escribió a los Romanos era ya cosa fija y decidida que había de ir. Por tanto, ésta es posterior a la de los Corintios. También la carta a los Tesalonicenses, me parece anterior a la de los Corintios. Pues habiéndoles escrito primero sobre la limosna estas palabras: *En lo que toca a la caridad fraterna no tenéis necesidad de que se os escriba; puesto que vosotros mismos sois amaestrados de Dios a amaros los unos a los otros, y en efecto, lo hacéis con todos los hermanos* ⁵ (I. Tes., 4, 9, 10), escribió luego a los Corintios; lo cual prueba él mismo diciendo: *Porque conozco vuestra prontitud de áni-*

mo, por razón del cual me glorío de vosotros delante de los Macedonios; pues la Acaya está apercebida desde el año anterior; y vuestro celo estimuló a la mayor parte ⁶ (2 Cor., 9, 2). Con lo cual demuestra que les había hablado primero de este asunto. Por tanto, esta carta, que es la primera de las que escribió en Roma, es posterior a aquéllas. Pues todavía no había venido a Roma, cuando escribió ésta; como lo indica diciendo: *Porque ansío veros a fin de comunicaros alguna gracia espiritual* ⁷ (Rom., I, II).

Desde Roma escribió a los Filipenses; por eso dijo: *Os saludan todos los Santos, singularmente los de la casa del César* ⁸ (Filip., 4, 22). También a los Hebreos les escribió desde allí, y les decía que los saludaban los que estaban en Italia ⁹ (Hebr., 13, 24). Asimismo escribió desde la cárcel de Roma la carta a Timoteo, la cual me parece a mí que es la última que escribió, como se ve por su final: *Porque cuanto a mí, ya se da principio a mi inmolación, dice, y el momento de mi partida es inminente* ¹⁰ (2 Tim., 4, 6). Pues que aquí haya sido el fin de su vida, nadie lo ignora. La carta a Filemón es también de las últimas, pues la escribió en su extrema vejez, y así decía: *Como Pablo, anciano, y ahora prisionero de Cristo* ¹¹ (Fil., 9), ésta precedió a la de los Colosenses, como se ve por su final, en donde dice así: *De todas mis cosas os informará Tíquico, a quien envié con Onésimo, el hermano fiel y querido* ¹² (Col., 4, 7-9). Onésimo era aquél en favor del cual escribió la carta a Filemón. Pues que no se tratara de otro del mismo nombre, se ve por Arquipo; porque al que en la carta a Filemón tomó por intercesor para alcanzar perdón para Onésimo, a ese mismo estimula en la carta a los Colosenses con estas palabras: *Decid a Arquipo: Considera el ministerio que recibiste para que lo lleses cumplidamente* ¹³ (Col., 4, 17).

Paréceme a mí que la carta a los Gálatas precedió a la dirigida a los Romanos. Y, aunque en la Biblia tienen otro orden, no hay que extrañarse; porque tampoco los doce profetas están colocados en la Biblia según el orden del tiempo. Ageo y Zacarías y otros profetizaron después que Ezequiel y Daniel; y muchos después que Jonás y Sofonías y otros; y no obstante, están juntos con todos aquellos, de los que los separan años y siglos.

2. Nadie crea que esto es tomarse un trabajo inútil ni crea que esta discusión es mera curiosidad y cosa superflua; porque el tiempo en que se escribió cada carta ayuda mucho para resolver dificultades.

Pues viendo a Pablo tratar de modo tan diverso a los Romanos y a los Colosenses, escribiéndoles sobre las mismas cosas; a aquellos con grande indulgencia, como cuando, les dice: *Al que es débil en la fe hacedle buena acogida, no dando fallo sobre opiniones. Hay, quien cree poder comer de todo; mas el que es débil, come verduras* ¹⁴ (Rom., 13, 1, 2). A los Colosenses, en cambio, tratando de lo mismo, no les habla así, sino con mayor libertad: *Si habéis muerto con Cristo a los rudimentos del mundo, ¿por qué cual si vivieseis en el mundo os dejáis imponer leyes?: “No tomes, no gustes, no toques”. Cosas todas destinadas a la corrupción con el uso, que no son de estima alguna y sólo sirven para la hartura de la carne* ¹⁵ (Col., 2, 20-23); no encuentro otra razón de esta diferencia, sino las circunstancias del tiempo, porque a los principios convenía usar de indulgencia, no así en lo sucesivo. Y del mismo modo se condujo en otras ocasiones.

Así proceden también los médicos y los maestros: pues no cuidan lo mismo los médicos a los que están a los principios de la enfermedad, que a los convalecientes; ni los maestros a los pequeñuelos, que a los que exigen más amplia enseñanza.

Pablo, pues, a unos escribía impulsado de un motivo y a otros de otro; a unos de una materia y a otros de otra, como lo indica escribiendo a los Corintios: *Acerca de lo que me escribisteis* ¹⁶ (I. Cor., 7, 1); a los Gálatas, en cambio, ya desde el exordio y por toda la carta les habla de lo mismo; mas a éstos (a los Romanos); les dice por qué causa y razón les escribe; y parece dar testimonio de la virtud y ciencia que poseen, hasta tal punto, que están en condiciones de amaestrar a otros. ¿Por qué, pues, les envía esta carta? Por la gracia de Dios, dice, *por la gracia de Dios que se me ha dado, para que sea ministro de Jesucristo* ¹⁷ (Rom., 15, 16). Y por eso, al principio dijo: *Deudor soy para predicaros con todo el empeño posible el Evangelio a los que estáis en Roma* ¹⁸ (Rom., 1, 14, 15). Porque sus expresiones, v. gr., que podían amaestrar a otros y otras parecidas, las decía por alabarlos y estimularlos; pero tenían necesidad de ser formados por cartas. Y como aún no había llegado allá, los enseña de dos maneras, por medio de cartas y por la esperanza de su llegada; porque tal era el temple de aquella alma santa: abrazaba todo el mundo, y a todos los llevaba en el corazón por donde quiera que iba, juzgando que no hay parentesco más estrecho que aquel que es según Dios; y de tal modo los amaba a todos, como si fueran hijos suyos; más, mayor era su

amor que el de todos los padres naturales. Pues tal es la gracia del Espíritu Santo: supera a la paternidad según la carne y es más ardiente su afecto.

Lo cual puede verse principalmente en el alma de Pablo, que, tomando alas por la caridad, los visita sin cesar a todos, sin darse punto de quietud y reposo. Porque habiendo oído decir que Cristo había dicho: *Pedro, ¿me amas? Apacienta mis ovejas* ¹⁹ (Jn., 21, 15), y que había enseñado ser ésta la caridad más extremada la ejercitaba sobre manera con todos.

Imitándole, pues nosotros, si no el orbe entero, o ciudades y regiones, al menos eduque, reforme y edifique cada uno su casa, su esposa, sus hijos y amigos y vecinos.

Y ninguno me diga: Yo soy muy rudo e ignorante. Nadie más ignorante que Pedro, nadie más inculto que Pablo: él mismo lo confiesa, y no se avergüenza de decirlo: *si bien soy inculto en la palabra, mas no en la ciencia* ²⁰ (2 Cor., II, 2) y, sin embargo, éste, inculto y aquél, ignorante, superaron a cien filósofos y redujeron al silencio a mil retóricos, realizándolo todo con su laborioso tesón, ayudado de la divina gracia. ¿Qué excusa tendremos, pues nosotros que no bastamos para veinte ni somos de provecho a aquellos con quien vivimos? Excusas son todo eso y pretextos, pues ni la ignorancia, ni la impericia, impiden enseñar y educar, sino el descuido, indolencia y pereza. Sacudamos, pues, el sueño y la desidia, y cuidemos de nuestros miembros con grande empeño, y gozaremos aquí de una tranquilidad envidiable, educando en el temor de Dios a los nuestros, y alcanzaremos allí innumerables bienes, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y en el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRIMERA (I, 1-7)

Moisés y los continuadores de la Historia Sagrada no expresaron sus nombres al frente de sus escritos, como tampoco los Evangelistas. San Pablo, por el contrario, encabezó con su nombre todas sus cartas, excepto la dirigida a los Hebreos, porque preveía que aquel pueblo, prevenido contra él, la habría rechazado al ver su nombre al frente de ella. La razón de esta diferencia es que Moisés y los otros escritores tenían delante a sus destinatarios, y así no necesitaban poner sus nombres; mientras que San Pablo escribía a iglesias y personas lejanas y en forma de cartas, y así fue preciso expresar quien las enviaba.

Cambió Dios al Apóstol el nombre de Saulo en Pablo a fin de que, aun en esto no fuese inferior a los demás Apóstoles y al mismo jefe de ellos.

Es de notar el nombre de *Siervo de Jerusalén* que se da al principio de su carta; porque hay muchos grados de servidumbre. Por creación, y así dijo David: *todas las cosas te sirven* (Pr., 118, 91). Por gracia: *Aunque fuisteis siervos del pecado..., habéis venido a ser siervos de la justicia* (Rom., 6, 17, 18). Por la vida santa, y así dijo Dios: *Ha muerto Moisés, mi siervo* (Jos., 1, 2).

San Pablo se llama luego *Apóstol por vocación divina*, para indicar que él no había buscado este cargo, ni hecho otra cosa que obedecer a Dios. Cree necesario insistir en que su apostolado provenía de una expresa vocación de Dios, porque, escribiendo a un pueblo arrogante y engreído, esperaba así disponerlo a recibir su carta y mirarla como digna de fe. Con el mismo fin les dice que el Evangelio que les predicaba tenía por autor a Dios, para llamar su atención hacia los bienes presentes y futuros que les prometía.

Pero a fin de que los Gentiles no acusasen de novedad este Evangelio, les muestra que es más antiguo que ellos: que los Profetas no sólo habían hablado, sino también escrito acerca de él, y que habían sido figuras suyas por sus propias acciones, como se ve por el sacrificio de Abraham, por la serpiente de Moisés, por los brazos levantados contra Amalec y por la inmolación del cordero pascual.

Después de levantar así sus ánimos, les demuestra que el Mesías tan anunciado y esperado por los Profetas, ha nacido según la carne de la familia de David; significando por esta frase *según la carne*, que el Mesías tenía otro nacimiento del todo divino. Prueba, en efecto, que era Hijo de Dios, por el

testimonio de los Profetas, por sus milagros, por la efusión del Espíritu Santo sobre los fieles, mediante el cual los ha hecho Santos, pues nadie sino Dios puede dar tal don a los hombres; y por su resurrección, porque Jesucristo es la primicias de los resucitados y se ha resucitado a sí mismo.

Dice luego el Apóstol que la gracia del apostolado que ha recibido de Jesucristo ha hecho obedecer a la fe a todas las naciones, reconociendo que esta grande obra debe atribuirse, no a los apóstoles, sino a la gracia proveniente de Dios. Su misión era recorrer las provincias y predicar en ellas el Evangelio; mas los corazones, Dios era quién los había de rendir y persuadir. Esto es lo que dice San Lucas hablando de una mujer que se convirtió a la fe. Abrióle el Señor el corazón para oír con sumisión lo que Pablo decía. Y en otra parte: Aquellos a quienes abrió Dios los oídos para escuchar la predicación, creyeron lo que les anunciaban.

El Apóstol, hablando de la fe de las naciones, dice que lo que hace falta no es argumentar, sino obedecer. No nos ha enviado Dios a enseñar a disputar ni a hacer silogismos, sino para comunicar a los hombres el depósito de la verdad que nos ha confiado. Cuando Dios habla, no deben los hombres examinar lo que dice, ni andar razonando sobre sus palabras, sino someter su juicio.

San Pablo no da preferencia alguna a los Romanos entre las demás naciones, sino que los mezcla y confunde con ellas, poniéndolas al nivel de los Tracios y Escitas, a fin de domar su orgullo y nativa arrogancia y enseñarlos a humillarse y entrar en la misma línea de los otros pueblos llamados como ellos por Jesucristo.

Añade que esta vocación es la primera fuente de donde dimana la santidad; luego pide a Dios para ellos la gracia y la paz, saludánolos con las palabras que Jesucristo ha enseñado a sus discípulos que han de decir al entrar en las casas.

Cuidemos, dice San Juan Crisóstomo, de conservar la paz y la santidad que de Jesucristo hemos recibido. Todas las dignidades del mundo son pasajeras, se desvanecen con esta vida; se adquieren a peso de oro y son más bien meros nombres y títulos que verdaderas dignidades; pues no son más que vana fastuosidad exterior, ocasión de lisonjas de cortesanos que, a la sombra de esa influencia, se afanan por lograr su propio interés. No son así las gracias de la santificación y de la adopción que recibimos de Dios; ni con la muerte misma se pierden, sino que, después de habernos honrado en esta mortal vida, nos acompañan en la eterna.

1. *Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, escogido para el Evangelio de Dios.* 2. *que él había de antemano prometido por medio de sus profetas en las Santas Escrituras.*

1. Moisés, en los cinco libros que escribió, no puso su nombre en ninguna parte; como tampoco los que escribieron los hechos posteriores a él; ni Mateo, ni Juan, ni Marcos, ni Lucas. San Pablo, en cambio puso su nombre en todas sus cartas. ¿Por qué así? Porque aquellos escribían a los que tenían presentes, y era inútil declarar su nombre a los presentes; éste, en cambio, envía sus escritos a los ausentes, y lejanos en forma de cartas: por eso era preciso añadir su nombre. Y si no lo hizo así en la carta de los Hebreos, fue de intento y con gran prudencia. Pues, siendo aborrecido de ellos, desde el principio le hubieran cerrado la entrada al ver su nombre, y para ganárselos usó de este artificio. Y si los profetas y Salomón pusieron sus nombres, a vuestro estudio y diligencia dejo el averiguar, por qué unos lo pusieron y otros no, que no conviene que os lo diga yo todo; sino que también debéis trabajar vosotros para que no os hagáis perezoso e indolentes.

Pablo, siervo de Jesucristo. —¿Por qué le mudó Dios el nombre de Saulo en Pablo?— Porque tampoco en esto fuese inferior a los Apóstoles, sino que gozase de la misma prerrogativa que el príncipe de ellos, y quedase así en más íntima unión con el Colegio Apostólico.

Pues el nombre de esclavo y siervo de Cristo no sin razón se lo dio a sí mismo. Porque muchas son las clases o modos de esclavitud o servidumbre y sus motivos. Primero, por razón de la creación, y así dijo: *Todas las cosas te sirven* ¹ (Ps., 118-91); y asimismo: *Nabucodonosor, mi siervo* ² (Jer., 25, 9); porque la obra es sierva del artífice. Otro modo es por la fe, del cual dijo: *Pero gracias a Dios, de que habiendo sido vosotros esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, fuisteis esclavizados a la justicia* ³ (Rom., 6, 17, 18). Otro modo es por la regla de la vida, del cual dijo: Moisés, mi siervo, ha muerto ⁴ (Jos, 1, 2). Todos los Judíos eran siervos suyos, pero de un modo especial Moisés, que tanto brilló por la santidad de su vida.

Ahora bien, siendo Pablo siervo de Cristo de todas estas maneras, con razón dijo *siervo de Jesucristo* como la dignidad más excelsa.

Va recorriendo los diversos nombres del Dios encarnado, subiendo de los inferiores a los superiores. Pues el nombre de Jesús lo trajo del cielo el ángel cuando aquel nació de la Virgen; y Cristo se llamó a causa de la unción, la cual es cosa también de la carne. Pues ¿con qué óleo fue ungido? —diréis—. Con ninguno, a la verdad, sino con el

Espíritu Santo, y a los que así ungidos suelen llamar Cristos la Escritura; porque en la unción lo principal es el espíritu; el óleo es cosa secundaria que se añade. Pues, ¿donde llama Cristo a los que no han sido ungidos con óleo? Allí donde dice: *Guardaos de tocar a mis ungidos y no maltratéis a mis profetas* ⁵ (Salm., 104, 15), pues entonces no había institución ni aparato de unciones con óleo.

Llamado a ser apóstol. En todas partes se dice a sí mismo el *llamado*, para mostrar su gratitud e indicar que no era él quien iba buscando al que lo halló, sino que meramente obedeció al llamamiento divino. El mismo apelativo da a los fieles: *Llamados santos* ⁶ (Rom., 1, 7). Pero a aquellos los llamó Dios a la fe; a éste le confió otra cosa: concedióle el apostolado, que encierra en sí innumerables bienes, y excede a todos los dones comprendiéndolos en sí todos. ¿Qué más puede decirse sino que la misión por la que Cristo bajo a la tierra, esa misma les confió al partir? Esto es lo que Pablo también clama y pregona ensalzando la dignidad de los Apóstoles: Embajadores somos en nombre de Cristo y es Dios mismo el que os exhorta, por boca nuestra ⁷ (II Cor., 5, 20); como si dijera: lugartenientes somos de Cristo, o vicecristos.

Escogidos para el Evangelio de Dios. Como en una casa unos se dedican a un empleo y otros a otro, así en la Iglesia están distribuidos también los ministerios. Paréceme que no quiere significar con estas palabras lo que le cayó en suerte, sino que da a entender que ya de antes fue deputado por Dios para esto; al modo que Jeremías escribe que había dicho Dios de él: *Antes que nacieras te santifiqué o segregué y te destiné para profeta entre las naciones* ⁸ (Jer., 1, 5).

Porque como escribía a una ciudad arrogante y fastuosa, con toda esta manera de hablar les da claramente a entender que es ordenación del mismo Dios, pues El fue quien lo escogió y lo destinó. Y procede de esta manera a fin de que acepten la carta como fidedigna y autorizada.

Para el Evangelio de Dios. No son, pues, Mateo y Marcos los únicos evangelistas, como tampoco es éste el único apóstol, sino que también otros, aunque por excelencia se llame éste Apóstol y aquellos Evangelistas. Y lo llama Evangelio; no sólo por los bienes producidos, sino también por los futuros. Pero, —¿cómo dice que es Dios evangelizado por él, diciéndose escogido para el Evangelio de Dios? ¿Acaso no era conocido el Padre antes de los Evangelios?— Ciertamente que era conocido, pero sólo de los Judíos, y ni aún de todos ellos tanto

como convenía. Pues ni siquiera sabían que era Padre, y además pensaban de El entonces muchas cosas indignas. Por eso dijo Cristo: *Vendrán los adoradores de verdad*. Porque tales son los adoradores que el Padre quiere ⁹ (Jn., 4, 23). Y por fin el con el Hijo se ha manifestado al mundo entero. Profetizando lo cual, decía Cristo: *Para que te conozcan a ti solo Dios verdadero y a Jesucristo a quien enviaste* ¹⁰ (Jr., 17, 3); y le llama Evangelio para levantar desde el principio los ánimos de los oyentes, pues no vino a anunciar tristes nuevas, como lo hicieron los profetas, improperios, acusaciones, increpaciones; sino evangelios y evangelios de Dios, es decir, tesoros infinitos de bienes inmutables y eternos.

Que él había de antemano prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas. Porque el Señor, dice, dará palabra a los que anuncian con valor la buena nueva ¹¹ (Sal., 67, 12) , y también: *¡Oh, qué hermosos son los pies que anuncian la buena nueva!* ¹² (Is., 52, 7).

2. ¿No ves claramente expresado el nombre y el modo del evangelio en el Antiguo Testamento? Porque no solamente os lo predicamos de palabra, dice, sino con obras, puesto que no es cosa humana, sino divina, arcana, y sobre todo lo natural. Mas como le acusaban de novedad, demuestra que es más antiguo que los Griegos y había sido ya descrito, por los profetas. Y si no lo dio desde el principio, la culpa fue de los que no quisieron admitirlo; pues los que quisieron, lo oyeron. Abraham, vuestro padre, dijo, ardió en deseo de ver este día mío; violó y se llenó de gozo ¹³ (Jn., 8, 56). *¿Cómo es que muchos profetas y muchos justos ansiaron ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron?* ¹⁴ (Mat., 13, 17). Quiere decir que no lo vieron del modo que vosotros lo veis y lo oís, la misma carne y los mismos lineamentos a vista de ojos. Más ruégote que consideres cuánto tiempo antes fue profetizado; pues cuando Dios quiere hacer ostentación de su poder realizando grandes cosas, las anuncia mucho tiempo antes, preparando los hombres para recibirlas.

En las Escrituras santas. Porque los profetas no solamente hablaban, sino que escribían además las cosas que predicaban; y no sólo las escribían, sino que las expresaban por medio de cosas, que eran símbolos o figuras de lo porvenir, como cuando Abraham condujo a Isaac e inmoló el cordero, y Moisés puso en alto la serpiente, y levantó los brazos contra Amalec.

3. *De su hijo que nació de linaje de David según la carne.* ¿Qué hace, Pablo? Después de haber levantado hasta el cielo nuestros ánimos y haber puesto delante de nuestro pensamiento cosas grandes y arcanas, después de haber mentado el evangelio y evangelio de Dios, después de habernos traído el coro de los profetas y habernos dicho que todos ellos profetizaron muchos años antes lo futuro, ¿por qué nos lleva de nuevo a David? ¿De qué hombre hablas ahora dándole por padre del hijo de José? ¿Son acaso dignas estas cosas de las que antes nos dijiste? —Muy dignas, sin duda alguna, porque no hablo yo de un mero hombre, y por eso añadí, *según la carne*, dando a entender que tiene también otra generación según el Espíritu.— Y ¿por qué no comenzó por aquí, y no por allí, por lo más sublime?— Porque por aquí comenzaron también Mateo, Lucas y Marcos. Pues el que ha de conducir al cielo es preciso que vaya de lo bajo a lo alto; porque éste es el orden establecido. Lo primero fue ver aquel hombre en la tierra, y de aquí sacaron que era Dios. Por aquel modo con que El nos impartió sus enseñanzas, por ese mismo nos abre el discípulo el camino que allá conduce. Narra, pues, primero su generación, según la carne, no porque esa sea la primera, sino porque de ésta quiere llevar los oyentes a aquella.

4. *Que fue constituido hijo de Dios en poder según el espíritu de santidad a partir de su resurrección de entre los muertos, Jesucristo.* —Por lo complicado de las palabras, resulta oscuro el sentido de la frase: por esto hay que aclararlo. ¿Qué quiere decir, pues? Predicamos a aquel que ha nacido de David, dice, pero esto es evidente. ¿Por qué? Porque éste es el Hijo de Dios encarnado. Así lo enseñan en primer lugar los profetas, y por eso dice que antes había prometido por los profetas en las Escrituras santas. No es flojo argumento este. Luego también por el modo con que fue engendrado; lo cual declara con estas palabras: *De la estirpe de David según la carne*, puesto que sobrepasó la ley de las concepciones naturales. En tercer lugar, por los milagros que hizo, haciendo ostentación de su gran poder, pues esto significa aquel *En virtud del poder*. En cuarto lugar, por el Espíritu, que dio a los que crecen en él, y por el cual los hizo a todos santos. Por eso dijo: *Según el Espíritu de santificación*. Porque era propio y exclusivo de Dios el derramar con tal abundancia tan magníficos dones. Lo quinto, por la resurrección del Señor. Pues El fue las primicias de la resurrección, y resucitado por su propia virtud. La cual

dice el mismo Señor que es el argumento mayor de todos para cerrar las bocas hasta a los más reacios y descreídos. Pues él dijo: *Destruid este templo y lo levantaré en tres días* ¹⁵ (Jn., 2, 19), y *cuando me levantéis en alto, entonces conoceréis quién soy yo* ¹⁶ (Jn., 8, 28); y también: *Esta raza malvada pide una señal y no se le ha de dar otra que la del profeta Jonás* ¹⁷ (Mat., 12, 39).

¿Qué quiere decir aquella palabra *definido*? —Mostrado, declarado, indicado, confesado por el dictamen y consentimiento de todos, por su portentoso nacimiento según la carne, por su poder de hacer milagros, por el Espíritu, por el cual dio la santificación por la resurrección con que derrotó la tiránica muerte.

5. *Por el cual hemos recibido la gracia y el oficio de apóstol para obediencia de la fe.* Repara el agradecimiento del siervo; nada se atribuye, sino todo al Señor. Pues también nos dio este Espíritu; por eso dijo: *Muchas cosas tengo que deciros; mas, por ahora no podéis comprenderlas. Pero cuando venga aquel Espíritu de verdad, os conducirá a toda verdad* ¹⁸ (Jn., 16, 12, 13). Y asimismo: *Separadme a Pablo y a Bernabé* ¹⁹ (Act., 13, 2). Y en la carta a los Corintios dice: *A uno se le da el lenguaje de sabiduría por el Espíritu, a otro el lenguaje de ciencia* ²⁰ (I. Cor., 12, 8). Y *El reparte todas las cosas como quiere* ²¹ (I. Cor., 12, 11) Y predicando a los Milesios dijo: *En la cual* (grey) os ha puesto el Espíritu Santo como pastores y obispos ²² (Act., 20, 28). ¿Ves cómo todas las cosas que son propias del Espíritu dice que son del Hijo, y las que son del Hijo, que son del Espíritu? *La gracia y el oficio de apóstol*; esto es, el que fuésemos apóstoles no ha sido obra nuestra, pues no hemos alcanzado esta dignidad por nuestro trabajo y nuestra industria, sino que este oficio se nos ha dado por mera gracia y soberano don de lo alto. Para obediencia de la fe.

3. No eran, pues, los apóstoles los que esto hacían, sino la gracia que los prevenía. De ellos era el recorrer el mundo predicando; pero el persuadir era de Dios, que obraba en ellos como lo dice Lucas: *Abrióles el corazón*; y también a quienes fue dado oír la palabra de Dios. *Para obediencia.* No dijo: para investigar o para argumentar, sino para obediencia. Porque no se nos ha enviado para presentar argumentos, sino para comunicar lo que hemos recibido. Pues cuando el Señor dice alguna cosa, no deben los oyentes indagar o escudriñar curiosamente, sino aceptar. Porque los apóstoles para eso fueron enviados, para decir aquello que oyeron, no para añadir de suyo otras

cosas, y a nosotros sólo nos toca el creer. ¿Qué hemos de creer? En su nombre ²³ (Act., 3, 6). No hemos de escudriñar curiosamente acerca de su esencia, sino creer en su nombre: pues éste hacía los milagros; y así dijo: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda* ²⁴ (Act., 3, 6). En estas cosas lo que se necesita es fe. Con el raciocinio nada podemos alcanzar de ellas.

En todas las gentes, entre las cuales estáis vosotros llamados de Jesucristo. ¿Pues qué? ¿Predicó Pablo a todas las gentes? Porque el haber recorrido desde Jerusalén hasta el Ilírico y de aquí a los confines de la tierra, es manifiesto por lo que él escribió a los Romanos. Y aunque no haya llegado a todos, no por eso es falso lo que dice. Porque no hablaba de sí solamente, sino también de los doce Apóstoles y de aquellos que anunciaron el Evangelio en compañía de ellos. Por otra parte, aunque persistas en decir que eso se ha de entender de Pablo, no puedes decir lo contrario, si consideras su fervor y el que ni después de muerto cesa de predicar en todo el orbe. Mira cómo ensalza el don y demuestra su grandeza, mayor y más sublime que el antiguo. Pues las cosas antiguas estaban limitadas a una sola nación; mientras que este don ha conquistado las tierras y los mares.

También quiero que consideres cuán libre de adulación está el alma de Pablo. Pues dirigiéndole a los Romanos, encumbrados en el pináculo de todo el orbe, no les concede más que a las otras naciones, y aunque mandaban e imperaban a todos los demás pueblos, no les dice que tuvieran en lo espiritual más que los otros, sino que les dice: como predicamos a todas las naciones, así también a vosotros, poniéndolos al nivel de los Tracios y Escitas; pues si no hubiera querido dar a entender esto, vano fuera añadir: *Entre los cuales estáis también vosotros.* Y procede así con el fin de reprimir su fastuoso, orgullo, enseñándolos que son iguales a todos los demás. Por eso añade:

6. *Entre los cuales sois también contados vosotros llamados de Jesucristo;* esto es, con los cuales estáis vosotros. Y no dijo, los demás con vosotros, sino vosotros con los demás. Pues si en Cristo no hay siervo ni hombre libre, mucho menos rey y vasallo: Puesto que también vosotros habéis sido llamados y no habéis venido.

7. *A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos; gracia a vosotros y paz de parte de Dios, Padre nuestro y del Señor Jesucristo.* Mira cuántas veces repite la palabra "llamados", diciendo: *Llamado* apóstol; entre los cuales estáis también vosotros

llamados; a todos los que están en Roma *llamados*. Y no es una repetición superflua, sino que tiene por objeto el traerles a la memoria el beneficio. Porque como era verosímil que entre los convertidos hubiera prefectos y consulares, y también particulares y gente plebeya, quitando toda desigualdad de dignidades, los comprende todos bajo un común apelativo. Si, pues, en las cosas más necesarias y espirituales han de ser comunes todas las cosas a los siervos y a los libres; como son la caridad de Dios, la vocación, el evangelio, la adopción, la gracia, la paz, la santificación, y todo lo demás, ¿cómo no ha de ser suma locura el establecer divisiones a causa de intereses terrenales entre los que Dios unió haciéndolos iguales en cosas mayores? Por eso, este bienaventurado varón, ya desde el principio, ahuyentando esta grave enfermedad, los induce a la humildad, madre de todos los bienes. Con lo cual mejoraba a los siervos, porque veían que no recibían de su servidumbre daño alguno, pues gozaban de la verdadera y suma libertad; y educaba también a los amos enseñándoles que no les aprovechaba nada su libertad, si no daban el primer lugar a las cosas a que la fe se refiere.

Y para que entiendas que Pablo al hacer esto no introducía confusión ni lo mostraba todo, sino que tenía bien conocida la distinción más digna de aprecio, no escribió sencillamente “A todos los que estáis en Roma”, sino que con esta distinción: “Amados de Dios” Porque esta es la mejor distinción y nos enseña de dónde proviene la santificación.

4. LA SANTIFICACIÓN PROVIENE DE LA CARIDAD. LA DIGNIDAD QUE SE COMPRA POR DINERO NO ES VERDADERA DIGNIDAD.

¿De dónde proviene, pues, la santificación? De la dilección. Pues habiendo dicho, *Amados*, luego añadió: Llamados a ser santos; danto a entender que aquí tenemos la fuente de todos los bienes. Y santos llama a todos los fieles.

Gracias a vosotros y paz. ¡Oh, salutación causadora de todos los bienes! Esta palabra mandó Dios a los Apóstoles que pronunciaran la primera al entrar en las casas; y por eso Pablo comienza siempre por ella, por la gracia y la paz. Porque no fue pequeña la guerra que Cristo llevó a cabo, sino varia, larga y de mil maneras; y esto no a costa de trabajos por parte nuestra, sino por medio de su gracia. Y como su dilección dio la gracia, y ésta nos trajo la paz, saludando con estas palabras, pide que permanezca perpetua y firme, sin que se

suscite nueva guerra, y ruega al dador que la conserve sin menoscabo con estas palabras: *Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*. Reparad cómo en este lugar aquella partícula *de, o sea, de parte de*, es común al Padre y al Hijo; y equivale a *de parte del cual*. Pues no dijo gracia y paz a vosotros de parte de Dios Padre por mediación de Nuestro Señor Jesucristo, sino de parte de Dios Padre, y de parte de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh qué poderosa fue la dilección de Dios. Los enemigos y réprobos quedaron de repente hechos santos e hijos de Dios. Porque al llamarle Padre indica que son hijos; y al llamarlos hijos manifiesta los tesoros de todos los bienes.

Perseveremos en una vida digna de tantos bienes conservando la paz y la santidad. Porque toda otra dignidad es temporal y vuela con esta vida. Con dinero se compran todas; de donde no merecen llamarse dignidades, no tienen de tales más que el nombre, y todo su mérito consiste en la magnificiencia de los vestidos y en la adulación de sus parciales.

En cambio, este don de la santificación y de la adopción, como dado por Dios, no se pierde con la muerte, sino que, después de enriquecer aquí a sus poseedores, nos acompaña también en la futura vida. Pues el que conserva la adopción y guarda cuidadosamente la santificación, es más rico y dichoso que el que va coronado de diadema y vestido de púrpura, y aún en la presente vida goza de gran tranquilidad, abrigando una firme esperanza, sin ocasión alguna de alborotos y perturbaciones, antes, disfrutando de un perpetuo gozo. Porque la alegría y el júbilo lo dan no los altos puestos, no las grandes riquezas, no el fastuoso poderío, no las fuerzas y robustez del cuerpo, no las mesas opíparas, no los espléndidos vestidos, ni otra alguna cosa humana, sino la vida espiritual y santa y la buena conciencia. El que la conserva pura, aunque, afligido por la necesidad y pobreza, tenga que tolerar grandes hambres y usar vestidos desgarrados y rotos, está más alegre que otros que nadan en delicias; así, como, al contrario, el que tiene conciencia de sus crímenes, aunque abunde en riquezas y poderío, es el hombre más desgraciado del mundo. Por eso Pablo, a pesar de estar pasando hambre y desnudez asidua y sufriendo azotes cada día, estaba más alegre y gozoso que los reyes; y, en cambio, el rey Acab, gozando de tantas delicias en su reino, por haber cometido aquel pecado, gemía cabizcaído y angustiado, tanto antes como después de su injusticia. Si queremos, pues disfrutar grandes deleites,

huyamos ante todo la maldad y sigamos la virtud, pues no es posible alcanzar de otro modo el verdadero gozo, aunque escalemos regios tronos. Por eso decía Pablo: *Los frutos del Espíritu son la caridad, el gozo y la paz* ²⁵ (Gañ., 5, 22). Guardemos, pues, en nosotros este fruto y así gozaremos aquí de alegría, y conseguiremos el futuro reino por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria con el Padre y el Espíritu Santo ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II

San Pablo, después de saludar a los Romanos, da gracias a Dios por el beneficio que Dios les había hecho llamándolos a la fe, que por ellos, es conocida y celebrada en todo el mundo. Con lo cual nos enseña a dar gracias a Dios, no sólo de nuestros intereses y buenos sucesos, sino también de los ajenos, sentimiento que nos libra de la plaga de la envidia y atrae más y más el amor de Dios sobre los que ve tan penetrados de vivo reconocimiento por sus dones y gracias. La palabra: *Es anunciada*, nos enseña que en materia de fe debe el enviado proponer y anunciar lo que ha recibido, sin quitar ni añadir nada, porque éste es propiamente el oficio que le han encargado. Por eso se llama el Sacerdote Angel o Embajador, porque no expone ideas suyas, sino las que le ha inspirado lo que lo envió.

Sobre aquella palabra del v. 9.^o: *Dios, a quien rindo culto en mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo*, nota San Crisóstomo que así como en un Estado hay muchos modos de servir al soberano, así también en la Iglesia hay muchas maneras de servir a Dios. Unos mandan las tropas, otros gobiernan las ciudades, otros administran justicia, otros cuidan de la hacienda. Lo mismo es con Dios; uno le honra con la grandeza de su fe, otro por su santa vida, otro por el cuidado de los pobres y las viudas, como Esteban, y otros por la predicación, como Pablo. Nota asimismo que el culto que este Apóstol daba a Dios, no era meramente exterior y judaico. El culto de los Gentiles era falso y carnal. El de los Judíos, verdadero, pero carnal y grosero. El de la Iglesia es contrario al de los Gentiles, porque es verdadero, y superior al judaico, porque es espiritual. Nosotros adoramos a Dios, no mandando animales, sino ofreciéndole el culto interior de nuestro espíritu, como le dijo el Señor a la Samaritana. Las palabras siguientes: *Tengo gran deseo de veros, para que nos consolemos mutuamente en la fe que nos es común*, dan ocasión a San Juan Crisóstomo para extenderse acerca de la utilidad de las santas compañías. Así como muchas lámparas juntas⁴ forman una gran luz, así muchos fieles reunidos adquieren una fe más viva y ardorosa. Cuando nos hallamos separados unos de otros, sentimos menos ánimo y fervor, más cuando nos hallamos en compañía de nuestros hermanos, muy gran gozo y consuelo. Y no debe juzgarse de los tiempos del Apóstol por los nuestros. Hoy todo está lleno de cristianos; vense en gran número así en los pueblos como

en las ciudades y aun en los destierros. Ha sido desterrada la impiedad. Mas entonces, ¡qué gozo tan grande era para un maestro ver a sus discípulos, y para los fieles recibir las visitas de sus hermanos de otras provincias!

Luego nos propone un modelo de perfecta obediencia en la conducta de San Pablo. Muchas veces había propuesto ir a Roma; mas, temiendo obrar en algo contra la voluntad de Dios, había estado esperando el momento señalado por la Divina Providencia. Porque del Señor es el mandar, y de los siervos el obedecer; y nosotros debemos recibir con sumisión todo lo que Dios ordenare sin meternos a examinar sus razones, por más contrarias que parezcan a nuestros pensamientos.

El fin del viaje de San Pablo era hacer algún fruto entre los Romanos, como entre las otras naciones. Sobre lo cual, San Crisóstomo pondera la gran diferencia entre los primeros predicadores del Evangelio, y los antiguos sabios de la Grecia, que ostentaban orgullo en todo su exterior. Un constructor de tiendas convirtió no solamente la Grecia, sino aún los países más bárbaros. Platón, el célebre Platón, que ellos tanto admiraban, en tres viajes que hizo a Sicilia, no pudo, con sus pomposos discursos, ganarse a aquel rey, sino que aún perdió la libertad. Aquí, al contrario, un artesano recorre no la Sicilia, o la Italia, sino toda la tierra, predicando el Evangelio y juntando el trabajo manual a la predicación, sin que se ofendiesen los grandes del mundo; y con razón, porque lo que a un doctor le envilece no es el ejercicio de un oficio, sino la mentira y el error. Y por eso a aquellos aún los Atenienses los ridiculizan ya, mientras que a éste hasta los bárbaros le escuchan y siguen: porque la doctrina evangélica es común a todos, sin distinción de dignidad ni naciones. Para recibirla no hacen falta silogismos, basta la fe.

Declara también Pablo a los Romanos que él es deudor a los Griegos y a los Bárbaros, a los sabios y a los ignorantes; añadiendo que no se avergüenza del Evangelio de Jesucristo, a fin de enseñarles a no avergonzarse tampoco ellos.

Pregunta San Crisóstomo por qué dijo el Apóstol que *el Evangelio es la fuerza de Dios para salvar primero a los Judíos y luego a los Gentiles*.

A lo cual responde que si los nombra antes que a los Gentiles, no es porque creyese que aquellos tuviesen ventaja alguna sobre éstos, sino que es mero orden de tiempo, y no de excelencia. La ventaja del Judío no es de haber recibido mayor gracia, sino de haberla recibido primero; como sucede en los que reciben el bautismo, que no lo reciben todos a la misma hora, sino unos en pos de otros; y, sin embargo, el que primero recibe el bautismo no tiene otra ventaja que haberlo recibido un poco antes. A seguida demuestra por las palabras de San Pablo y varios ejemplos del Antiguo Testamento que la fe todo lo alcanza, y que debemos obedecer, sin discusiones, a todas las órdenes de Dios, aunque nos mandara cosas tan difíciles como la que le mandó a Abraham, quien cumplió con obediencia ciega la orden que Dios le

dio de sacrificar a su hijo único, no considerando en el mandado más que la autoridad y la dignidad del que lo había dado.

8. *Primeramente doy gracias a mi Dios por mediación de Jesucristo, acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada en todo el mundo.*

1. Digno exordio de un alma santa, que puede servir de ejemplo a todos para que ofrezcan a Dios los comienzos de sus buenas obras y palabras, y le den gracias no sólo por las propias sino también por las ajenas; lo cual, al mismo tiempo que libra el alma de envidias y malignidades, atrae sobre ella la divina benevolencia. Por lo cual dijo en otra parte: *Bendito él, Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo* ¹ (Efes., 1, 3).

CUÁNDO HAY QUE DAR GRACIAS A DIOS. Gracias han de dar a Dios no sólo los ricos, sino también los pobres; ni sólo los sanos, sino aun los enfermos; y no sólo en la prosperidad, sino también en la adversidad. Pues dar gracias cuando sucede todo a pedir de boca no es gran cosa; más cuando en medio de la borrasca fluctúa entre furiosas olas la navecilla del alma, entonces es a Dios muy grata la oblación de la paciencia y de la acción de gracias. Así alcanzó Job su corona y cerró la impudente boca del diablo, mostrando que, cuando todo le iba bien, le movió a mostrarse agradecido no el amor del dinero, sino el amor de Dios. Fíjate en la causa por la cual da gracias Pablo; no es por el mando y el imperio, no es por el poder y la gloria, pues todo eso no vale nada; sino por los verdaderos bienes, por la fe y la libertad de predicar el Evangelio; y mira también el grande afecto con que las da: pues no dice a Dios, sino *a mi Dios*; lo cual hacían también los profetas, considerando como peculiares suyos los beneficios comunes a todos. ¿Y qué maravilla que hagan esto los profetas, cuando lo hizo el Señor de los profetas, atribuyendo a algunos los beneficios comunes a todos y llamándose Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob?

Porque vuestra fe es celebrada en el mundo entero. Pues qué, ¿oyó el mundo entero la fe de los Romanos? Nada tiene de extraño, porque no era una oscura ciudad, sino que puesta en el pináculo del poder, era de todos conocida. Pero repara bien la virtud de la predicación evangélica, como, en muy breve tiempo, por obra de pescadores y publicanos, se enseñoreó de la capital del orbe; y unos pobres Siros fueron doctores y predicadores de la soberbia Roma.

Dos méritos exalta en ellos, el haber creído y el haber creído con gran firmeza y confianza: tanta, que voló su fama por el mundo entero. *Todo el mundo*, dice, ensalza vuestra fe. Pero vuestra fe, no vuestras controversias y disputas, no vuestros silogismos y razones; y cuenta que había allí grandes obstáculos e impedimentos contra su enseñanza. Pues los Romanos, que poco antes se habían adueñado del imperio del mundo, eran altivos y nadaban en riquezas y deleites; y la predicación la traían unos pescadores judíos, e hijos de Judíos, gente de todos odiada y execrada, y predicaban que habían de adorar a un hombre educado en Judea y muerto en un madero; y junto con la fe prescribían una vida durísima aquellos predicadores, y a unos hombres que vivían en la crápula, sin otro anhelo que los bienes presentes. Añade a esto que los predicadores eran unos pobres idiotas, sin luces y desconocidos de todos. Pues a pesar de todo esto, triunfó su palabra, nada hubo capaz de impedir el curso arrollador del Evangelio; tanta era la potencia del Crucificado, que su palabra traspasaba los espacios todos, sin que nada ni nadie pudiera contenerla. *Se anuncia* y encomia *en el universo mundo*. No dijo se manifiesta, sino *se celebra*, como si a nadie se le cayese de los labios.

Y atestiguando esto a los de Tesalónica, añade: *Y partiendo de vosotros ha resonado la palabra de Dios, difundiéndose la palabra de vuestra fe de tal manera que no tenemos nosotros necesidad de hablar palabra* ² (Thes., 1, 8). Porque, convertidos los discípulos en maestros y doctores, hablaban e instruían con tanto valor y confianza a todos, que los arrastraban y convertían. No había dique capaz de contener la predicación, sino que, más vehemente que el fuego, avasallaba el orbe entero.

En el pasaje que ahora explicamos sólo se dice que *es anunciada*; y con razón dice, *se anuncia*, dando a entender que nada se debe añadir ni quitar a lo mandado; porque este es el deber del mensajero o enviado, referir ni más ni menos lo que le han encargado. Y por eso se llama el sacerdote mensajero o ángel, porque debe anunciar, no lo suyo, sino lo de aquél que lo ha enviado. —Pero quien allí predicó fue Pedro—. Bien, pero él toma por suyos los actos de Pedro, lanzando lejos de sí la negra envidia, como antes dije.

9. *Testigo me es Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo, cómo sin cesar hago continuamente memoria de vosotros en mis oraciones.*

2. De entrañas de verdadero apóstol brotan estas palabras, lenguaje son de un padre cuidadoso. Mas, ¿qué significan, y por qué pone por testigo a Dios? Les había dicho cuán gran cariño les tenía. Mas como aún no se habían visto ni tratado, por eso no pone por testigo a ningún hombre, sino al que penetra los corazones de los hombres. Porque después que dijo: Os amo, y les dio por prueba las frecuentes plegarias que por ellos hacía y el deseo que tenía de verlos, como esto no era evidente, recurre a un testimonio fidedigno. ¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que pueda gloriarse de que pide frecuentemente en su casa por toda la Iglesia universal? Creo que no. Pues Pablo sí; él no pide por una ciudad sola, sino por el orbe entero y esto no una, ni dos, ni tres veces, sino con mucha asiduidad y frecuencia. Pues si los lleva continuamente en la memoria, señal que los lleva también en el corazón con muy grande amor y caridad. Pues sus incesantes plegarias por ellos, bien se ve de cuán grande amor son prueba cierta.

En el añadir luego, *A quien sirvo en mi espíritu en la predicación del Evangelio de su Hijo*, nos indica la dignación de Dios para con él, y su gran humildad. La dignación de Dios, en confiarle tan gloriosa empresa; y su humildad, pues lo atribuye todo a los auxilios del Espíritu Santo, y no a su propia industria y diligencia. Al añadir *el Evangelio*, nos manifiesta expresamente la clase de ministerio que se le ha confiado. Porque hay muy diferentes ministerios, como diferentes son también los cultos que a Dios tributamos. Pues así como en un reino están todos los oficiales bajo la autoridad del soberano, pero no desempeñan todos las mismas funciones: pues uno manda las tropas, otro gobierna las ciudades y otro administra la Hacienda; así también en el reino de Dios unos le adoran y sirven y regulan su vida toda según las normas de la fe; otros se ejercitan en obras de caridad, acogiendo al peregrino; otros dando de comer a los pobres hambrientos, como en vida de los Apóstoles servía a Dios Esteban, cuidando y socorriendo a las viudas; otros por la enseñanza de la doctrina cristiana, de los cuales era Pablo, que servía a Dios en la predicación del Evangelio; y servía a Dios de este modo, porque tal era la misión y encargo que de Cristo había recibido. Por esto no sólo pone a Dios por testigo, sino que dice que ha recibido este encargo, declarando en esto que él, a quien Dios se había dignado confiar tan sublime ministerio, de ningún modo lo invocaría jamás como testigo de cosa falsa.

Con estas palabras, además, les da a entender que la caridad con que los abrazaba y el cuidado que de ellos tenía, no era mera voluntad y elección suya, sino cosa enteramente necesaria, como mandada por el mismo Dios. No me digáis, pues: ¿Quién eres tú, y cómo te atreves a tomar el cuidado de una imperial ciudad tan grande y poderosa como Roma? Porque esta mi solicitud y cuidado por vosotros es de todo punto necesario; me lo ha impuesto el mismo Dios, que exige de mí este servicio, la predicación del Evangelio. Y todo el que tal cargo reciba de Dios, debe tener siempre muy presentes a aquellos que han de recibir de él la divina palabra.

Otra cosa significó también al decir, *En mi espíritu*: que esta religión era más sublime que la de los Gentiles y la de los Judíos: porque la gentil era carnal y llena de errores, y la judaica era, sí, verdadera, pero carnal también; y en cambio, el culto de la Iglesia era del todo opuesto y contrario al gentil, e incomparablemente más sublime que el Judaico. Pues el nuestro no ofrece a Dios ovejas, becerros, humo y penetrantes esencias, sino el fervor del espíritu, como le dijo Cristo a la Samaritana: *Espíritu es Dios y los que le adoran, en espíritu y verdad le deben adorar* ³ (Jn., 4, 24).

En el Evangelio de su Hijo. Antes (v. 1.^o) lo llamó Evangelio del Padre, ahora Evangelio del Hijo, del uno y del otro indiferentemente. Así lo había aprendido de aquellos divinos labios que dijeron que todas las cosas que son del Padre, son también del Hijo, y las del Hijo, también del Padre. *Todas mis cosas son tuyas, y las tuyas, todas mías* ⁴ (Jn., 17, 10).

Cómo sin cesar me acuerdo de vosotros en mis oraciones. Así es la caridad pura y genuina. Y esta sola parece significar, aunque en cuatro expresiones diferentes, que se acuerda, que incesantemente, que en sus plegarias, y que son cosas grandes las que para ellos pide.

10. *Pidiéndole continuamente en mis oraciones que, si es su voluntad, me abra finalmente algún camino favorable para ir a veros. II. Porque ansío veros.* ¿No ves cómo arden en deseos de verlos; pero sin ir jamás contra el querer de Dios, mezclando con el amor el respeto y reverencia que a Dios se debe? Amábalos ardientemente, y por eso tenía tanto deseo de verlos; pero, por más que los amase, no deseaba verlos sin el beneplácito divino; ésta era su norma suprema, que a todo anteponía. Esta es la caridad acendrada y pura. No como nosotros, que pecamos por ambos extremos; o no amando a nadie, o

amando contra o fuera del beneplácito divino, lo uno y lo otro es contrario a la ley de Dios. Enojosas y duras de oír son estas cosas, pero más gravan la conciencia si se hacen.

3. ¿Y CUÁNDO AMAMOS CONTRA EL BENEPLÁCITO DIVINO? Cuando vemos a Cristo hambriento y no le alimentamos, sino que lo despreciamos; mientras que a nuestros hijos, parientes y amigos les damos más de lo necesario. Pero, ¿qué necesidad hay de continuar en estas consideraciones, cuando nuestra misma conciencia nos está acusando de haber faltado mucho en esto? ¡Cuán diferente era aquel bienaventurado varón! Amar sabía, pero amar como conviene, y aunque a todos vencía en el amor, no traspasaba, sin embargo, el modo debido de la caridad. Mira cómo abunda en él por eximia manera lo uno y lo otro; el temor de Dios y la caridad con los Romanos. Porque sus incesantes plegarias por ellos, a pesar de que no alcanzaba lo que pedía, son prueba de muy grande amor; y el continuar amándolos conformándose, no obstante, siempre con el querer de Dios en cuanto al tiempo de ir a abrazarlos, era delicada y suma prueba de su piedad y religión para con Dios.

También en otra ocasión, habiendo suplicado al Señor muchas veces, sin conseguir lo que pedía, más aún, teniendo que continuar sufriendo lo contrario, le dio, sin embargo, las más rendidas gracias por la repulsa, quedándose en suma paz.⁵ (II. Cor., 12, 8) De esta manera, tenía siempre su corazón puesto en Dios. En esta ocasión logró su deseo, pero más tarde, sin disgustarse por la tardanza. Digo esto para que no llevemos a mal el no ser oídos en nuestras peticiones, o el serlo más tarde de lo que deseamos. Pues no somos mejores que Pablo, que por ambas cosas dio gracias a Dios, y con razón. Pues una vez que hizo entrega completa de su voluntad en manos del que todo lo gobierna, y con tan grande sujeción como el barro al artífice; adonde quiera que Dios lo conducía, lo seguía al punto.

Habiéndole dicho, pues, que suplicaba a Dios que pudiese verlos, añadió la causa de este deseo. ¿Y cuál era? *Para comunicaros* —dice— *algún don espiritual, a fin de fortaleceros*. Pero no deseaba aquel viaje sin motivo, como hacen muchos que emprenden viajes superfluos e inútiles, sino a causa de negocios necesarios y urgentes, lo cual no lo dice él expresamente, pero lo deja entender. Porque no dijo: Para enseñaros, para formaros, para completar lo que os falta, sino *para comunicaros algo*, indicando que no les daba cosa suya,

sino que les entregaba lo que había recibido. Al mismo tiempo muestra su modestia diciendo: Para comunicaros algo, una partecita, y según mis cortos alcances. —Y ¿qué es ese poco que les va a comunicar?— *Para corroboraros.*

Al decir gracia, no excluye el mérito y galardón de sus buenos propósitos y buenas obras. De la gracia proviene el no vacilar y el perseverar firmes en el bien. Mas al oír gracia, no creas que se excluye la recompensa debida al propósito de la voluntad, porque la llama gracia no para excluir el trabajo y esfuerzo del propósito, sino para abatir su arrogante altanería. No te desanimes, pues, porque Pablo llame gracia a su trabajo y ministerio; porque, a ley de agradecido, suele llamar gracia a las buenas obras, porque en ellas y para ellas nos es muy necesaria la gracia. Al añadir luego para corroboraros, indica implícitamente que tenían mucha necesidad de ser corregidos. Porque esto quiere significar: Mucho tiempo ha que deseaba y anhelaba veros, no por otro motivo que para confirmaros y comunicaros firmeza y estabilidad en el temor de Dios, a fin de que no andéis en perpetuas vacilaciones. Pero no lo dijo con tanta claridad, por no herir susceptibilidades; sino que lo da a entender de otra manera más suave; eso es, pues lo que significó al decir: *Para afianzaros y corroboraros.*

Mas como era cosa molesta, repara cómo trata de mitigarla con lo que añade: Pues para que no dijeseis: ¿Pues qué? ¿Vacilamos por ventura nosotros? ¿Nos andamos acaso moviendo a todo viento y necesitamos de tu lengua que nos afiance y afirme? Se anticipa a esta objeción diciéndoles: *Quiero decir: para que, hallándome entre vosotros, podamos consolarnos mutuamente los unos a los otros por medio de la fe que nos es común a vosotros y a mí.* Como si dijera: No sospechéis que os he dicho esto por censuraros y reprenderos de alguna falta vuestra, no ha sido esa mi intención. ¿Pues cuál? Muchas aflicciones y trabajos habéis tenido que tolerar de vuestros perseguidores. Por eso he deseado veros, para consolaros; mejor dicho, no sólo consolaros, sino consolarme yo también con vuestra fe y confianza.

4. Mira cuánta es la prudencia y discreción de este maestro. Había dicho, *para corroboraros*, y veía que esta palabra tan grave podía causarles molestias, y por eso añade: *Para proporcionarnos algún consuelo.* Pero aun esto podía serles algo desagradable, aunque no tanto; trata, pues, de suavizar asperezas y mitiga su expresión, para

que les sea grata y acepta. Por eso no dijo consolaros, sino *consolar-nos mutuamente*; y ni esto le pareció suficiente, sino que añadió aquel atenuante: *Por medio de nuestra fe y sentimientos comunes*. ¡Ah, qué humildad tan grande? Dales a entender que necesita de ellos, que recurre a ellos en busca de alivio y consuelo, de que se reconoce necesitado, al igual que ellos, haciéndolos, en su consideración, de discípulos, maestros, sin pretender para sí prerrogativa ni excelencia alguna, sino una completa igualdad. Trátase del común provecho; tan interesado estoy yo en ello como vosotros; necesitados estamos de consuelo, y yo no menos que vosotros. —¿Y cómo lo conseguiremos? — Por nuestra mutua fe y religión. A la manera que si uno enciende muchas antorchas consigue grande iluminación y espléndida llama, así sucede también con la comunión de los fieles. Porque si estamos desunidos y dispersos, decae mucho el ánimo y el valor. En cambio, cuando nos vemos y tratamos, y nos estrechamos como miembros de un mismo cuerpo, recibimos grandes esfuerzos, consuelo y alivio. Y no creas que eran aquellos tiempos como éstos, en que por la gracia de Dios, desterrada ya la impiedad de nuestras regiones, en las aldeas, pueblos y ciudades, y en los mismos desiertos se encuentran comunidades de fieles; sino imagínate aquel tiempo, en que tanto deseaban los maestros poder ver a sus discípulos y recibir, tratar y agasajar en una ciudad a los hermanos que llegaban de otros puntos. Para que lo veáis más claro, pongamos un ejemplo: Si sucediera lo que Dios no permita, que se nos desterrase a la Persia, a la Escitia o a otra tierra de bárbaros, y se nos dispersase de dos en dos, o de tres en tres, por aquellas ciudades y apareciese por allí de repente un buen día alguien procedente de aquí, figuraos cuál sería nuestro consuelo y alegría ⁶. ¿Quién le había de decir al Santo cuando esto predicaba en Antioquía, que quince años más tarde se había de ver desterrado en tierra de bárbaros y le habían de ser de tan grande alegría no sólo las visitas, sino aun las cartas, que allí tanto deseaba y agradecía? ¿No véis cómo saltan de gozo los presos al ver alguno de su familia? Y no extrañéis que compare aquellos tiempos de cautiverios y cárceles. Pues mucho más graves eran los trabajos que entonces padecían, aherrajados, dispersos, viviendo entre hambres y guerras, con la muerte al ojo cada día, sospechando de sus amigos, familiares y parientes, viviendo como extranjeros en todo el orbe de la tierra; más aún, reducidos a peor condición que los mismos desterrados. Por eso les

dice: *Para confortaros por la mutua fe y comunión de ideales*. Esto lo decía no porque tuviese él necesidad de ayuda y compañía, no; pues, ¿cómo había de necesitar de ellos aquella columna de la Iglesia, más firme que el hierro y las rocas; aquel espiritual diamante, que bastaba él solo para sostener mil ciudades? Sino que para que no les molestasen sus palabras y corrección, para corregirlos con suavidad, les dijo que necesitaba consolarse con ellos. Mas si alguno dijere que Pablo tenía necesidad del consuelo proveniente de la fe y progresos de ellos, éste no se equivocaría ciertamente. Pues si eso deseas y anhelas, le podría alguno decir: Y vas a dar y a recibir consuelo, ¿qué cosa impide tu venida? Para deshacer esta sospecha añade: ¹³. *No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces he propuesto hacer este viaje para lograr también entre vosotros algún fruto, como entre las demás naciones, y me ha sido imposible hasta ahora*. Hasta el presente me ha salido siempre al paso algún obstáculo. Considera aquí la obediencia ciega del siervo a su Señor y la expresión de un ánimo sumamente agradecido. Obstáculos, dice he hallado siempre; pero el por qué no lo dice.

No se pone a examinar el mandato del Señor, contento con obedecerle, aunque fácilmente podía ocurrírsele por qué impedía Dios por tanto tiempo que disfrutase de tan eximio doctor una ciudad tan grande y espléndida colocada en el pináculo de la gloria, y a la que convergían las miradas y la admiración de todo el mundo. Pues una vez conquistada la capital del imperio que daba la ley a todas las ciudades, fácil era conquistar las demás; mientras que quien, descuidando aquella, tratase de apoderarse de las otras, descuidaría lo principal, que es la cabeza. Mas Pablo nada de esto indaga curioso, sino que cede deferente a la incomprensible Providencia divina, mostrando por una parte la gran moderación y serenidad de su bendita alma, y enseñándonos a todos por otra que no osemos nunca pedir a Dios cuenta de sus disposiciones, aunque muchos se turben por causa de ellas y pierdan la paz. Porque de solo el Señor es el mandar y del siervo obedecer. Por eso dice: Siempre me hallé impedido, pero la causa no la dice. Pues ni yo la sé.

No me preguntéis, pues, cuál es la voluntad y el parecer de Dios. Pues no dice el artefacto al artífice: *¿Por qué me has hecho así?* ⁷ (Rom., 9, 20). ¿Para qué deseas saberlo? ¿No te basta saber que tiene cuidado de todo, que es sabio, que nada ha hecho sin razón y pruden-

cia, que te ama más que tus padres, que supera con mucho el afecto que te tiene tu padre y los cuidados de tu madre? Pues déjate de preguntas y no exijas más; que esto te basta para tu consuelo; puesto que también entonces regía Dios muy bien las cosas de Roma. Y si ignoras el modo, no lo llesves a mal; pues a la fe pertenece sobre todo que quien ignora el modo del gobierno y administración de Dios, admita, no obstante, que es muy razonable su providencia.

5. Pablo, pues, después de darles razón de su tardanza, mostrándoles que, si no iba a verlos, no era por desprecio, sino por hallarse impedido; sincerado ya y justificado de la falta de pereza y descuido, díceles que no es menor su deseo de verlos que el que ellos tienen de verlo a él, y les da mil nuevas pruebas de su amor. Porque a pesar de los impedimentos, no he cesado en mi empeño de ir a verlos, siempre lo procuraba y siempre hallaba nuevos obstáculos: nunca desistí; sin resistir a la voluntad de Dios, y conservando al mismo tiempo mi amor y caridad hacia vosotros. Pues proponiendo ir a verlos y no desistiendo nunca de este propósito, les mostraba su amor, y en el no resistir, viéndose impedido, mostraba su gran caridad hacia Dios.

Para conseguir también algún fruto en vosotros. Aunque ya les había dicho antes la causa de su deseo de verlos, y causa muy en consonancia con su apostólico ministerio, sin embargo, la repite también aquí corrigiendo su sospecha. Porque, siendo Roma una ciudad tan ilustre y conspicua, único ejemplar de hermosura y belleza en todo el mundo, de suerte que por el solo deseo de verla habían ido a ella muchísimos; para que no pensasen ni sospechasen de Pablo semejante cosa, esto es, que su deseo de verlos era porque juzgase que con su trato iba a ganar nombre y fama, les dice y repite expresamente muchas veces cuál es la verdadera y única causa. Y por cierto, que habiéndoles dicho antes: *Deseaba veros para comunicaros alguna gracia espiritual, aquí les habla más claro: Para lograr también en vosotros algún fruto como entre las demás gentes.* A los príncipes y a los súbditos, a todos los cuenta en el mismo número; después de mil trofeos y victorias, después de la gloria del consulado, los pone en un mismo número con los bárbaros, y con razón. Pues donde está la nobleza de la fe, no hay bárbaro, ni griego, ni peregrino, ni ciudadano; sino que todos quedan enaltecidos y exaltados en la cumbre de una misma dignidad.

MODESTIA DE PABLO. Repara aquí su modestia. Pues no dijo para enseñaros y formaros, sino *Para coger algún fruto*; no dice fruto, sino *Algún fruto*; rebajando sus cosas, como antes dijo: *Para comunicaros algo*. Luego los abate y humilla también a ellos, como antes indicaba, diciéndoles: *Como entre las demás gentes*. Pues no por ser vosotros ricos y tener más que los otros me tomo yo menos empeño y cuidado por ellos que por vosotros; que no voy yo en busca de ricos, sino de fieles. ¿Dónde están ahora aquellos sabios de Grecia, de luengas y espesas barbas, envueltos en sus mantos y tan hinchados con su ciencia? La Grecia y la vasta región de los bárbaros las ha convertido el oficial de hacer tiendas de campañas; mientras que aquel tan celebrado y tan traído y llevado Platón, con tan fastuoso estilo, con aquella su renombrada elocuencia, ni a un tirano siquiera pudo subyugar, antes salió tan mal de aquel paso que quedó reducido a la ominosa condición de esclavo; mientras que el fabricante de tiendas no solamente recorrió la Sicilia, ni la Italia sola, sino todo el orbe y con asombroso fruto; y ni siquiera en medio de las faenas de la predicación interrumpió su arte, sino que entonces cosía pieles y estaba al frente de su taller; de lo cual no se ofendieron los que habían ostentado la dignidad consular; y con justísima razón. Porque lo que a los doctores los hace despreciables no son las artes y oficios, sino los mentirosos y falsos dogmas. Y por eso a aquellos los mismos atenienses los desprecian y ridiculizan, y a éste hasta los bárbaro e idiotas lo atienden. La misma doctrina se propone a todos; no reconoce altezas y dignidades, no excelentes naciones ni semejantes cosas; sólo exige fe, no silogismos, Y por eso es tan digna de admiración, no por ser tan útil y provechosa, sino por ser tan fácil y asequible a todos; lo cual es singularísimo efecto de la providencia de Dios, que hizo todas las cosas comunes. Pues lo que hizo con el sol, la luna, la tierra, el mar y todas las demás cosas, no comunicando más de ellas a los ricos y a los sabios, y menos a los pobres y a los ignorantes, sino midiéndolos a todos con el mismo rasero; esto mismo hizo con la predicación y más aún, porque ésta es más necesaria que aquellas. Y por eso Pablo decía muy frecuentemente *a todas las gentes*. Y luego, mostrando que no es esto efecto de su generosidad y largueza, sino mero cumplimiento del encargo y mandamiento divino, los remite a dar las gracias al Dios de todos. *Lo mismo a los griegos que a los bárbaros, lo mismo a los sabios que a los ignorantes soy deudor*. Lo cual decía asimismo a los

corintios: *Así por lo que a mí toca pronto estoy a predicar el Evangelio también a los que vivís en roma.*

6. ¡Oh alma generosa! Acometiendo tan arriesgada empresa, mares bravíos, pruebas y tentaciones, celadas, persecuciones, defecaciones; pues a un predicador en ciudad tan grande, regida por cruelísimos tiranos, le aguardaban peligros y torturas sin cuento, y así acabó allí su vida decapitado por el horroroso tirano que entonces imperaba; y, sin embargo, aguardando tantos y tales tormentos, lejos de arredrarse, estaba siempre animado y dispuesto, activaba la marcha y no se daba punto de reposo. Por eso les decía: *En cuando de mí depende, pronto estoy a predicaros el Evangelio a los que estáis en Roma.* ¹⁶. *Que no me avergüenzo yo del Evangelio.* ¿Qué dices, Pablo? Cuando debieras decir me glorío, me gozo, no dices tal cosa, sino mucho menos, que no te avergüenzas, no suele eso decirse de las cosas grandes, insignes y de grande gloria. ¿Qué dice, pues? ¿Por qué habla así, a pesar de que se gloriaba del Evangelio más que del cielo? A los Gálatas les decía: *A mí libreme Dios de gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* ⁸ (Gal., 6,m 14). ¿Por qué, pues, no dice aquí, me glorío, sino *no me avergüenzo*? Los romanos anhelaban las cosas de este mundo; se perecían por las riquezas, el mando y la gloria; estaban orgullosos de sus triunfos y victorias y de sus emperadores, que igualaban con los dioses, y este nombre les daban y como a tales los honraban, dedicándoles templos y altares y ofreciéndoles sacrificios. Estando, pues, tan hinchados de soberbia y de fausto, y teniendo que predicarles Pablo a Jesús, tenido por hijo de un artesano, y que, nacido en Judea, se había criado en la casa de una pobre mujer, que no había tenido corte, ni soldados, ni guardia, ni escolta, ni riqueza, sino que había sido un hombre condenado a morir entre ladrones, después de sufrir grandes afrentas e ignominias; y es muy verosímil que los romanos, ignorantes de los excelsos arcanos y de la grande gloria de Cristo, anduviesen avergonzados de seguirle. Por eso les dice: *No me avergüenzo*, enseñándoles, primero a no avergonzarse, pues estaba seguro de que si esto lograban no tardarían en llegar hasta gloriarse. También tú, pues, si alguien te pregunta: ¿Adoras al Crucificado?, no bajes los ojos avergonzado, sino glórfate de ello; levanta el rostro, y firme la voz, serena la mirada, confiesa a Cristo crucificado. Y si sigue diciéndote: —¿Adoras a un Crucificado?— Respóndele: Mas no a un adúltero, no a un parricida, no a un matador de sus hijos

—que tales eran los dioses que ellos adoraban—, sino a aquel que por la cruz cerró a los demonios sus bocas y desenmascaró sus mil engaños e imposturas. Pues sufrir por nosotros la cruz obra es de inefable benignidad y señal del gran cuidado y providencia que de nosotros tiene.

Luego, como se jactaban de elocuentes y estaban hinchados y engreídos de su sabiduría y ciencia mundana, les dice Pablo: Yo desprecio y abomino esos silogismos y discursos; y vengo a predicar la cruz y no me avergüenzo. Pues *es fuerza y poder de Dios para salvar al mundo*. Porque como el poder de Dios es también para castigar, pues cuando castigó a los Egipcios dijo: Este es mi poder grande; y poder para destruir y arruinar, como : *Temed a aquel que puede arrojar al infierno el cuerpo y el alma*⁹ (Mt., 10, 28); por eso dijo: Esta es mi embajada; esto os traigo; no castigos ni suplicios, sino la salvación. ¿Pues qué? ¿No anunciaba también el Evangelio el infierno, las tinieblas exteriores y el gusano roedor? ¿Pues de dónde sabemos eso, sino del Evangelio? ¿Cómo dice, pues, Poder de Dios para la salvación? Pues oye lo que sigue: *Para todo el que cree, para el judío primero y para el griego*. No es, pues, para todos, sino para los que lo aceptan. Aunque seas, pues, griego o gentil, aunque hayas desbarrado en todo género de maldades; aunque seas bárbaro o escita; más: aunque hubieras sido una fiera sin entendimiento ni juicio, cargado de mil fardos de pecados, al punto que recibas la palabra de la cruz y el bautismo, quedan todos borrados.

¿Que quiere decir aquí aquella diferencia que pone *al judío primero y al griego*? ¿No ha dicho muchas veces: ni la circuncisión vale nada ni el prepucio? ¿Cómo es, pues, que aquí distingue y antepone el judío al griego? ¿Qué significa esto? Pues no por ser el primero recibe mayor gracia (porque el mismo don se les concede a ambos); ésa es primacía de mero orden. No se le menciona primero porque haya recibido mayor gracia, sino que es primacía de mero honor por haber sido el primero que recibió el favor. Porque los que son iluminados (ya sabéis los iniciados lo que estoy diciendo), todos corren a recibir el bautismo, pero no llegan todos a la misma hora, sino primero uno y luego otro; y, sin embargo, no recibe más el primero que el segundo, ni éste que el tercero, sino que todos alcanzan la misma gracia. Así también aquí la primacía es de mero nombre y honor y no envuelve gracia mayor; luego, después de haber dicho que esta buena nueva,

esta dicha del Evangelio es para la salud, encarece el don diciendo que no es solamente para el tiempo presente, sino que trasciende más, como lo significó en las palabras siguientes: ¹⁷ *Porque la justicia de Dios en él se nos revela de fe en fe, según está escrito: El justo vivirá por la fe* ¹⁰ (Hbac., 2, 4). El que ha sido justificado, pues, vivirá no sólo en el siglo presente, sino también en el futuro. Y no sólo esto, sino que insinúa otra cosa, el esplendor y claridad de aquella vida. Porque, como se salvan a veces los hombres, pero con deshonor, como los indultados por la regia clemencia; para que nadie al oír *salvación*, sospeche algo así, añadió *justicia*, y no tuya, sino de Dios; dando a entender su gran felicidad y largueza. Porque no la creas ni produces tú merced a tus trabajos y sudores, sino que la recibas de arriba como don de Dios, con tal que creas.

Luego, como parece cosa increíble que un adúltero, o un muelle, o un profanador de sepulcros, o un impostor, al punto no sólo quede libre del suplicio, sino también justificado y con excelentísima justicia, confírmalo con el Antiguo Testamento y primeramente con una breve frase abre al buen entendedor un mar de historias. Pues diciendo *de fe en fe* remite al oyente a aquellos acontecimientos dirigidos por la mano de Dios en el Antiguo Testamento, que tan sabiamente enumera, escribiendo a los Hebreos, mostrándonos también justificados por Dios tanto justos como pecadores; por lo cual menciona no sólo a Abraham, sino también a Raab. Después, hecha aquí solamente ligera insinuación (porque se apresuraba velozmente a otro pensamiento), invoca en su favor la autoridad de los profetas, trayendo a Habacuc, que clama y proclama que nadie que tenga vida la puede tener sino por la fe. *Pues el justo, dice, de la fe vivirá*, hablando de la vida futura. Porque, como lo que Dios allí da excede toda ponderación y entendimiento, se necesita la fe. Pero el hombre obstinado, despreciador, rebelde y contumaz no alcanzará nada. Oigan los herejes la voz del espíritu. Porque tal es la calidad y naturaleza de esa inacabable serie, de esa revolución de sus pensamientos, que parecen laberintos y enigmas, sin reconocer nunca término ni fin alguno, ni hacer pie en la roca inmovible de la fe; todo lo cual tiene su raíz, origen y principio en la arrogancia. Pues avergonzándose de inclinar su cerviz y abrazar la fe, para no parecer ignorantes de las cosas del cielo, se arrojan al polvo de mil pensamientos. ¿Hasta ese punto, ¡oh infeliz y desdichado!, si te preguntan cómo fue hecho el cielo y la tierra, cómo

naciste tú, cómo te criaste y creciste, no te avergüenzas de confesar tu ignorancia, y luego, si se trata del Unigénito, por vergüenza, creyendo ser cosa indigna de ti el no saberlo todo, te arrojas en un abismo de perdición y ruina? ¿No es más bien lo verdaderamente indigno la importuna curiosidad y las rebeldes y obstinadas contiendas?

Pero, ¿qué digo en los dogmas? De los mismos males y peligros de esta vida no hay otro modo de librarse sino por la fe. Por ella se hicieron célebres y esclarecidos aquellos antiguos varones, Abraham, Isaac y Jacob. Por ella consiguieron salud las meretrices en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Y así dijo: *Por la fe, la ramera Raab no pereció con los incrédulos y rebeldes, por haber acogido en paz a los exploradores* ¹¹ (Hebr., 11, 31). No dijo ella entre sí: ¿Y cómo han de poder estos cautivos fugitivos, errantes y vagabundos, que viven a manera de nómadas, vencernos a nosotros, que poseemos una ciudad murada y torreada? Si se hubiera echado esta cuenta, a sí misma se hubiera perdido y a ellos; como había sucedido a los padres de los que entonces se salvaron. Porque aquellos, a la vista de unos hombres de estatura gigante ¹² (Num., 13, 33), buscaron manera de escapar con vida y perecieron todos sin guerra ni batalla. ¿No ves cuán grande mal es la incredulidad y cuán firme muro es la fe? Aquella hizo perecer una multitud innumerable; ésta no sólo salvó a la ramera, sino que la hizo patrona de un gran pueblo.

QUE NO HAY QUE IR INDAGANDO LA RAZÓN DE LO QUE DIOS MANDA O DISPONE. Teniendo, pues, presentes estas y otras muchas cosas, nunca pidamos a Dios cuenta de sus hechos, sino recibamos y aceptemos cuanto él mande o disponga; sin examinarlo ni inquirirlo, aunque lo que se manda a la humana razón parezca absurdo. Porque ¿qué cosa puede parecer más absurda que mandar a un padre que mate a su único hijo? Y, sin embargo, aquel varón justo no anduvo indagando curioso, sino que, movido de la dignidad del que le mandaba, aceptó y obedeció sin repugnancia el mandato. Y, en cambio, aquel profeta, que no quiso herir de orden de Dios a otro profeta, porque, reputándolo cosa absurda, se puso a examinar con curiosidad lo mandado y no obedeció con sencillez, pagólo con su vida despedazado de un león ¹³ (III Reg., 20, 35); y Saúl, que contra la orden de Dios, perdonó a Agag, perdió el reino e incurrió en intolerables trabajos ¹⁴ (I Reg., 15). Cualquiera podrá encontrar otros mil ejemplos todos los cuales nos enseñan que nunca hemos de indagar la razón de lo que Dios manda,

y si a los escudriñadores está reservado el último suplicio, los que escudriñan las cosas más arcanas y veneradas, a saber, cómo engendra el Padre al Hijo y de qué modo y cuál es su esencia y sustancia, ¿qué defensa pueden tener?

Sabidas estas cosas, recibamos de buen grado la fe, madre de todos los bienes, para que, navegando en el mar tempestuoso de este mundo como en un tranquilo puerto, mantengamos los verdaderos dogmas y dirigiendo con toda seguridad nuestra vida, consigamos los eternos bienes por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea, con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria, el imperio, el honor y la adoración por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIAS III Y IV

Después de haber hablado San Pablo a los Romanos de la fuerza y virtud del Evangelio para salvar a los que creen, añade estas terribles palabras para atemorizar a los que lo rechazan: *Descúbrese también en el Evangelio la ira de Dios que descargará desde el cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres que tienen injustamente aprisionada la verdad de Dios.* Muchas maneras de impiedad enumera el Apóstol, pero no habla más que de una: de la verdad. Porque el error y la impostura presentan mil formas, la verdad no es más que una.

También hay muchos modos de injusticia: uno injuria a su hermano en la hacienda, otro en la mujer, otro en la honra o en la fama.

Retienen injustamente la verdad de Dios los que, conociendo lo que de Dios se puede describir por las criaturas y lo que Dios mismo les ha dado a conocer, tributan el honor, que debían dar a Dios, a un tronco o a una piedra. A estos, Dios, para castigar el abuso que han hecho de la noticia que de él tenían, los entregó a los desordenados deseos de su corazón, para escarmiento suyo y de otros, al ver los desarreglos e indignidades a que se dejaron arrastrar estos sabios del paganismo.

Porque (homilía IV) cuando el hombre traspasa los límites establecidos por Dios para enfrenar nuestros apetitos, viene a desear cosas desarregladas y absurdas; como sucede a veces a algunos que, abandonándose sin freno a sus apetitos, llegan a perder el gusto de los manjares útiles y a comer cosas ineptas para nutrir el cuerpo humano.

Aquí San Juan Crisóstomo ridiculiza, afea y fustiga terriblemente el vicio sodomítico, trayendo contra él el tremendo castigo del fuego que bajó del cielo sobre las ciudades de la Pentápolis, que quedaron abrasadas y reducidas a cenizas. Piensa, dice, cuán grave será este pecado que ha hecho aparecer el infierno antes de tiempo; porque, despreciando muchos los eternos fuegos, mostróles Dios de un modo nuevo la imagen del infierno.

Traigamos, pues, siempre el temor de Dios delante de los ojos; porque si nos desprendemos de esta salvadora áncora, estamos en gran riesgo de perecer; como, por el contrario, nada hay más provechoso para nuestra salvación que el vivir continuamente en la presencia de Dios. Si la vista de un hombre basta para contenernos y librarnos de caer en pecado, ¿cuál no será nuestra seguridad si traemos constantemente a Dios delante de los ojos?

HOMILIA III (1, 18, 25)

18. *Porque se descubre también en él la ira de Dios que descargará desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionadas injustamente la verdad de Dios.*

1. Mira la prudencia de Pablo, cómo, habiendo comenzado su exhortación con suaves razones, pasa luego a argumentos fuertes y aterradores. Pues, habiendo dicho que el Evangelio causa la salud y la vida, y nos manifiesta el poder y la justicia de Dios, pasa a explanar las razones que pueden infundir temor a aquellos que no le dan oídos.

Porque, como la mayoría de los hombres suelen aficionarse a la virtud más por el temor de las penas que por las promesas de bienes, por ambas vías trata de atraerlos. Por eso Dios no sólo prometió el reino, sino que amenazó con el infierno; y los profetas hablan también así a los Judíos, mezclando los males con los bienes.

Por eso también Pablo cambia de lenguaje, mas no como quiera, sino que, comenzando por las cosas suaves y apacibles, pasa luego a otras temerosas y tristes, mostrando que aquellas proceden de la nativa benignidad divina, y éstas de la malicia de los desobedientes y rebeldes; así también el profeta propone primero los bienes: *Si quisieréis y me escuchareis, comeréis los frutos de la tierra; mas si no quisieréis y provocareis mi indignación, pereceréis al filo de la espada*¹ (Is., 1, 19, 20).

Así habla también aquí Pablo: Vino Cristo trayéndonos el perdón, la justicia y la vida; y no de cualquier modo, sino por medio de la cruz, y lo que es mayor dignación y más admirable, no sólo dando tales dones, sino padeciendo tan grandes males. Si despreciais, pues, tan grandes dones os aguardan terribles males. Y repara cómo levanta el estilo. *Descúbrese la ira de Dios desde el cielo.*

¿De dónde consta esto? Si eres creyente, aduciré las palabras de Cristo; si es un infiel el que pregunta, en lo que sigue le cierra Pablo la boca, donde se trata del juicio de Dios, sacando de la conducta de ellos un argumento irrefragable; y es cosa sobre manera estupenda, dice, que los mismos que se oponen a la verdad, con lo que cada día hacen y dicen, prueban y encomian los verdaderos dogmas. Pero de esto trataremos luego; ahora veamos lo propuesto.

Se descubre la ira de Dios desde el cielo. ¿No lo estamos viendo ya en los sucesos de esta vida? ¿En las guerras, hambres y pestes? Pues a todos alcanza así en común como en particular. ¿Qué habrá, pues, entonces de nuevo? Que el suplicio será mayor, que será general, y no por el mismo fin; ahora castiga Dios para la corrección y enmienda; entonces para la venganza, lo cual significó Pablo diciendo: *Ahora somos corregidos a fin de que no seamos condenados juntamente con este mundo* ² (I. Cor., 11, 32). Y ahora atribuyen muchos estos castigos, no a la ira del cielo, sino a la pasión e injurias de los hombres; entonces, en cambio, se verá muy clara y manifiesta la venganza del Omnipotente, cuando se siente el Juez en el tremendo solio y mande a unos a los eternos fuegos, a otros a las tinieblas exteriores y a otros a los inevitables e intolerables suplicios.

¿Y por qué no lo dice así claramente, que ha de venir el Hijo de Dios con innumerables ángeles a pedir cuenta a cada uno, sino que dice *se revela la ira de Dios*? —Los oyentes eran todavía neófitos y por eso los atrae primero con razones admitidas y confesadas por ellos. Además me parece que se dirige a los gentiles, y por eso comienza así, pero después habla del juicio de Cristo: *Sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada la verdad de Dios.*

EL ERROR ES VARIO, LA VERDAD ES UNA. Aquí enseña que son muchos los caminos de la impiedad y uno solo el de la verdad. Porque el error es cosa muy varia, confusa y multiforme, y la verdad no es más que una. Después de haber hablado de los dogmas, habla de la vida, haciendo mención de la injusticia de los hombres. Muy varias son las injusticias: una acerca del dinero, como cuando se perjudica al prójimo en esto; otra en las mujeres, como cuando deja uno la suya y toma la ajena. A esto lo llama Pablo fraude: *Que ninguna oprima a su hermano, ni le engañe en ningún asunto* ³ (I Thess., 4, 6). Otros quitan al prójimo no el dinero ni la mujer, más si la fama o la honra. También esto es injusticia y no menor. Pues es mejor el buen nombre que muchas riquezas ⁴ (Prov., 22, 1). Hay quien dice que Pablo se refiere aquí a los dogmas. Sin embargo, nada impide que pienses que lo dijo de ambas cosas. Qué quiere decir *oprimen la verdad con la injusticia*, en lo que sigue lo declara ¹⁹. *Porque lo que de Dios puede conocerse lo han conocido ellos claramente, pues Dios se lo ha manifestado.* Mas ellos, en vez de dar a Dios la debida gloria, se la han atribuido a los leños y a las piedras.

2. LA NATURALEZA ENSALZA A SU CREADOR. Pues así como con razón se castiga al administrador del regio erario, si el dinero, que recibió para mirar por la gloria de su soberano, lo gasta en favorecer ladrones, ramera y embaucadores, enriqueciéndolos de la regia hacienda; así también éstos, habiendo recibido ese tesoro del conocimiento y gloria de Dios, atribuyéndosela luego a los ídolos, oprimiéndola injustamente, en cuanto estaba de su parte, y deshonorándola, no usándola como era debido. ¿Está claro, o es menester que os lo declare más? Desde el principio infundió Dios a los hombres el conocimiento de sí mismo; mas los gentiles, atribuyendo ese concepto a los leños y a las piedras, en cuanto de ellos dependía, injuriaron la verdad, aunque ella inmutable permanece, sin pérdida ni mudanza alguna en su gloria.

¿Mas por dónde nos consta, oh Pablo, que les infundió Dios ese conocimiento? *Porque lo que de Dios es dable conocer, les es a ellos manifiesto y conocido.* Pero eso es repetir la tesis, no demostrarla. Tú debes probarme y demostrarme que el conocimiento de Dios en ellos era evidente y ellos no le hicieron caso. ¿De dónde les era manifiesto? ¿Dióles por ventura alguna voz? —No, pero hizo algo que podía atraerlos más que la voz: púsoles delante el universo creado; de tal modo, que el sabio, el idiota, el escita y el bárbaro, enseñado, con sólo abrir los ojos, de la hermosura de la creación visible, pudiese subir a Dios por esta escala. Por eso dijo: *las perfecciones invisibles de Dios se hacen visibles, por la creación del mundo, conocidas por la inteligencia en sus obras.* Lo cual dijo también el profeta: *Los cielos pregonan la gloria de Dios* ⁵ (Salms. 18, 1). Porque, ¿qué podrán decir aquel día los gentiles? ¿Te ignorábamos? —¿Pues no oísteis al cielo dar voces con sola su vista? ¿Y la armonía y el contento de todas las cosas clamando más claro que una trompeta? ¿Y las constantes leyes del día y de la noche sin conocer mudanza? ¿Y el orden firme y estable del verano y del invierno y de las demás estaciones? ¿Y las utilidades del mar, sus tempestades y sus ondas? ¿Permaneciendo todo en perpetuo orden y publicando la gloria y hermosura de su Creador? Porque todas estas cosas y muchas más comprendió Pablo diciendo: *Los atributos invisibles de Dios, desde la creación del mundo, se ven claramente por las obras que hizo, así como su eterno poder y su divinidad, de suerte que son inexcusables.* No las hizo Dios, cierto, con ese fin de que fuesen ellos inexcusables, pero así ha sucedido. Pues el

poner Dios ante su vista una manifestación tan espléndida de su poder, sabiduría y divinidad, no fue, por cierto, con este fin de que quedasen sin defensa posible y fuesen del todo inexcusables, sino para que pudiesen conocerle; mas ellos, con su ingratitud, se privaron de toda defensa.

Luego, probando que no hay para ellos defensa posible, dice: ²¹. *Porque, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como Dios, ni le dieron gracias.* Crimen máximo es éste, al cual juntaron además otro adorando a los ídolos. De lo cual los acusó Jeremías diciendo: *Dos males ha cometido mi pueblo: Me han abandonado a mí, fuente de agua viva, y se han fabricado aljibes rotos* ⁶ (Jer., 2, 13). Alcanzaron, sí, algún conocimiento de Dios, pero no hicieron de esta noticia el debido uso, procurando perfeccionarla y alabarle por la perfección en él conocida; esto es, glorificarle.

Añade la causa por la cual vinieron a tan grande locura: porque se entregaron a los devaneos de su imaginación, y en vez de usar bien de su razón para deducir el maravilloso orden del mundo la infinita excelencia de su Creador y Ordenador, le atribuyeron cuerpo, y se formaron dioses corpóreos. *Se oscureció* entenebreció *su corazón insensato.* Pues así como el que en noche oscura y sin luna emprende un viaje difícil por mar o por tierra, no sólo no arriba a la meta, sino que va a una segura ruina, así también éstos, emprendiendo el camino del cielo, comienzan por ahogar en sí la lucecita de su razón, y se entregan a sus tenebrosas cavilaciones, buscando entre las cosas corpóreas al que es incorpóreo, y entre las que tienen figura al que carece de ella, sufriendo así un horrible naufragio.

Junto con todo lo dicho señala otra causa de error en estos términos: *Alardeando de sabios, se embrutecieron.* Porque, presumiendo de sí grandes cosas y rehusando seguir el camino trazado por Dios, se sumergieron en sus locas cavilaciones. Luego, describiendo cuán grave fue la tempestad y el naufragio, añadió: ²³. *Y trocaron la gloria de Dios incorruptible en simulacros en forma de hombres corruptibles y de aves, cuadrúpedos y reptiles.*

3. CONTRA LOS FILÓSOFOS GENTILES. Su primer crimen fue no haber hallado a Dios; el segundo, teniendo motivos y razones clarísimas; el tercero, alardear de sabios, y el cuarto, deificar a los demonios, leños y piedras.

En la carta a los Corintios abate su fausto, mas no como aquí. Allí lo hiere con la cruz diciendo: *Lo que en Dios parece necio, es más sabio que los hombres* ⁷ (I Cor., 1, 25); aquí en cambio, sin hacer comparaciones, moteja su sabiduría en sí misma, llamándola estulticia y fastuosa arrogancia.

Luego, para que veas que ellos tenían noticia de Dios y la desecharon, dice: *la trocaron*; el que trueca una cosa por otra, antes de trocarla, la tiene. Quisieron encontrar cosa más alta y excelente, no contentos con los términos que Dios les señalara, y por esto los perdieron también, por deseo de novedades. Todo esto acaeció a los Griegos. Y por esto se levantaron también entre sí unos contra otros: Aristóteles contra Platón, y contra aquél los estoicos, haciéndose entre sí cruda guerra. Y así no son tan dignos de admiración por su ciencia, como de odio y execración por su arrogancia; pues por ella dieron en tanta necedad y estulticia. Porque, si no lo hubieran fiado todo a sus raciocinaciones, silogismos y sofismas, no hubieran caído en tal abismo.

Luego, encareciendo su crimen, ridiculiza y condena toda clase de idolatría. Y es ciertamente ridículo y censurable el haber cambiado la gloria de un Dios inmortal; mas el haberla cambiado por semejantes inventos, es cosa sumamente reprochable. Repara por qué cosas la cambiaron y en qué pusieron su gloria. Debieran haber pensado que era Dios, que era Señor de todas las cosas, que cuando no eran las produjo, que tiene cuidado y providencia de todo. gloria de Dios son todas estas cosas. —¿Y a quién se la atribuyeron ellos? No ya a los hombres, sino a simulacros sin vida, a estatuas de hombres corruptibles; ni pararon aquí, sino que descendieron hasta los brutos animales, ¿qué digo animales?, a sus simulacros. Y admírate de la sabiduría y elocuencia de Pablo, cómo juntó dos tan distantes extremos; a Dios, el más sublime y soberano de todos los seres, y a los más viles y bajos reptiles, y no ya reptiles, sino semejanza de ellos, para poner de manifiesto su insensatez y su locura. Pues el concepto y noticia que deben conservar acerca de Aquel que es sin comparación el más excelente de todos los seres, se lo aplicaron al que es sin disputa el más vil de todos los animales.

Pero dirás: ¿Qué tienen que ver con los filósofos todas estas cosas? —A ellos se refieren más especialmente. Pues tuvieron por maestros a los Egipcios, inventores de ellas; y Platón, que parece ser entre ellos el que más descuellas, se gloria de estas cosas, y su maestro

Sócrates dio también culto a esos ídolos, mandando en el último trance que sacrificaran un gallo a Esculapio.

Vieras allí estatuas de brutos y reptiles alternando con Baco y Apolo recibiendo culto. Filósofos hubo que entronizaron en el cielo a los toros, alacranes, dragones y semejante morralla, porque siempre y en todas partes procuró el demonio reducir los hombres a semejanza de reptiles, sometiendo a irracionales a aquellos que Dios quiso levantar sobre los cielos. Y no sólo por esta razón, sino también por otra verás a su corifeo adicto a semejantes dislates. Porque cuando junta en una asamblea a todos los poetas y dice que son dignos de crédito en lo que piensan acerca de los dioses, como quienes los tienen bien conocidos, no acumula luego otra cosa que una serie de tonterías y frivolidades, y juzga que cosas tan ridículas se deben tener por verdaderas.

24. *Por lo cual los abandonó Dios a las depravadas concupiscencias de sus corazones, a los vicios de la impureza, hasta afrentar entre sí sus propios cuerpos.* Con lo cual declara que la impiedad fue causa de que violaran las leyes. Aquella palabra *los entregó* o abandonó, significa permitió. Como un capitán, si en el fragor de la lucha retrocede y se retira, se dice que entrega los soldados al enemigo, no porque él los impela, sino por haberlos dejado sin dirección y estrategia; así Dios abandonó a los que no quisieron admitir sus ordenaciones y mandatos, sino que fueron desleales sin motivo a quien tan bien había cumplido por su parte. Porque mira cuán bien los enseñó, poniendo ante sus ojos el maravilloso libro del mundo, y dándoles inteligencia y razón a fin de que pudiesen entender lo que les importaba y convenía. De nada de esto usaron bien aquellos hombres, sino que volvieron contra sí los dones recibidos. ¿Qué había de hacer Dios en vista de esto? ¿Violentarlos y forzarlos? Mas con seres dotados de inteligencia y voluntad no se hace esto. No restaba otra cosa que abandonarlos a su arbitrio y esto hizo; para que probando así y experimentando sus antojos, huyesen sus concupiscencias y torpezas. Porque, si un hijo de un rey, abandonando el real palacio y despreciando a su padre, se junta con piratas, sicarios y profanadores de sepulcros y prefiere el trato de esta canalla a la casa y compañía de su padre, éste lo deja para que aprenda por experiencia el exceso y magnitud de su locura.

4. Pero, ¿por qué no hizo mención de ningún otro pecado, como

de homicidios, avaricias y otros tales, sino sólo de la intemperancia? Parece que tuvo ante la vista a aquellos a quienes dirigía la carta. *A los vicios de la impureza, en tanto grado, que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos.* Repara el énfasis con que los constriñe hasta lo sumo, como diciéndoles: No hay necesidad de que otros os afrenten, sino que lo que habían de hacer los enemigos, lo hacéis ya vosotros contra vosotros mismos.

25. Volviendo luego de nuevo a la causa y origen del mal, añade: *Trocaron la verdad de Dios en la mentira y adoraron y rindieron culto a la criatura antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos. Amén.* Lo que era sumamente ridículo lo especifica; y lo más grave lo expresa en general y de todos los modos posibles, mostrando con esto que el adorar y dar culto a las criaturas es crimen común de los gentiles. Y mira cómo hace resaltar su delito, pues no dijo sencillamente: Dieron culto a la criatura, sino que añadió: *prefiriéndola al Criador*; encareciendo sin cesar su crimen y presentándolos como imperdonables con la repetición de estas sus criminales preferencias.

El cual es bendito por los siglos. Amén. Mas estas ofensas hechas a Dios, a él en nada le dañaron ni empecieron, dice, porque él es bendito y dichoso por todos los siglos. Con estas palabras demuestra que no los desamparó por venganza, pues él no sufrió nada, ni se aminoró un punto su gloria, sino que permanece siempre feliz y bendito. Porque si el varón virtuoso nada sufre, por lo común, de parte de los que le injurian, mucho menos Dios, naturaleza inmortal e inmutable, y gloria invariable e inmobile. Pues en esto se asemejan los hombres a Dios, en no sentir molestias de los que intentan causárselas, y en no recibir sus afrentas; heridos, no se resisten, y riyéndose de ellos, no quedan burlados. Dirás: ¿Cómo puede ser eso? Muy bien puede suceder, si tú no tomas resentimiento. —¿Más cómo puedo dejar de sentirlo?— ¿Y cómo puedes sentirlo, digo yo?— Porque si un pequeño tuyo te injuriase, ¿tendríaslo por verdadera injuria? ¿Sentiríaslo? De ningún modo; de lo contrario, serías ridículo. Pues portémonos así con el prójimo, y no sufriremos disgusto alguno (porque son más insensatos que los niños injuriadores); no deseemos vernos libres de afrentas, y si nos vienen, sufrámolas animosos: porque éste es el verdadero honor. ¿Por qué? Porque de este honor eres dueño tú mismo, y de aquel, otro. ¿No ves cómo repercute el diamante cuando lo golpean? —Pero eso es, dirás, porque esa es su condición natural—

Pues lo mismo puedes hacer tú por el propósito de la voluntad. ¿Pues qué? ¿No has visto a los niños no quemarse en el horno de Babilonia? ¿Y a Daniel en el lago de los leones no sufrir daño alguno? Pues lo mismo puede acaecer hoy; leones tenemos también nosotros: la ira, la concupiscencia, armados de agudísimos dientes, que destrozan todo lo que encuentran. Sé, pues, semejante a Daniel y no dejes a las pasiones hincar el diente en tu alma. —Pero dirás: El tuvo a su favor toda la gracia.— Bien, pero con ella obraba el propósito de la voluntad. Por tanto, si nosotros queremos reprimir las pasiones, gracia no falta; aunque estén hambrientas las fieras, no tocarán tu pecho. Pues si respetaron el cuerpo de un siervo, ¿cómo no han de estar quedas al ver a los miembros de Cristo (que somos nosotros)? Mas si no se están quedas, será por culpa de los que se les echan. Porque hay muchos que mantienen a estos leones, costeando rameras, violando nupcias, vengándose de sus enemigos; y por eso son despedazados antes que lleguen al pavimento. No sucedió así a Daniel, ni nos sucederá a nosotros, si queremos; más aún, nos sucederán cosas mejores que entonces.

LAS INJURIAS SON DE GRAN PROVECHO AL QUE LAS LLEVA EN PACIENCIA. Allí los leones no hicieron daño; a nosotros, si somos ciudadanos, nos causarán provecho los que nos injurian. Así Pablo salió más espléndido y brillante de aquellos que le perseguían y molestaban. Así Job de mil calamidades, así Jeremías del lago de cieno ⁷ (Jer., 38, 6), así Noé del diluvio, así Abel de la celda, así Moisés de los sanguinarios judíos, así Eliseo, así todos aquellos grandes varones alcanzaron tan espléndidas coronas, no por haber vivido en el descanso y en los placeres, sino a costa de mil pruebas y trabajos.

Por eso Cristo sabedor de esta regla de conducta, dijo a sus discípulos: *Grandes tribulaciones os aguardan en el mundo, pero tened confianza, yo he vencido al mundo* ⁸ (Jn., 16, 33). —Pues qué, dirás, ¿no han derribado los trabajos a muchos?— Mas no por la naturaleza de las tentaciones y pruebas, sino por cobardía suya. El que de la tentación hace que saquemos provecho, de manera que podamos sostenernos (I. Cor., 10, 13), él mismo nos asista a todos y nos dé su mano para que, aclamados espléndidamente de todos, alcancemos las eternas coronas por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria, el honor y el imperio al Padre y al Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IV (1, 26, 27)

26. *Por esto los entregó Dios a ignominiosas pasiones. Pues sus hombres trocaron el uso natural en otro que es contra naturaleza.* 27. *Del mismo modo, también los varones, dejando el uso natural de la hembra, se abasaron en impuros deseos, unos de otros, ejecutando la torpeza varones con varones, recibiendo en sí mismos el pago debido a su extravío...*

1. Todas las enfermedades del alma son afrentosas, pero de un modo especial la locura sodomítica: pues más sufre, mayor sufrimiento y vergüenza experimenta el alma con los pecados que el cuerpo con las enfermedades. Mira cómo los reputa, indignos de perdón, lo mismo, que en los dogmas erróneos: y de las mujeres dice: *Trocaron el uso natural*. Pues no pueden alegar que por carecer de la unión que es conforme a naturaleza, recurrieron a eso; ni que, por no poder satisfacer su inclinación natural, cayeron en estos rabiosos deseos, ajenos de su sexo: porque el trueque y cambio es propio del que ya posee: lo cual afirmó también hablando de los dogmas: *Mudaron la verdad de Dios en la mentira*. Lo mismo afirmó también de los varones diciendo: *Dejando el uso natural de la hembra*. Tampoco a éstos les dejó modo alguno de defensa, acusándolos no sólo de que, teniendo su modo de gozar lo dejaron por otro; sino también de que, dejando el que era conforme a la naturaleza, recurrieron a otro que era contra ella. Más dificultad y menos gusto hay en esas uniones antinaturales que en las naturales; de manera que ni siquiera tienen el pretexto de mayor gusto: pues el genuino deleite es conforme a la naturaleza; más cuando Dios desampara, todo se pervierte. Por tanto, no sólo eran satánicos sus dogmas, sino diabólica su vida.

Al hablar de los dogmas trajo a consideración el mundo y la humana razón, diciendo que con la inteligencia recibida de Dios, podía el hombre, por las cosas visibles, subir al conocimiento de su Criador: y como no quisieron, se hicieron indignos de perdón. Aquí, empero, en lugar del mundo, puso el deleite, que es conforme a naturaleza, del cual podían usar libremente, y con más gusto, y librarse de la torpeza: pero lo rehusaron; con lo cual no merecen perdón de Dios y afrentan su propia naturaleza; y lo que es aún más torpe, sus muje-

res deseaban aquellas uniones, que debían causarles mayor vergüenza que si se juntasen con varones.

Aquí es de admirar la discreción y prudencia de Pablo al ver cómo, viniendo a dar en dos escollos contrarios, supo sortearlos con grandísimo acierto y delicadeza. Porque él quería conseguir dos cosas, hablar castamente y herir a los oyentes: mas esto era punto menos que imposible; porque lo uno impedía lo otro. Pues si quieres atacar a fondo, es preciso decir la verdad clara y desnuda, y si hablas castamente, no puedes hacer impresión en los oyentes. Mas aquella prudentísima y santísima alma acertó a lograr lo uno y lo otro, encareciendo la acusación con nombrar la naturaleza y usando de ese velo para que fuese casto el lenguaje.

HORRENDA LASCIVIA CONTRA LA NATURALEZA. Después de haber acometido primero a las mujeres, la emprende con los varones diciendo: *Igualmente sus varones, dejando el uso natural de la hembra*, lo cual es indicio de extremado extravío; corrompidos ambos sexos; el varón, que ha sido constituido maestro de la mujer, y la mujer, a quien se ordenó que fuese su ayudadora, obran entre sí como mortales enemigos. Repara el énfasis con que habla. Pues no dijo que se amaron y desearon mutuamente, sino estallaron como llama; se inflamaron en mutuos deseos. ¿Ves cómo todo el mal provino de la pasión, de la concupiscencia y avidez desenfrenada?; porque el deseo desapoderado no sufre freno ni respeta término alguno. Porque el que traspasa las leyes establecidas por Dios, desea cosas extrañas y no sabe guardar moderación alguna. Pues así como vemos a veces que los que han aborrecido el apetito de los manjares, se arrojan a comer tierra y piedrecitas, y otros, devorados de la sed, apetecen el cieno; así éstos se encendieron en deseos contra toda ley.

Y si preguntas: ¿De dónde provino tan desapoderado deseo? te diré: Desamparados que fueron de Dios. ¿Y el desamparo? ¿de dónde? De su perversidad en abandonar y ofender a Dios. *Ejecutando* sus torpezas varones con varones.

Al oír *se encendieron*, no creas que la enfermedad consistió sólo en deseos, pues gran parte de este mal provino de la ociosidad y desidia; que suele encender la concupiscencia. Y así no dice que fueron arrastrados o sorprendidos, como dijo en otros sitios, sino *Ejecutando*: pusieron por obra su pecado, y no de cualquier manera, sino con grande ahínco y ardor. Y no dijo su *Deseo*, sino con más

propiedad, su *Torpeza*, pues deshonraron la naturaleza y conculcaron sus leyes.

Y mira la confusión y desorden por una y otra parte causado. Pues no sólo pusieron los pies arriba, sino la cabeza abajo; y se hicieron enemigos mutuamente unos de otros, encendiendo una múltiple y variada lucha, más injusta y terrible que todas las guerras civiles. Mira si no: Debían ser una sola cosa el varón y la mujer: *serán dos en una carne*¹ (Mt., 19, 5). Así lo cumplían por la inclinación natural del uno al otro sexo, que los unía entre sí. Mas quitado, por obra del diablo, este natural deseo, y torcido y convertido en otro, apartó y dividió los dos sexos del mutuo trato, haciendo que lo que antes era uno, fuesen dos partes contra la ley de Dios, que había dicho: *Serán dos en una carne*² (Gen., 2, 24), y él la partió en dos. He aquí la primera guerra. Hizo además que estas dos partes se hiciesen entre sí mutua guerra; porque las mujeres deshonraban a las mujeres, y no a los varones sólo; los varones, a su vez, se levantaron, no sólo entre sí unos contra otros, sino también contra el sexo débil, como si estuvieran enzarzados en nocturna lucha. ¿No ves cómo no es una sola guerra, sino doble, triple, cuádruple y más aún? Porque además era lucha contra la misma naturaleza. Pues viendo el diablo que esta natural concupiscencia unía sumamente a los dos sexos, procuró con grande empeño deshacer este vínculo, de tal manera que no sólo se perdiera el linaje humano por falta de semilla, sino también por la guerra intestina y perpetua de unos contra otros.

Recibiendo en sí mismos la paga merecida de su obcecación y extravío. Mira cómo vuelve de nuevo a la fuente y origen del mal, la impiedad en sus dogmas y creencias sobre la divinidad. Porque viendo que hombres, impíos y enfrascados en las cosas de la presente vida no le darían oídos, si les hablaba de infierno y de suplicios, sino que se reírían de él, les da a entender que en su mismo pecado y voluptuosidad llevaban la penitencia. Y si no lo sienten, sino que se alegran, no te extrañe; porque también los furiosos y frenéticos se lastiman y despedazan, y al mismo tiempo se ríen y se alegran; mientras que para los demás son objeto de conmiseración y de llanto, mas no por eso decimos que carecen de suplicio, sino que precisamente por eso es mayor su castigo y su daño, porque no se dan cuenta de su mísero estado. Porque no hemos de deferir al juicio y parecer de los enfermos, sino al de los sanos.

En la antigüedad se dio una ley, en que uno de los legisladores mandó que ningún esclavo se uniese en la palestra ni se entregase a amores de mancebos: reservando esta prerrogativa, o mejor dicho, esta torpeza, para los hombres libres. Sin embargo, ellos no la reputaban torpeza, sino cosa honesta y honrosa, y tan digna de aprecio, que no debía otorgarse a gente de condición servil, y por eso la concedieron a los hombres libres: y esto el sapientísimo pueblo de los Atenienses, y su gran legislador Solón. Y cuenta que no fue él solo, sino que hay muchos libros de filósofos inficionados de esta enfermedad. Y, sin embargo, no por eso vamos a decir que fue cosa lícita, honesta y legítima; sino que los que tal ley aceptaron son desdichados y dignos de lástima. Pues las afrentas que admiten las que prostituyen sus cuerpos, esas mismas y otras mayores toleran también éstos. Porque en aquéllas, si no es legítimo el coito, al menos no es contrario a la naturaleza; en éstos, en cambio, es no sólo ilegítimo, sino también antinatural. Y aunque no hubiese infierno ni amenazase Dios con suplicios, ya sería éste el peor de los suplicios.

¿Que están con él muy contentos y alegres? Tanto peor. Porque si viéramos correr a un hombre desnudo todo y enlodado, sin correrse de vergüenza, antes alegrándose de ello, no le daríamos el parabién, seguramente; antes lamentaríamos que no se diese cuenta de su indecencia... Peores son esos hombres que los suicidas, porque vale más morir que vivir en tan grande afrenta. Porque el suicida aparta el alma del cuerpo; mas éstos pierden juntamente el cuerpo y el alma. No hay pecado alguno que con esta iniquidad compararse pueda, y si los que tales cosas sufren tuvieran juicio y conocimiento, mil muertes preferirían antes que tolerar semejante infamia.

3. No hay nada, no; no hay cosa tan irracional y tan grave. Pues si hablando de la fornicación dijo Pablo: *Cualquier otro pecado que el hombre cometa, fuera del hombre queda; mas quien fornicar, contra el propio cuerpo peca* (3) (I. Cor., 6. 18), ¿qué diremos de esta locura, que es tanto peor que la fornicación cuanto es imposible expresar? Porque no digo sólo que te has convertido en mujer, sino que has dejado de ser varón, pues ni te has mudado en esa naturaleza ni conservas la que tenías; sino que has afrentado las dos a la vez, mereciendo que te arrojen de sí a pedradas tanto los varones como las hembras, por haber injuriado a los dos sexos. Y para que veas la gravedad de este delito, si viniese un hombre prometiéndote conver-

tirte en perro, ¿no lo echarías con cajas destempladas? Pues tú de hombre te has hecho no perro, sino un animal mucho más vil: porque el perro para algo sirve, mas el invertido para nada es útil. ¿Qué te parece? Si alguno amenazase con hacer que los hombres pariesen, ¿no montaríamos todos en cólera? Pues peores cosas hacen ahora los que han dado en tan insigne locura, porque no es lo mismo convertirse en mujer que hacer de mujer permaneciendo varón; más aún, ni una cosa ni otra. Y si por otra vía quieres saber cuán grande mal es éste, pregunta por qué los legisladores castigan a los que se castran y hallarás que no es por otra causa, sino porque estragan y mutilan la naturaleza. Y, sin embargo, no es tan grande su estrago, porque aun después de castrados sirvieron para muchas cosas; pero no hay cosa más inútil que un hombre convertido en ramera: porque no solamente su alma, sino también su cuerpo es una tan grande ignominia, que merece ser arrojado de toda sociedad humana. ¿Cuántos infiernos serán bastantes para él? Mas si al oír nombrar el infierno te ríes y te muestras incrédulo, acuérdate del incendio de Sodoma: hemos visto, sí, hemos visto aun en esta vida una imagen del infierno. Pues, como muchos no habían de creer las cosas que después de la resurrección han de suceder, oyendo ahora que aquel fuego es inextinguible, los hace Dios entrar en seso con las cosas presentes. Porque tal es el fuego e incendio de Sodoma, como lo saben los que han ido allá y han visto aquella plaga enviada por Dios y aquella obra de los rayos de lo alto. Piensa cuán grave será el pecado que ha hecho aparecer el infierno antes de tiempo. Porque despreciando muchos los eternos fuegos, mostróles Dios de un nuevo modo la imagen del infierno. Era estu- penda aquella lluvia, porque también su pecado era contrario a la naturaleza; e inundó la tierra, porque también la concupiscencia había inundado sus almas. Por esto era aquella lluvia contraria a la usual y ordinaria, pues no sólo no dispuso la tierra para recibir la semilla y dar fruto, sino que la esterilizó por completo. Tal era el comercio carnal de aquellos Sodomitas, que hacía su cuerpo más inútil aún. ¿Hay cosa tan infame y execrable como un hombre que hace veces de meretriz? ¡Oh furor! ¡Oh estupidez! ¿Cómo se ha propagado esta concupiscencia, que ha invadido la humana naturaleza como un ejército enemigo en tiempo de guerra?, aún más, tanto más molesto y grave cuanto es mejor el alma que el cuerpo? ¡Oh vosotros, más irracionales que los brutos y más desvergonzados que los perros! Pues

nunca hay entre ellos cosa semejante, sino que la naturaleza reconoce y respeta los debidos términos: vosotros, en cambio, habéis deshonrado más vuestro linaje con tan grande afrenta. ¿De dónde han nacido tan grandes males? De la voluptuosidad. De que no reconocíais a Dios; pues, echado fuera el temor de Dios, desaparecen todos los bienes.

4. Para que esto no suceda, pues, tengamos asiduamente ante los ojos el temor de Dios. Porque no hay cosa que traiga el hombre tan gran ruina como el desprenderse de este segurísimo apoyo, ni que lo guarde y asegure tanto como asirse a esta áncora firmísima. Porque si la vista de un hombre nos retrae de pecar, más aún, si por respeto a un criado virtuoso y modesto evitamos todo despropósito, piensa cuán grande seguridad alcanzaremos, si traemos a Dios delante de los ojos. Nunca se atrevería el diablo a atacarnos viéndonos tan pertrechados, porque trabajaría en vano; mas si, por el contrario, nos ve andar vagando sin freno, tomando ocasión de nuestra distracción, tratará desde luego de apartarnos del rebaño de Cristo. Y lo que suele acaecer a los criados remisos y holgazanes, que, desatendiendo los mandatos urgentes, para cuyo desempeño los enviaron sus amos, indiscreta e imprudentemente se entretienen en todo lo que encuentran al paso, gastando el tiempo inútilmente, esto mismo nos sucederá a nosotros si desatendemos lo ordenado por Dios. Nos paramos luego a admirar las riquezas, la hermosura corporal y otras cosas que no nos importan, como aquellos criados que se quedan mirando a los mendigos charlatanes y embaucadores que fascinan al pueblo con sus artificios y reciben luego el castigo merecido por su tardanza.

Hay también muchos que, abandonando el camino derecho, siguen los malos ejemplos de otros, ejecutando como ellos torpes y deshonestas fechorías. No hagamos tal nosotros; pues se nos ha enviado a importantísimos y urgentes negocios, y, si haciendo caso omiso de ellos gastamos inútilmente el tiempo en mirar esas bagatelas, recibiremos el castigo supremo.

Porque si deseas emplear bien el tiempo, ya tienes cosas que admirar extasiado y desear con todas las ansias de tu alma, cosas laudabilísimas y dignísimas no de risa, como aquellas otras, sino de admiración, tanto más cuanto que el que es admirador de cosas ridículas viene a hacerse igual y aun peor que esos que excitan la risa del populacho. Pues para que no te acaezca semejante cosa, echa pie atrás luego al momento.

CUÁN GRAN DAÑO Y DESDICHA TRAE CONSIGO EL MAL USO DE LAS RIQUEZAS. ¿Por qué ansías riquezas? ¿Qué maravillas descubres que hayan de cautivar tus miradas? ¿Caballos con jaeces de oro?, ¿catervas de criados, unos bárbaros y otros eunucos?, ¿ricos vestidos y almas muelles enfrascadas en semejantes fruslerías? ¿fruncidos y arrogantes entrecejos, carreras, tumultos? ¿Merece eso nuestra admiración? Pues ¿en qué se diferencian éstos de los mendigos y charlatanes de plazuela, danzantes y tocadores de flauta? También éstos, hambreado prosperidades y dichas, frecuentan bailes y danzas más ridículas que aquéllos, traídos y llevados, ora a la orgía, ora a la mancebía, ora a la turba de parásitos y aduladores. Y si ostentan oro y pedrería, por eso precisamente son más desdichados, porque ponen su corazón y toda su afición en lo que no les importa. A mí no me vengas con vestidos; descubre y mira sus almas y las verás traspasadas de mil heridas, andrajosas y desarrapadas y despreciadas de todos. ¿Qué les aprovecha aquella ostentación exterior? Porque más vale vivir pobre, pero virtuosamente, que ser rey vicioso; pues el pobre goza de las delicias del alma, que no le dejan sentir la exterior pobreza; mientras que el rey tiene sus delicias en lo que no le va ni le viene; y sufre un tormento continuo en su alma, en su conciencia y en sus pensamientos, que no le abandonarán ni después de muerto.

Sabido esto demos de mano a los ricos vestidos y abracemos la virtud y el deleite que la acompaña. Pues de este modo gozaremos acá y allá de suma delicia, y alcanzaremos los prometidos bienes por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea, junto con el Padre y el Espíritu Santo, la gloria, el honor y el imperio, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V (I, 28-2, 16)

Los filósofos y sabios del mundo, por no haber querido reconocer a Dios, fueron entregados al extravío de un espíritu depravado, y pasaron de los desarreglos más groseros a otros más sutiles, que no procedían de ignorancia, sino de una resolución fija y estudiada. Se hicieron desleales, insensibles e inventaron nuevos modos de practicar el mal, apagando con sus pecados todo natural afecto. Fue tal su obcecación que, aunque sus acciones eran dignas de muerte, y lo mismo los que las aprobaban, no obstante, no lo comprendieron. Porque el que alaba el pecado es peor que el que lo comete.

San Pablo, después de atacar a estos sabios combate a los que mandaban en Roma. Estos son inexcusables. Condenan a los adúlteros y cometen adulterio. Lo que dice de los Príncipes y Jueces de este pueblo, puede igualmente aplicarse a todo el que juzga a su hermano, pues a esos podemos decirles: La condenación que tú pronuncias contra los otros, te hace más digno de castigo; porque es muy gran malicia hacer lo que reconoces por malo y condenas en otro. Dices que sabes bien que faltas y cometes pecados; pero que eso te tiene sin cuidado, porque sabes que Dios es bueno. Al contrario, esa paciencia de Dios en esperarte, dilatando el castigo, y de donde sacas esa presunción y atrevimiento para seguir pecando, debe hacerte temblar. Porque Dios no usa una indulgencia muelle que tolere impunemente tus pecados; sino que te concede un plazo para que te conviertas cuanto antes y, si rehúsas hacerlo, el castigo será terrible. Bien puedes repetir cuanto gustes que Dios es bueno; tarde o temprano tendrás que reconocer que es también justo. Por tu impenitencia y rebeldía te estás preparando un tesoro de ira. Dios ha hecho todo lo necesario para salvarte; te ha dado conocimiento del bien y del mal; no ha perdonado medio para moverte a penitencia; te ha amenazado con el rigor de sus divinos juicios, a fin de que entrases en seso y te arrepintieses; si después de todo esto permaneces impenitente, tú mismo eres el que reúnes un tesoro de ira para el tremendo día del justo juicio de Dios.

Añade San Pablo que en aquel día retribuirá Dios a cada uno según sus obras, dando la vida eterna a los que por su paciencia en el bien obrar buscan la inmortalidad; en lo cual enseña claramente que para salvarse no basta la fe, sino que son necesarias las buenas obras. Dice luego que la tribulación y la angustia abrumará a todo hombre que obra mal. El rico, el pobre, el príncipe,

el emperador, todos estarán allí abrumados de desesperación si han obrado mal. No es Dios aceptador de personas. No hará caso de dignidades ni de grandezas. Unicamente castigará más a los que hubieran abusado más de sus dones. Nosotros, pues, que hemos recibido mayor luz y conocimiento que la generalidad de los hombres, hemos de aguardar mayor castigo, si no hacemos buen uso de esos dones.

Y al contrario; el honor y la paz serán la herencia de todo hombre que obre el bien; pues sólo en el cielo poseeremos la verdadera paz y tranquilidad completa sin turbación de ningún género. San Pablo, al añadir que los que oyen la ley no serán por eso justos delante de Dios, sino sólo aquéllos que la practiquen, da bien a entender que puede uno creerse justo y parecer tal a los demás hombres, pero que Dios dará una sentencia enteramente contraria, si nosotros nos contentamos con oír la ley y no la cumplimos.

San Juan Crisóstomo toma ocasión de lo que dice San Pablo acerca del juicio final para excitar un saludable temor en los ánimos de los oyentes. Les pone delante el gran miedo que afligirá las conciencias de los malvados al ver toda su vida al descubierto delante de todos los hombres, cuando los arranquen por fuerza de aquellas tinieblas que siempre buscaron. Sin embargo, no teme asegurar que no es el momento en que Dios nos castigará el que más debemos temer, sino aquel en que nosotros le ofendemos. Atrévase además a decir que, aunque no hubiéramos cometido más pecados que el haber temido el infierno más que a Jesucristo mismo, por eso sólo mereceríamos ser precipitados en aquellos fuegos. Mas como no amamos a Nuestro Señor, no alcanzamos a conocer la grandeza del mal que nos causa la privación de este amor. Sólo para obligarnos a amarle, nos ha amenazado con el infierno y nos ha prometido su Reino. Amémosle, pues, como es razón, éste es nuestro mayor galardón, nuestro Reino celestial, nuestros placeres y delicias, nuestra honra y nuestra gloria, nuestra luz y nuestra soberana felicidad.

28. *Y como ellos no procuraron alcanzar cabal conocimiento de Dios, dejólos Dios caer en perversos sentimientos, de manera que llegaron a hacer lo que no les cumplía.*

1. Para que no pareciese que aludía a ellos, después de haber hablado mucho del amor de los niños, pasa a otras clases de pecados; y por tanto se dirige a otras personas. Y como si hablase siempre a los fieles de los pecados para enseñarles a evitarles, trae a plática a los gentiles diciendo: *No con pasión libidinosa, como las gentes que no conocen a Dios* (I) (Thess., 4, 5); y poco después: *Para que no os entristezcáis como otros que carecen de la esperanza de la vida eterna* (Ibid., v. 13); así también en otra ocasión trae a consideración sus pecados y dice que no tienen excusa ninguna, porque son crímenes

cometidos, no por ignorancia, sino con plena deliberación y advertencia. Por lo cual no dice: Y como no conocieron; sino: *Y como no estimaron a Dios digno de ser tenido en cabal conocimiento*, dando a entender que su pecado procedía de juicio y dictamen perverso y refinada voluntad, no de precipitación e inadvertencia; y enseñando que los pecados de la perversa concupiscencia no provienen de la carne, como dicen algunos herejes, sino de la razón y de la voluntad; y que éste es el manantial y origen de todos los males. Porque cuando la mente llega a depravarse y pervertirse, corrompido el guía, queda todo desordenado y trastornado. 29. *Atestados de toda injusticia, maldad, fornicación, avaricia, malicia*. Mira qué cúmulo de pecados; pues los llama henchidos y *atestados*, y de *toda* injusticia; y después de nombrar la malicia en general, va descendiendo a todas sus particularidades y esto con hipérbole, diciendo: *Llenos de envidia y de homicidio*, porque éste nace de aquélla, como se vio en Abel y en José. Luego, habiendo dicho *pendencieros, engañadores, malignos*, 30, *chismosos, murmuradores, aborrecibles a Dios, ultrajadores*, poniendo entre los crímenes cosas que a muchos parecen indiferentes; sube de punto otra vez la acusación, después de haber subido al castillo y fortaleza de todos los males y haberlos llamado *engreídos*. Porque más grave es engrairse después del pecado que el mismo pecar; por eso reprende a los Corintios con estas palabras: *Y no obstante, vosotros estáis hinchados de orgullo* (2) (I Cor., 5, 2). Pues si el que se vanagloria de una obra buena lo pierde todo, el que se engríe de los pecados, ¿qué suplicio no merecerá? Además, este tal no podrá arrepentirse. Luego dice: *Inventores de maldades*, dando a entender que para ellos no fueron bastantes las clases y maneras de pecados ya existentes, sino que inventaron otras nuevas, lo cual revela ánimo calculador y que anda mirando y remirando con afán, no sorprendido y enlazado por otro.

Habiendo descrito muy por menor muchas maldades y demostrado que ellos estaban comprendidos en esa descripción (pues dice: *Desobedientes a sus padres*), viene finalmente a la raíz de tanto mal, llamándolos: 31. *Sin corazón y desleales*. También Cristo señaló esta causa de la malicia: *Y por la inundación de la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos* (3) (Mt., 24, 12). Esto es lo que aquí dice Pablo llamándolos *desgarrados, desamorados, desleales y despiadados*, dando a entender que habían deshonorado este don que nos concedió natu-

raleza, pues a ella somos deudores de cierto natural afecto mutuo, de que participan hasta las mismas fieras. *Pues todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo* (4) (*Eccli.*, 13, 19). Mas ellos fueron más feroces que las fieras. Muéstranos, pues, la enfermedad y el gran mal que, proveniente de los perversos dogmas, invadió toda la tierra, declarando al mismo tiempo que ambas enfermedades nacieron de la desidia y negligencia de los enfermos. Da, por último, a entender, como lo hizo al tratar de los dogmas, que no merecen perdón; por eso añade: 32. *Los cuales, teniendo bien conocido el decreto de Dios, que quienes tales cosas obran, son dignos de muerte, no sólo las hacen ellos, sino que aplauden a los que las hacen.* Habiendo puesto dos antítesis, quítalas aquí ambas. Porque, ¿qué vas a decir? ¿Que no conoces las cosas que hay que hacer? Pues si no las conocieses, la culpa sería tuya; por haber abandonado a Dios que te las había declarado. Mas ahora probamos con mil razones que las sabes y pecas espontáneamente. ¿Pero te atrae la pasión? Pues, ¿por qué cooperas con otros y alabas a los que pecan? *Porque no sólo hacen esos pecados, dice, sino que aplauden a quien los comete.* Puesta la primera, que no merece perdón, para quitarla de en medio (porque el que alaba el pecado es más culpable que el mismo que peca); puesto, repito, primeramente esto, lo culpa y reprende con más vehemencia en lo que sigue con estas palabras: Cap. 2.^o, v. 1.^o: *Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas, tú que juzgas: pues en lo que juzgas al otro, a ti mismo te condenas* (Cf. *Mt.*, 7, 2). Esto dijo aludiendo a los Príncipes, porque aquella ciudad tenía entonces el principado del mundo. Así, pues, comienza diciendo de esta manera: Tú mismo te privas de defensa, quienquiera que seas; pues cuando condenas a un adúltero, y cometes tú también adulterio, aunque no haya hombre alguno que te juzgue y condene, aquella sentencia, que contra el culpable diste, contra ti mismo la diste.

2. *Porque sabemos que el juicio de Dios es conforme a verdad sobre los que tales cosas hacen.* Para que ninguno dijera: Entretanto escapé; para atemorizarle, dice que no sucede lo mismo en el juicio de Dios que en el nuestro; aquí, de dos que cometieron el mismo delito, uno escapa y otro es castigado; allí no, que el que juzga sabe lo que es justo; cómo lo sabe, no lo dijo, pues fuera superfluo. Acerca del impío dijo dos cosas, que, conociendo a Dios, obró la impiedad; y por dónde

le conoció, esto es, por las cosas creadas. Porque, como no era cosa conocida de todas, dijo también la vía; mas aquí, como era cosa de todos confesada, pasó de largo. Mas cuando dice: *Todo el que juzga*, no habla sólo a los Príncipes, sino también a los particulares y a los súbditos.

2. Porque todos los hombres, aunque no tengan solio, ni alguaciles, ni corchetes, ni verdugos, ni rollo, sin embargo, también ellos juzgan y sentencian a los que pecan en sus conversaciones y juntas, por el veredicto de la conciencia, y nadie se atreve a decir que el adúltero no es digno de castigo. Pero condenan, dice, a otros, no a sí mismos. Por eso se lanza vehemente contra ellos diciendo: 3. *¿Te figuras acaso, oh hombre, que juzgas a los que tales cosas hacen, y las haces también tú, que escaparás al juicio de Dios?*

Después de haber mostrado el gran pecado del orbe por sus dogmas y por sus crímenes, y porque eran sabios, y porque tenían la creación que los conducía a Dios como por la mano, y que no sólo abandonaron a Dios, sino que eligieron estatuas de reptiles, que despreciaron la virtud, y a pesar del aliciente y atractivo de la naturaleza hacia ella, se lanzaron de su propio impulso hacia el vicio, y obraban además contra la misma naturaleza; pasa luego a decir que quienes así obran, son castigados. Ya hizo mención de la pena al hablar de la culpa: *Pues en sí mismos recibieron la paga de su error*; mas, como permanecen insensibles a ella, añade otra que ellos temían sobre manera. Y ya antes se la había indicado: pues al decir que el juicio de Dios es conforme a verdad, no fue otra cosa lo que declaró; sin embargo, aquí lo prueba más extensamente diciendo: *¿Te has llegado a figurar, oh hombre, que juzgas a los que tales cosas hacen, y las ejecutas tú también, que podrás escapar al juicio de Dios? ¿Quién se atreverá a decir semejante cosa? Pues es muy cierto que tú te has juzgado a ti mismo. Mas después que fue tan grande la autoridad de este tribunal, que ni tú pudiste perdonarte a ti mismo, ¿cómo es posible que Dios, que es impecable y sumamente justo, no haga con más razón eso mismo? Te has condenado tú a ti, ¿y va Dios a aprobarte y alabarte? ¿En qué seso, en qué razón cabe semejante cosa? Tú, tú eres, sin duda, merecedor de mayor suplicio que aquél a quien en tu juicio condenaste. Porque no es lo mismo pecar que, después de haber castigado a uno por sus crímenes, dejarte tú arrastrar a los mismos pecados.*

¿No ves cómo amplifica el crimen? Pues si tú, dice, castigas al que pecó menos que tú, aún reconociendo que echas sobre ti la mancha, ¿cómo Dios ha de dejar de condenarte, y más gravemente, a ti que has cometido mayores pecados; Dios, digno, que con ello no echa sobre sí mancha ni vergüenza alguna, y a ti, que has sido condenado en el tribunal de tu misma conciencia?

Y si dijeres: Sé que soy digno de suplicio, pero no hago caso, confiado en la paciencia de Dios, y vives descuidado, por no recibir al punto el castigo; precisamente es una razón de más para que debas temer y temblar con justísima causa; porque si te difiere el castigo, no es para que dejes de sufrirlo, sino para que lo sufras mucho mayor, si permaneces incorregible; lo que Dios no permita. Por eso añade:

4. *¿O es que menosprecias las riquezas de su benignidad, de su paciencia y de su longaminidad, desconociendo que la benignidad de Dios te está llamando al arrepentimiento?* Después de haber alabado la paciencia de Dios y mostrado el gran fruto que de ella reportan los que la respetan (lo cual era excitarlos a arrepentirse), aumenta el temor. Pues así como a los que usan, como es razón, de la divina paciencia, les causa salud, así a los que la desprecian, les acarrea mayor castigo. Hay muchos que andan repitiendo en sus juntas y conversaciones, que un Dios benigno y paciente no castiga: el que tal dice, no dice otra cosa sino que será mayor el castigo. Porque Dios se muestra benigno, para que te libres de los pecados, no para que los aumentes y acumules; y si no lo hicieres, será más terrible la venganza. Por consiguiente, no hay que darse a pecar porque Dios sea paciente, ni convertir el beneficio en causa y materia de ingratitud, porque, aunque es paciente, es también justo y castigará sin falta. ¿Que de dónde consta esto? De lo que luego sigue. Porque si la maldad es grande y no han recibido los impíos su castigo, lo recibirán sin falta. Pues si los hombres no descuidan esto, ¿cómo ha de descuidarlo Dios?

Y ya por estas palabras comienza a tratar del juicio. Pues, mostrando que hay muchos destinados a penar, si no hacen penitencia, y no siendo castigados aquí, por el mero hecho, establece que hay un juicio futuro y gravísimo por cierto, por eso añade: “5. *Y tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorándote ira y más ira.*”. Porque al no ablandarse con la mansedumbre, ni moverse con el temor, ¿qué cosa más dura puede pensarse?

Después de mostrar la benignidad de Dios, presenta el suplicio; y suplicio intolerable para el que ni así ha querido convertirse. Y mira la propiedad y energía de las palabras: Te vas reuniendo un tesoro de ira, dice; mostrando que le está guardada, y que la causa de ella no es el Juez, sino el reo. tú, dice, tú para ti mismo atesoras, no Dios para ti. Pues él hizo cuanto estaba de su parte, te dio conocimiento del bien y del mal, usó contigo de gran paciencia, te llamó a penitencia, te amenazó con el terrible día de las venganzas divinas, atrayéndote al arrepentimiento por todas las vías: si permaneces, pues, inflexible y reacio. *“Te preparas un tesoro de ira para el día de la venganza y manifestación del justo juicio de Dios.”* Y para que, al oír la palabra ira, no te figures que hay aquí algo de pasión, añade: *Del justo juicio de Dios.* Y con razón dijo *manifestación*, pues entonces manifiesta las obras de todos, cuando recibe cada uno su merecido. Aquí sucede a veces que con sus desafueros, crean muchos molestias a otros; allí nada de eso. 6. *El cual dará a cada uno según sus obras.*

3. Después de haberse mostrado severo y terrible al hablar del juicio y de los futuros castigos, no pasa luego al suplicio, como cualquiera hubiera esperado, sino que habla de un asunto más suave, esto es, del premio y retribución de los buenos. 7. *A los que con la perseverancia en el bien obrar buscan gloria y honor e inmortalidad, vida eterna.* Aquí levanta el ánimo de los que en las tentaciones se habían acobardado, y muestra que no conviene confiar en la fe sola; pues aquel tribunal examina las obras. Pondera cómo al hablar de las cosas futuras, no puede explicar con claridad aquellos bienes; sino que los llama gloria y honor. Pues superando tanto los bienes humanos, no tiene imagen ni comparación alguna de que echar mano; sino que los da a conocer, de algún modo, por las cosas que entre nosotros parecen más espléndidas, como la gloria, el honor y la vida, que son las más estimadas y buscadas en lo humano. Pero las cosas del cielo no son así; sino incorruptibles e inmortales.

LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS. ¿No ves cómo nos abre las puertas de la resurrección de los cuerpos, al hacer mención de la incorrupción? Porque aquella incorrupción sobrevendrá entonces a este cuerpo ahora corruptible. Mas como esto no era bastante, añadió gloria y honor. Porque todos resucitaremos incorruptibles, mas no todos para la gloria; sino unos para la gloria, y otros para el suplicio. 8. *Mas para los tercos, porfiados y pertinaces en su juicio.* De nuevo priva de

perdón a los que siguen sus maldades, y da a entender que cayeron en ellas por su indocilidad, pertinacia y desidia. *Que no se rinden a la verdad, sino a la iniquidad.* Otra nueva acusación. Porque, ¿qué excusa puede tener el que huye de la luz y ama las tinieblas? Y no dice: Forzado por la violencia o por la tiranía, sino *Obedeciendo a la iniquidad*; para que entiendas que es culpa voluntaria, no tiránica imposición. 9. *Así que tribulación y angustia aguarda, sin remedio, al alma de todo hombre que obra mal.* Esto es, aunque sea un hombre opulento, aunque sea cónsul, aunque sea rey; a nada de esto atiende el juicio divino; nada valen aquí las dignidades.

Hecha mención, pues, de la gravedad de la enfermedad y de su causa y raíz, que fue la desidia de los enfermos, y del término y fin de ella, que es la perdición, y de la facilidad de la enmienda agrava al Judío en el suplicio. *Al Judío en primer lugar y también al Griego.* Pues el que tuvo más instrucción y conocimiento, si obra mal, merecerá también mayor suplicio. Así es que cuanto más sabios y prudentes, cuanto más poderosos fuéremos, tanto mayor castigo recibiremos, si pecamos. Porque si eres rico, te pedirán cuenta de más dineros que al pobre; y si fueres más prudente, mayor obediencia; si gozas de poderío, obras más insignes, y lo mismo en todo lo demás, cada uno debe trabajar según sus fuerzas. 10. *Gloria, en cambio, honor y paz para todo el que obra el bien, así judío, primeramente, como gentil.*

¿De qué judíos y de qué gentiles habla aquí? De los que vivieron antes de la venida de Cristo; porque todavía no había llegado a tratar del tiempo de la gracia, sino que hablaba de tiempos anteriores; comenzando ya desde lejos a quitar la diferencia entre judíos y gentiles, para que cuando después lo hiciera en los tiempos de la gracia, no pareciera cosa nueva y gravosa. Porque si ya en aquellos tiempos antiguos cuando no había aparecido aún tan grande gracia, y las cosas de los judíos estaban en tanto honor y eran entre todos tan celebradas e ilustres, no había en esto diferencia alguna. ¿Qué razón de preferencia podían alegar los judíos después de una efusión de tan grande gracia? Y por eso pone tanto empeño en probarlo. Porque los oyentes, aleccionados de que ya sucedía así en los antiguos tiempos, mucho más fácilmente lo habían de admitir después de recibir la fe. Y llama aquí griegos o gentiles, no a los idólatras, sino a aquéllos que adoraban al verdadero Dios y cumplían la ley natural, y además de las observancias judaicas, guardaban todo lo concerniente a la verdadera

piedad y religión: como eran Melquisedec, Job, los ninivitas y Cornelio. Ya empieza, pues, a socavar la diferencia entre la circuncisión y el prepucio, y desde lejos ataca ya esta distinción. Así lo hace sin dar lugar a sospecha, y como tratando de otra cosa, según su acostumbrada prudencia. Porque si hubiera enseñado que esto era así primero en los tiempos de gracia, sus palabras habrían dado ocasión a grandes sospechas. En cambio, estando hablando de la malicia y perversidad que reinaba en aquellos remotos tiempos, en medio de la serie de sus razonamientos, llegar a hacer esta afirmación, no engendra sospecha alguna.

4. Mas, que Pablo miraba y asestaba a este blanco, y por eso fue disponiendo así la narración, se ve claramente por esto: porque si no hubiera tenido empeño en probar esto, después de decir: *Según tu dureza y corazón impenitente te creas un tesoro de ira para el día de la ira*, esto hubiera bastado, y concluido este asunto, debiera haber terminado la materia. Mas, como no quería tratar exclusivamente del juicio futuro, sino que se proponía demostrar que no tenía más el judío que el griego y el gentil, para que el judío no se engriese, pasa adelante y establece orden en sus razones. Fíjate, pues: aterrorizó al oyente, tronó con el tremendo día, ponderó cuán gran mal es vivir en el vicio, mostró que nadie peca por ignorancia, ni impunemente, sino que quien aquí no la pague, la pagará después sin falta. Y ahora trata de probar que la ciencia de la ley no es cosa muy urgente; pues así el premio como el castigo corresponde a las obras, no a la circuncisión ni al prepucio. Por tanto, después de haber dicho que el griego sufriría sin falta el castigo, cosa de todos fácilmente admitida, y de haber probado asimismo que había de recibir honor y gloria, demuestra luego que son superfluas la circuncisión y la ley, pues aquí está impugnando especialmente a los judíos. Porque, como eran más porfiados en sus inacabables disputas, primero a causa de su orgullo, desdénándose de entrar a formar parte con los gentiles; segundo, burlándose de los que decían que la fe borra todos los pecados; por eso acusó primero a los griegos, de quienes estaba tratando, para poder luego atacar a los judíos confiado y sin sospecha. Luego al llegar a examinar el suplicio de cada uno, demuestra que el judío no sólo no sacará de conocer la ley ventaja alguna, sino que por este mismo título, recibirá mayor castigo, lo cual había comenzado a probar ya antes. Pues si el griego es precisamente inexcusable, porque, a pesar de

inducirle a ello la naturaleza y sus mismos pensamientos, no se portó mejor; mucho más lo será el judío, que a todo esto añade el conocimiento que de la ley proviene. Habiéndole persuadido, pues, a admitir este raciocinio en los pecados ajenos, obligale luego, aun contra su voluntad, a admitir lo mismo también en los propios.

Y para que más fácilmente admitan su enseñanza, comienza por lo más suave diciendo: *Gloria, honor y paz a todo hombre que obra el bien, al judío primero y también al griego*. Pues aquí los bienes, por grandes que sean los que uno tenga, aunque sea rico, poderoso y rey, siempre se poseen con perturbación y zozobra; y si uno no tiene encuentros con otros, al menos le atormentan e intranquilizan sus propios pensamientos en guerra frecuente unos con otros: allí no hay nada de esto, sino una perpetua tranquilidad y una paz perfecta.

Habiendo probado antes que los que carecen de ley conseguirán los mismos bienes, continúa su razonamiento: II. *Porque no hay en Dios acepción de personas*. Al decir que todos los que pecan, sean judíos o gentiles, son castigados, no necesita pararse a probarlo; mas cuando dice que el gentil recibirá premio y honor, tiene que dar la prueba; porque a los judíos les parecía muy extraño que un hombre, que no había oído hablar de la ley, ni de los profetas, hubiese de recibir honor por sus buenas obras. Por eso, como ya dije, les habló primero del tiempo anterior a la ley de gracia. Pues aquí no infunde sospecha, puesto que suelta la especie tratando de otra cosa.

Después de decir, pues, *Gloria, honor y paz a todo hombre que obra el bien, al Judío primero y al Griego*, añade: *Que no es Dios aceptador de personas*. ¡Oh, con cuánta exuberancia los vence y convence! Pues demuestra, por los absurdos, que si no fuese así, no sería cosa según Dios; porque eso sería aceptación de personas, que en Dios no cabe. Y no dijo: Si no fuera así la cosa, sería Dios aceptador de personas; sino que habló más dignamente: *No hay en Dios aceptación de personas*; esto es, Dios examina no la calidad de las personas, sino la diferencia de las cosas. Con lo cual declara que el judío y el griego se diferencian, no por razón de la cosa, sino de las personas. De donde se seguía: No por ser aquél Judío y éste Griego, ha de recibir honor aquél y éste ignominia; sino que todo depende de sus obras. Mas no lo dijo tan crudamente, porque hubiera irritado a los Judíos; sino que añadió una cosa, con lo cual abatió su fausto y reprimió su altivez y soberbia, a fin de que lo admitiesen. ¿Qué cosa

fue esa? Lo que sigue: 12. *Pues cuantos sin ley pecaron, sin ley perecerán; y cuantos con ley pecaron, por la ley serán juzgados.* En donde, como antes dije, no sólo iguala al Judío con el Griego, sino que muestra al Judío muy agravado por la ley. Pues el Griego es juzgado sin la ley. Y este *sin la ley*, no indica cosa más grave, sino menos, es decir, que no tiene a la ley por acusadora. Porque aquella frase, *sin ley*, quiere decir que es condenado, pero sin que su condenación provenga de ley alguna escrita, sino sólo de la ley y razón natural; mientras que el judío, *por la ley*, esto es, juntándose para condenarle la ley escrita y la razón natural. Pues cuanto fue objeto de mayores cuidados, tanto mayores penas sufrirá.

5. ¿No ves cuánto mayor necesidad impone a los Judíos de recurrir a la gracia? Porque, diciendo ellos que no necesitaban de la gracia, como justificados por la ley, les prueba que necesitan de ella más que los Griegos, pues de lo contrario, serán más gravemente castigados. Luego trae una nueva razón para probar lo dicho. 13. *Que no son justos delante de Dios los que oyen la ley; sino que los que la cumplen, éstos serán justificados.* Justamente añadió: *Delante de Dios*, porque delante de los hombres parecerán tal vez muy honorables, y se jactarán en gran manera; mas delante de Dios es muy de otro modo, pues *sólo los obradores de la ley serán justificados.* ¿No ves con cuánta fuerza de razones les retuerce su argumento? Pues si pretendes salvarte por la ley, en eso te aventaja el Getil, que ha puesto por obra lo que en ella está escrito. Mas ¿cómo es posible que haya cumplido la ley el que no tiene noticia de ella? Posible, y no sólo eso, sino cosas mucho mayores. Porque no sólo puede cumplirla sin saberla, sino que después de oírla, puede no cumplirla; lo cual expresa luego con más energía diciendo: *¿Tú que enseñas a otro, no te enseñas a ti mismo?* Aquí, entre tanto, prueba aquello primero: 14. *En efecto; cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen, por razón natural, lo que manda la ley, éstos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley viva.* No desecho yo la ley, dice, sino que con ella justifico a los gentiles. ¿No ves cómo, a pesar de socavar la gloria del Judaísmo, no les da motivo alguno de queja y acusación como deshonorador de la ley, sino que antes lo prueba todo exaltándola y enaltecéndola? *Naturalmente* quiere decir según los raciocinios naturales; y demuestra que son mejores esos otros, y lo que más es, precisamente por ese motivo mejores, porque no recibieron ni tienen ley escrita, en lo cual tanta ventaja

parecen llevarles los Judíos. Pues por eso son tan dignos de admiración, porque, sin necesitar de ley, pusieron por obra todas sus prescripciones, teniendo esculpidas en sus almas las obras mismas, no la letra. Porque así lo dice: 15. *Como quienes muestran tener la obra de la ley escrita en sus corazones, como lo atestigua su propia conciencia, y sus pensamientos que, litigando en su interior ya los acusan, ya los defienden.* 16. *Como se descubrirá en el día en que juzgará Dios los secretos de los hombres, según mi Evangelio, por Jesucristo.* ¿No ves cómo describe aquel tremendo día y, poniéndolo ante sus ojos, excita sus almas, demostrándoles que son más dignos de honor los que, sin tener ley, procuraron cumplir lo que en ella manda?

Pero lo que es más de admirar en la apostólica prudencia no puedo menos de consignarlo aquí. Pues habiendo demostrado con las razones aducidas que es mejor el gentil que el judío, en el epílogo y conclusión de su razonamiento omite esto para no exasperar a los judíos. Y para aclarar lo dicho, traeré aquí las palabras mismas del Apóstol. Pues habiendo dicho: *No los oyentes, sino los obradores de la ley, serán justificados*, parece que, hablando en consecuencia, debiera haber dicho: *Puesto que los gentiles, sin tener ley, cumplen, por razón natural, sus prescripciones*, y son, por ende, mejores que los aleccionados por la ley; no lo dijo, sino que hizo pausa en las alabanzas de los gentiles, sin pasar a hacer comparación, a fin de que así admita también el judío lo que se dice. Por eso no habló así, como dije, sino, ¿de qué modo? *Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen por razón natural las obras de la ley, sin tener ley, son ley para sí mismos; mostrando las prescripciones de la ley escritas en sus corazones, sirviéndoles de testimonio sus mismas conciencias.* Pues basta, en lugar de ley, el pensamiento y la conciencia. Con lo cual muestra también que Dios hizo al hombre capaz y suficiente para abrazar la virtud y huir el vicio. Y no te extrañes que pruebe esto dos, tres y más veces: pues era para él cosa muy necesaria por razón de aquéllos que decían: ¿Por qué ha venido Cristo ahora? Y ¿dónde estaba en aquellos antiguos tiempos una tan insigne providencia? Habiendo disputado contra éstos sumariamente, demuestra también que en los tiempos antiguos, y antes que se diese la ley, gozaba la naturaleza humana de una perfecta providencia. *Pues lo que de Dios es cognoscible les era manifiesto*, y sabían distinguir el bien del mal, con lo cual juzgaban de todas las cosas. Echándoles en cara esto decía: *En*

lo que condenas a otro, a ti mismo te condenas (Cf. *Mat.*, 7, 2). Por lo que hace a los judíos, además de lo dicho, tenían la ley, y no sólo la razón y la conciencia. Mas, ¿por qué dice que allá en su interior unos pensamientos los acusan y otros los excusan o defienden? Pues teniendo la ley escrita y poniéndola por obra, ¿qué materia de acusación puede hallar ahí el raciocinio? Mas ese *acusándolos* no se dice solamente de ellos, sino de toda la naturaleza. Pues entonces acaecen raciocinios: y unos acusan, y otros defienden; y en aquel tribunal no tiene el hombre necesidad de otro acusador.

Luego, aumentando el temor, no dijo: Los pecados de los hombres, sino *Los secretos de los hombres*. Pues después de haber dicho: *¿Piensas acaso, oh hombre, que condenas a los que tales cosas hacen, y no obstante, las cometes también tú, que podrás huir el juicio de Dios?* Para que no te figures un juicio semejante al que tú sueles dar, sino que entiendas que la sentencia de Dios es mucho más justa y estricta, añadió: *Las cosas escondidas de los hombres*; y agregó: *Según mi Evangelio, por Jesucristo*. Porque los hombres no son jueces, sino de las cosas manifiestas. Y primero hablaba solamente del Padre; mas luego, habiéndolos ablandado y reducido por medio del temor, hizo mención de Cristo; y no sencillamente, sino que también aquí, después de mencionar al Padre, entonces introdujo al Hijo, y por medio de ellos levanta y ensalza la dignidad de su predicación. Esta predicación, dice, no anuncia otra cosa que lo que la misma naturaleza humana se había anticipado a enseñarnos.

6. CUÁN TREMENDO ES EL JUICIO DE DIOS. LA OFENSA DE DIOS ES MAYOR QUE SU VENGANZA. ¿Has visto con cuánta discreción y prudencia los ha atraído y ganado para el Evangelio y para Cristo, y ha demostrado que nuestra vida no está circunscrita a los límites de las cosas presentes, sino que pasa más allá? Ya lo había probado antes al decir: *Te vas atesorando ira para el día de la ira*; y aquí lo repite: *Juzgará Dios los secretos de los hombres*. Penetre, pues, cada uno los senos de su conciencia, y recapacitando sobre sus pecados, pídase rigurosa cuenta, para que no nos condene Dios entonces juntamente con este mundo. Porque es verdaderamente horrendo aquel juicio, tremendo aquel tribunal, aterradora la cuenta que hay que dar; de allí mana un río de fuego. *No podrá librar un hermano a su hermano, ¿cómo lo librará un extraño?* (5) (*Ps.*, 48. 8). Recordad lo que dice el Evangelio de los ángeles que andan de una parte a otra cumpliendo

órdenes del Juez, su Señor; de la puerta cerrada, de las lámparas apagadas, y de las Potestades, que arrastrarán a los malvados hacia los hornos. Y piensa entre ti: si en medio de esta iglesia solamente se revelase un crimen oculto de cualquiera de nosotros, ¿no preferiría que se abriese la tierra y lo tragase, a tener tantos testigos de su maldad? ¿Pues qué sufrimiento será entonces el nuestro cuando, delante del orbe entero, se publiquen todos nuestros crímenes ante tan grande y espléndida asamblea a vista de todos, así conocidos como desconocidos?

Mas, ¡ay de mí!, adónde me veo obligado a recurrir para aterrorizarnos, al juicio y al qué dirán de los hombres, cuando debería echar mano del temor de Dios y de su condenación. ¿Qué tales, dime, estaremos cuando, amarrados y rechinando los dientes, seamos arrojados a las tinieblas exteriores, más aún, qué haremos, y ésta es entre las cosas terribles la más terrible, cuando el Supremo Juez de vivos y muertos nos haga comparecer en su presencia? Si uno tuviera seso y cordura, el sólo ser arrojado de la vista y presencia de Dios lo tendría por mil infiernos; mas como no estiman los hombres como debieran la gravedad de esta pena, por eso nos amenazó con el fuego. Pero más, mucho más merece nuestro sentimiento y dolor el momento en que cometemos la culpa que el instante en que recibimos la pena. Escucha y oye a Pablo, deshecho en dolor y llanto por pecados que no habían de recibir castigo alguno: *Indigno soy de que me llamen apóstol, pues he sido perseguidor de la Iglesia* (6) (I. Cor., 15. 9). Oye también a David, libre y exento de suplicio, llamar, no obstante, y reclamar contra sí la venganza divina, porque reconocía haber ofendido a Dios: *Ruégote, Señor, que descargues tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre* (7) (2. Reg., 24. 17). Porque mucho más grave es la ofensa hecha a Dios que el castigo de ella.

Empero, ahora ha llegado a torcerse de modo tan miserable el aprecio y estima que hacemos de las cosas, que, si no nos fuerza el temor del infierno, no hacemos nada bueno. Y así por sólo este título somos merecedores del infierno, por temerlo más que a Cristo.

Mas no así el bienaventurado Pablo, sino muy al contrario. Pero como nuestros afectos son tan otros, por eso somos condenados al infierno. Que si amáramos a Cristo, como es justo, veríamos que es cosa más grave que el infierno ofender al amado; mas como no le amamos, no vemos la magnitud de tan gran suplicio. Y esto es lo que

más me duele y me llega al alma. Porque ¿qué no ha hecho? ¿qué ha omitido? ¿qué mal nos ha hecho nunca? De balde le hemos ofendido y deshonrado, habiéndonos él colmado de innumerables beneficios: de mil modos nos llamaba y atraía, y en vez de hacerle caso proseguimos en ultrajarle y ofenderle; y ni aun así quiso vengarse, sino que corrió tras nosotros y nos detuvo cuando huíamos; nosotros, empero, sacudimos su suave yugo y nos agregamos, tráfugas, al bando de Satán, su enemigo; mas ni aun así desistió su amoroso anhelo, sino que envió a llamarnos mil mensajeros, ángeles, patriarcas y profetas; pero nosotros no sólo rechazamos su embajada, sino que ultrajamos a los enviados. Y él, sin embargo, no nos rechaza, sino que, a manera de los vehementes amadores, anda de casa en casa exhalando amorosas quejas delante de todos, al cielo, a la tierra, a Jeremías, a Miqueas; no haciéndonos cargos, sino dando sus descargos: y, en compañía de los profetas, va en busca de sus adversarios y ofensores, dispuesto a dar razón de sí y rogando con la paz y atrayendo a los que se hacen sordos a suave y amorosa entrevista y coloquio. *¡Oh pueblo mío! ¿qué te he hecho yo, o en qué te he contristado, respóndeme* (8) (Mich., 6, 3). Después de todo esto apedreamos y matamos a los profetas, y perpetramos otros infinitos crímenes. Y ¿qué hizo él entonces? No envió más profetas, no ángeles, no patriarcas, sino a su mismo Hijo. Vino el Hijo, le mataron: no se apagó por eso el fuego de su amor, sino que ardió más vivo, y después de matado el Hijo, persevera exhortando, rogando, y nada omite para que nos convirtamos. Y así clama Pablo diciendo: *Embajadores somos de Cristo; él mismo os exhorta por nuestra boca: reconciliaos con Dios* (9) (2. Cor., 5, 20).

7. Mas nada de esto logró atraernos y reconciliarnos. El, no obstante, no por eso nos abandonó, sino que continúa amenazándonos con el infierno y prometiéndonos el reino para atraernos siquiera con esto: nosotros, empero, permanecemos estúpidos y sin seso. ¿Qué cosa hay peor que esta bestial dureza? Si un hombre hubiera hecho por nosotros tales cosas, ¿no nos hubiéramos entregado ya mil veces a servirle? Pero las hace Dios, y lo desdeñamos. ¡Oh desidia, oh ingratitud! Seguimos siempre en nuestras faltas, crímenes y pecados; y si algún día hacemos algo bueno, luego lo pesamos, medimos y ponderamos pensando en la paga, como si tal mereciese nuestra ruindad. ¿No es por ventura mayor el premio si obras con amor desinteresado? Porque el andar contando, midiendo y ponderando los obsequios y

servicios más es de mercenarios que de almas nobles y de serviciales y obsequiosos criados. Por amor de Cristo hemos de hacerlo todo, antes que por la paga; pues para eso nos amenazó con el infierno y nos prometió el reino, para que le amásemos. Amémosle, pues, como es justo; esto es ya paga magnífica, esto es ya reino y placer, esto delicia, gloria y honor, esto luz, esto inmensa dicha y bienaventuranza, que ni puede declarar el más elocuente discurso ni comprender la inteligencia más preclara. Mas no sé cómo he venido a dar en tal empeño, de pretender que unos hombres que no sólo no desprecian, sino que ansían los mandos, fama y gloria de acá abajo, lleguen a despreciar por amor de Cristo la misma gloria y reino celeste, a pesar de ir delante y haber llegado a tal extremo de amor aquellos generosos varones. Oye, pues, cómo arde Pedro en amor de él, prefiriéndolo a su alma y a su vida y a todas las cosas. Y después que lo negó no lloraba por el suplicio, sino por haber negado a su amado: lo cual era para él más acerbo que todos los suplicios. Y todo esto antes de recibir en Pentecostés la gracia del Espíritu Santo: e instaba muchas veces diciendo: *¿Adónde vas?*, y antes, *¿A quién iremos?*, y también: *Te seguiré adonde quiera que fueres* (10) (*Jn.*, 13, 36' 6, 69; *Mt.*, 8, 19). El, en efecto, lo era todo para ellos, y ni el cielo ni el reino de los cielos anteponían a su amado. tú eres para mí todas las cosas, dijo. *¿Y qué maravilla que Pedro tuviera tal estima y afecto?* Pues oye al profeta: *¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo ni qué he de desear sobre la tierra, fuera de ti, oh Dios mío?* (II) (*Ps.*, 72, 25). Esto es, de todas cuantas cosas hay arriba y abajo, nada quiero fuera de ti. Esto es amor, esto es dilección; si amamos de este modo, ni las cosas presentes ni las futuras estimaremos en nada en comparación de este amor, y así conseguiremos el reino gozándonos en su amor.

Pero dirás: —¿Cómo podremos conseguir tan grande bien?— Pensando cómo le ofendimos, después de haber recibido de él tantos y tan insignes beneficios, y él, no obstante, perseveró exhortándonos; cuántas veces le menospreciamos, y él, en cambio, no nos deja ni olvida, sino que corre en busca nuestra, y con mil alicientes nos atrae a sí y nos convida.

Con estas y otras semejantes consideraciones podremos encender en nosotros este amor. Porque si el que de tal modo ama fuese un hombre vil, y el que así es amado fuese un rey, ¿no tendría éste en mucha estima tan grande amor? Ciertamente, y con sobrada razón. Pues

siendo por el contrario, tales y tan magníficas la inefable belleza, la gloria y las riquezas de nuestro amador, y tan viles y abyectos nosotros, que tan sobre modo y medida somos amados por un Señor tan grande y admirable, ¿rechazamos todavía así su amor? El no tiene necesidad alguna de nosotros, y no obstante, no cesa de amarnos; nosotros, en cambio, necesitamos sobremanera de sus bienes y ni aun así conservamos su amor, sino que le preferimos las riquezas y amistades humanas, el descanso del cuerpo, el poderío y la gloria, siendo así que él nada antepone a nuestro amor. Pues un Hijo natural y unigénito que tenía no lo perdonó por nuestro bien; y nosotros le preferimos muchas cosas. ¿No merecemos, pues, el infierno, aunque fuese doble, triple y mil veces mayor? ¿Qué podemos decir prefiriendo, como preferimos, los dictados de Satanás a los preceptos de Cristo? y anteponiendo, sin perdonar a nuestra propia salud, las obras viciosas y perversas a aquél que padeció tanto por nosotros? ¿Qué justificación, qué indulgencia y perdón merece tal conducta? Ninguno. Perseveremos, pues, ya en el bien; no nos dejemos arrastrar de nuevo a mil precipicios, sino que, arrepentidos del pasado, y recapacitando todas estas cosas, démosle gloria por medio de obras, que no bastan palabras: para que gocemos también de la gloria que de él dimana, la cual ojalá consigamos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, al cual, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el honor y el imperio ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI (2. 17-3. 9)

Después de haber mostrado San Pablo que nada falta a los infieles para la salvación, con tal que cumplan lo que la ley ordena, habla de las ventajas que tuvieron los Judíos sobre los demás pueblos; pero condenando su vanidad, porque se sirvieron de esos dones, no para procurar su salvación, sino para engreírse contra las demás naciones y despreciarlas.

No dice de ellos que obran el bien, sino que lo conocen y lo aprueban. Conocimiento inútil que, lejos de elevarnos sobre los demás, antes nos deprime y rebaja.

Los Judíos, descuidando el cumplimiento de la ley, hacían a Dios un doble ultraje. Pues no sólo le deshonoraban ellos, sino que, con su mal ejemplo, eran causa de que fuera blasfemado su nombre entre las naciones.

Como la circuncisión era la prerrogativa de que más se ufanaban, y que hubiera sido ciertamente digna de alabanza, si fuera más interior que exterior: el Apóstol les advierte que de nada les sirve si no guardan la ley. Porque, ¿en qué consiste la circuncisión? ¿Proviene de algún mérito del que la recibe, o puede por ventura considerarse como una señal de su amor para con Dios? ¿No es sabida la edad en que se recibe? (a los ocho días de nacer). ¿Cuántos años no estuvieron los Judíos en el desierto sin circundarse? Podía San Pablo haber recurrido a todas estas razones para rebajar la circuncisión, pero no quiso, sino por el mismo Abraham, en quien más digna de veneración era para ellos. Porque no había razón más fuerte y eficaz para arruinar esta práctica que demostrar que debe despreciarse por la misma consideración que parecía a los Judíos la más poderosa para ensalzarla.

El verdadero Judío (que en hebreo significa alabanza) es, según San Pablo, el que lo es interiormente, y saca su alabanza no de una cosa exterior y carnal, como es la circuncisión, la observancia del sábado y los sacrificios y purificaciones legales, sino de sólo Dios, estando circuncidado en el corazón y en el alma.

Otra gran ventaja y distinción fue para los Judíos el haber sido escogidos por Dios para ser los depositarios de su divina palabra; mas como ellos no tuvieran fe y confianza en los divinos oráculos, esta honra y distinción recibida de Dios se les convirtió en gran confusión a causa de su incredulidad e ingratitud.

Mas si esto es así, dirá alguno, ¿por qué castigó Dios la injusticia judaica? ¿Es justo que Dios me castigue por una cosa que le honra? Objeción es ésta que fluye naturalmente de las palabras del Apóstol. Pero él nos advierte que habla conforme al modo de pensar de los hombres. Mas la justicia divina tiene muchos secretos impenetrables a la pequeñez humana. La gloria que Dios saca de nuestra injusticia es obra exclusiva suya, nosotros no tenemos en ella parte alguna; no merecemos otra cosa que castigo por nuestros pecados.

Dios ha hecho y sigue aún haciendo cuanto conviene, a fin de que nuestra conducta sea perfectamente justa y arreglada y aparezca tal a los ojos de los hombres. No nos dejemos dominar de la negligencia y desidia; la santidad de nuestra vida es la que ha de sacar a los infieles de sus errores; mas si nuestra virtud se reduce a discursos estudiados, descuidando las buenas obras, ¿cómo osaremos acometer la empresa de persuadirles la fe? ¿No nos prohíbe la Escritura hablar de las santas verdades cuando nuestra vida no concuerda con ellas? Si la ley exigía que los que estaban cautivos en tierra extranjera viviesen en silencio, ¿cuánto más exigiría que callen los que son esclavos del pecado y llevan una vida enteramente exterior y mundana? No me digas que no adoras becerro alguno de oro, sino pruébame con tu vida que no idolatras. Porque hay muchas clases de idolatría. Uno tienen por Dios al dinero, otros al vientre, y otros una codicia más perniciosa aún. Yo quiero que no les sacrifices becerros como hacen los paganos; pero tú les haces un sacrificio mucho más abominable ofreciéndoles como víctima tu propia alma. Tú no doblas las rodillas delante de sus estatuas para adorarlas; pero eras más condescendiente y sumiso a todo lo que de ti pide la avaricia, la sensualidad y todas las demás pasiones que ejercen sobre ti su tiránico dominio.

HOMILIA VI (2, 17-3, 9)

17. *Que si tú te llamas Judío, y descansas satisfecho en la ley, y te glorías de adorar a Dios (8), y conoces su voluntad, y amaestrado por la ley, sabes apreciar lo que es mejor.*

1. Después de haber dicho que nada falta al gentil o griego para alcanzar la salvación, con tal que cumpla la ley, y haber hecho aquella admirable comparación, pone las honrosas prerrogativas de los Judíos, de que ellos tanto se ufanaban contra los griegos. Y en primer lugar el nombre mismo, que era muy honroso, como lo es hoy el Cristianismo: porque ya por el nombre mismo, era muy grande la diferencia: y así por aquí da principio. Y mira cómo los deprime,

porque no dijo Tú eres Judío, sino *Tu te llamas Judío y te glorías en Dios*, como amado de él y honrado con preferencia en todos los hombres. Aquí me parece que abate su vanidad y arrogancia, porque abusaron de este don y predilección divina, empleándolo no para su salvación, sino para engreírse y levantarse contra los demás, despreciándolos.

Y conoces su voluntad y sabes discernir lo mejor. Esto, si no se pasa a las obras, vicio es; sin embargo, parecía una prerrogativa, y por eso tiene buen cuidado de anotararlo. Porque no dijo Lo haces, sino *Lo conoces y apruebas*, no lo emprendes y pones por obra. 19. *Y te jactas de ser guía de ciegos*. Otra vez aquí no dice que es guía de ciegos, sino Presumes y te jactas de tal, porque era enorme la arrogancia judaica. Por eso emplea casi las mismas palabras con que ellos se andaban jactando. Si no, mira lo que en el Evangelio dicen: *Envuelto en pecados saliste del vientre de tu madre, ¿y pretendes darnos lecciones?* (I) (Jn., 9. 34) y se engreían contra todos. Por eso Pablo continúa emperterrito fustigándolos sin piedad, y los levanta acá para abatirlos allá y acriminarlos más gravemente. Y así prosigue aumentando esto mismo y amplificándolo con variedad de narraciones. *Te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están a oscuras*, 20. *Educador de necios, maestro de ignorantes, como quien tiene en la ley de Moisés la pauta de la ciencia y de la verdad*. De nuevo no dijo aquí, En la conciencia, en las obras, en el bien obrar, sino, *En la ley*. Y dicho esto, repite aquí lo que antes dijo contra los Gentiles. Pues así como allí dijo: *Juzgando a los otros, te condenas a ti mismo* (v. I.^o, 2, I); así aquí dice: 21. *Tú, pues, que instruyes a otros, ¿a ti mismo no te enseñas?* Pero allí habla con más rigor, aquí más suavemente. Pues no dice: Por lo cual eres merecedor de mayor suplicio, porque habiéndosete confiado tantos y tan grandes bienes, de ninguno te aprovechas como es razón; sino que recurre a la interrogación, avergonzándole y diciéndole: ¿A otros enseñas y a ti no te enseñas?

Considera también desde otro punto la prudencia de Pablo: porque las prerrogativas que enumera no nacieron de industria y mérito de ellos, sino que eran gratuito don de Dios; y demuestra que, a causa de su negligencia y desidia no sólo eran inútiles y superfluas, sino que les atraían mayor castigo. Porque no era mérito de ellos el haber sido llamados y escogidos, ni el haber recibido la ley, ni las demás prerrogativas enumeradas, sino pura gracia de Dios.

Y al principio dijo que de nada valía el oír la ley, si no se cumplía. *Pues no los oyentes, sino los obradores de la ley son justos delante de Dios*: pero ahora exige más, diciendo que no sólo el oír la ley, sino ni siquiera el enseñarla, sino practica lo que enseña; y no sólo esto, sino que atraerá sobre él mayor condenación y castigo.

Con justeza usó de aquellas dicciones: pues no dijo Recibiste la ley, sino *Descansas en la ley*. Porque no tuvo necesidad el Judío de andar de acá para allá en busca de lo que se debe hacer; sino que con la mayor facilidad tuvo la ley y en ella el camino de la virtud. Pues, aunque los Gentiles tenían la razón natural, y en esto les hacían ventaja, porque podían cumplirlo todo sin necesidad de oír la ley; con todo, ellos encontraban mayor facilidad.

Y si vienes diciendo. No sólo oigo, sino que enseño; eso es añadir y aumentar tu suplicio. Así es que en lo que más blasonaban, en eso mismo los mostró más ridículos. Y cuando dice *Guía de ciegos, educador de necios, maestro de ignorantes*, muestra su vana arrogancia: pues abusaban mucho de sus prosélitos, llamándolos con esos nombres.

2. Por eso Pablo refiere con gran variedad aquellas que parecían ser alabanzas, pues sabía muy bien que eran motivo de acusación mayor. *Que tienes en la ley la pauta de la ciencia y de la verdad*. Que es como si uno poseyese una imagen del rey y no le añadiese color ni perfil alguno; mientras que otros, a quienes no se les había hecho tal confianza, sin poseer el prototipo, hicieran de él un retrato perfecto y acabado.

Después de haber expuesto las prerrogativas que de Dios habían recibido los Judíos, enumera sus vicios, profiriendo las mismas acusaciones que les habían hecho los profetas: *Y no obstante, tú que instruyes a otros, no te instruyes a ti mismo; tú que predicas que no es lícito hurtar, hurtas; 22. tú que dices que no se ha de cometer adulterio, lo cometes; tú que abominas de los ídolos, saqueas los templos?* Porque estaba severamente prohibido tocar las cosas de los ídolos abominados y execrados; y, sin embargo, la tiránica codicia del dinero os ha hecho conculcar también esta ley. Luego añadió, por fin, lo más grave, diciendo: 23. *¿Tú, en fin, que te glorías en la ley, con la violación de ella, deshonoras a Dios?* Dos cosas les acrimina, o mejor dicho, tres: que le deshonoran, que por las mismas cosas en que fueron honrados, y que deshonoran a quien los honró; lo cual es negra ingratitud.

Luego, para que no pareciera que los acusaba de suyo, introduce como acusador al profeta; primero breve y sumariamente, luego descendiendo a particularidades; ahora alega a Isaías, luego a David, aduciendo varias refutaciones. Pues de que no soy yo quien os echa en cara esto, oíd a Isaías: *El nombre de Dios es blasfemado por culpa vuestra entre los Gentiles* (2) (*Is.*, 52, 5). He aquí un doble crimen. Pues no sólo le deshonran ellos, sino que inducen a otros a deshonrarle con su ejemplo. ¿Para qué os sirve, pues, el enseñar, si no os enseñáis a vosotros mismos? Antes únicamente dijo esto; aquí añade lo contrario. Pues no sólo no os enseñáis a vosotros lo que debéis hacer, sino tampoco a los demás; y, lo que es mucho más grave, no sólo dejáis de enseñar lo que manda la ley, sino que enseñáis lo contrario, a blasfemar y deshonrar a Dios, cosa tan contraria a la ley.

¿CUÁL ES LA VERDADERA CIRCUNCISIÓN? Mas la circuncisión, dices, es cosa grande. Lo confieso, mas cuando es circuncisión del interior. Y mira su gran prudencia y con cuánta oportunidad hace mención de ella. Pues no comenzó desde luego y al principio, porque la tenían en muy grande estima; sino que, después de haber demostrado que habían faltado en lo más principal e importante, y sido causa de que Dios fuese blasfemado; entonces, por fin, teniendo ya al oyente por acusador y condenador de ellos, y a ellos desautorizados, trata de la circuncisión, bien persuadido de que no habrá nadie que la defienda y patrocine; y así dice: 25. *La circuncisión ciertamente aprovecha, si observas la ley*. Podía, cierto, haberla desechado diciendo: ¿Qué es la circuncisión?, ¿es alguna buena obra de quien la recibe?, ¿es prueba de algún buen propósito?— Pero si recibe en una edad prematura, en que no es posible tal cosa: y además, ¿no permanecieron los Israelitas en el desierto incircuncisos por muchos años?, y otras muchas razones evidencian que no es en gran manera necesaria. Sin embargo, no la rechaza por estas razones, sino por otra, que era la que más convenía, por Abraham mismo. Porque de este modo resulta más brillante y célebre la victoria, apareciendo despreciable precisamente por el mismo título por donde la tenían ellos por más digna de veneración y estima.

Y aunque podía haber dicho que los profetas llaman a los Judíos incircuncisos; esto no era vicio y defecto de la circuncisión, sino de los que usaban mal de ella. De lo que aquí se trata es de demostrar que no tiene fuerza ni influencia alguna en una vida óptima y excelen-

te: lo cual probará después. Aquí no aduce al patriarca, sino que, desechándola primero por otro título, trata luego de él al hablar de la fe, donde dice: *¿Cómo se le tomó en cuenta la fe (a Abraham), estando circuncidado, o incircunciso? No circuncidado, sino incircunciso* (3) (Rom. , 4, 10). Porque mientras está luchando contra el Gentil o incircunciso, no quiere aún tratar de eso, por no sobrecargar la materia: luego, cuando la lucha sea entre la circuncisión y la fe, se armará contra ella.

Entre tanto, el combate es contra el prepucio; por lo cual habla más suavemente diciendo: *La circuncisión aprovecha, si guardas la ley; mas si la violas, tu circuncisión se hace prepucio*. Porque dos circuncisiones distingue aquí y dos prepucios, como también dos leyes. Hay una ley natural y otra escrita; y aun una tercera intermedia entre aquellas dos, la ley de las obras. Y advierte cómo trae y demuestra estas tres leyes. Dice: *Cuando las gentes que no tienen ley... ¿Qué ley, pregunto? —La ley escrita. Cumplen por razón natural las prescripciones de la ley. ¿De qué ley? —De la que lo es por las obras. Estos, sin tener ley. ¿Cuál? —La escrita. Son para sí mismos ley. ¿Cómo? —Usando de la ley natural. —Los cuales muestran la obra de la ley. ¿De cuál? —De la que lo es por las obras. La ley escrita en letras es exterior; la natural, interior; la otra, en los actos: la primera la dictan las letras, la segunda la naturaleza, la tercera los actos. Esta última es la obra; a la cual se ordenan las otras dos, la natural y la escrita. Y si ésta faltare, las otras no son de utilidad alguna, sino de grandísimo daño. Demuéstralo así de la natural diciendo: En el juzgar a otro, a ti mismo te condenas; de la escrita dice: Predicas que no debe hurtarse y hurtas. También son dos los prepucios, natural uno y otro por las obras: y dos circuncisiones, una en la carne y otra en la voluntad, v. gr.: circuncidan a uno el día octavo: ésta es la circuncisión carnal; ha cumplido uno todas las prescripciones legales; ésta es la circuncisión espiritual, que estima sobre manera Pablo, más aún, la misma ley.*

3. Mira, pues, cómo concediéndola de palabra, realmente la suprime. Porque no dijo: Superflua es la circuncisión, infructuosa e inútil; sino, ¿qué? —*La circuncisión es útil si guardas la ley*. Admitióla entretando diciendo: Confieso que la circuncisión es buena, y no digo lo contrario; pero, ¿cuándo? Cuando lleva consigo la guarda de la Ley. *Mas si eres prevaricador, tu circuncisión se vuelve prepucio*.

No dijo. No aprovecha; para que no pareciera que ella deshonra; sino que una vez que desnudó de ella al Judío, entonces la ataca: lo cual no es ya deshonra de la circuncisión, sino de aquel que la perdió por su desidia. Pues así como a los hombres constituidos en dignidad, si se les coge en graves crímenes, quítanles primero los jueces los ornamentos de sus dignidades, y así degradados, los entregan al suplicio: lo mismo hizo Pablo. Pues habiendo dicho, *Tu circuncisión se hizo prepucio, si violares la ley*, y habiéndole presentado ya como incircunciso, entonces lo condena.

26. *Y al contrario, si un incircunciso guarda las justas prescripciones de la ley, ¿por ventura, sin estar circundado, no será reputado por circunciso?* Mira lo que hace; no dice que el prepucio vence a la circuncisión; puesto esto sería sumamente molesto a los oyentes; sino que el prepucio se ha vuelto circuncisión. Y luego pregunta qué cosa es circuncisión y qué prepucio; y dice que circuncisión es la obra buena y prepucio lo malo; y habiendo antes convertido en circuncisión el incircunciso poseedor de buenas obras, y en prepucio al circunciso que vive vida corrompida y perversa: concede de este modo la victoria al incircunciso. Mas no obstante, no dice, Al incircunciso, sino que pasa a la misma cosa diciendo así: *¿Por ventura no quedará convertido en circuncisión el prepucio?* No dice, se contará por tal, sino, *Se convertirá*, lo cual tiene mayor énfasis; como tampoco antes dijo: *Tu circuncisión será reputada por prepucio*, sino se ha hecho.

27. *Y te condenará a ti el que por naturaleza es prepucio* (=incircunciso). ¿No ves cómo reconoce dos prepucios, uno por naturaleza y otro por voluntad? Aquí habla del que lo es por naturaleza; mas no para aquí, sino que añade: *que guarda exactamente la ley, a ti que, teniendo la letra de la ley y la circuncisión eres prevaricador de la ley?* Repara su perspicacísima prudencia. No dice que el prepucio que lo es por naturaleza condenará a la circuncisión; sino que, declarada ya la victoria, entonces hace mención del prepucio; así que aparece la derrota, no dice que ha sido vencida la circuncisión, sino el Judío circunciso, para no herir a los oyentes. Tampoco dice, *Tu que tienes la ley y la circuncisión*, sino más suavemente: *Tú que, teniendo la letra de la ley*; es decir, que ese prepucio viene a ser vengador de la circuncisión; pues ha sido lesionada: y viene también en auxilio de la ley; pues ha sido perjudicada y violada: levantando de este modo un espléndido trofeo. Porque entonces es espléndida la victoria, cuando

el Judío no es vencido por un Judío, sino por un incircunciso; como cuando dijo Cristo: *Los Ninivitas se levantarán... y condenarán a esta generación* ⁴ (Mt., 12, 41). No deshonra, pues, a la ley que grandemente venero, sino a quien la deshonra y viola.

Luego, probado ya hasta la evidencia todo esto, define confiadamente qué es ser Judío; y declara que no desecha él al Judío ni la circuncisión, sino al que no es Judío, al incircunciso. Y, pareciendo que la defiende, le quita toda su estima, cimentando su juicio en los hechos de la historia judaica. Pues da a entender que no sólo no hay diferencia alguna entre el Judío y el incircunciso, sino que éste es superior a aquel, con tal que mire por sí, y que así es verdadero Judío: por esto dice: 28. *Porque no está en lo exterior el ser Judío; ni es la verdadera circuncisión la que se hace en la carne.* Aquí los fustiga, porque lo hacían todo por vana ostentación. 29. *Sino que el verdadero Judío es aquel que lo es en su interior, así como la verdadera circuncisión es la del corazón, que se hace según la letra de la ley.*

4. Con esto excluye todo lo corporal y exterior. Porque corporal y exterior era la circuncisión, y lo mismo los sábados, los sacrificios y las purificaciones; todo lo cual dio a entender diciendo: *No está en lo exterior el ser Judío.* Mas como la circuncisión estaba en grande honor, pues a ella cedía el mismo sábado, con razón se extiende más acerca de ella. Y cuando dice circuncisión, *Según el espíritu*, prepara el camino para lo que había de estar vigente en la Iglesia, e introduce la fe: puesto que ella en el corazón y en el espíritu recibe alabanza del mismo Dios.

¿Y por qué no demuestra que el Gentil que obra bien no es inferior al Judío que obra bien; sino que el Gentil que obra bien es mejor que el Judío transgresor de la ley? Para que la victoria fuese indudable. Pues si esto confiesas, queda excluida necesariamente la circuncisión de la carne, y se demuestra que en todas partes se necesita buena vida. Porque, salvándose el Gentil sin estas cosas y condenándose el Judío, con ellas, cesa el Judaísmo. Gentil llama no al idólatra, sino al hombre piadoso y virtuoso, libre y exento de las observancias legales.

Cap. 3.1. *¿Cuál es, pues, la ventaja del Judío sobre el Gentil?* Como todo lo había excluido, las predicaciones, las doctrinas, el nombre de Judío, la circuncisión, y todo lo demás al decir: *No es el verdadero Judío el que lo es en lo exterior, sino el que lo es en lo interior y escondido*; echa de ver al momento la objeción que de aquí

resulta y se lanza contra ella. ¿Qué objeción es ésta? —Si nada valen esas cosas, ¿por qué fue llamado este pueblo y se le dio la circuncisión?— ¿Qué hace, pues, y cómo la resuelve? —Como resolvió todo lo anterior. Pues así como allí no cantó las alabanzas de ellos, ni sus méritos, sino los beneficios divinos; pues el ser el pueblo escogido de Dios, el haber conocido su voluntad, el saber discernir lo mejor; no era cosa de ellos, sino dignación divina: lo cual les echaba en cara el profeta diciendo: *No ha hecho otro tanto con las demás naciones* ⁵ (Ps., 147, 9), y asimismo Moisés: *Preguntad si ha sucedido jamás cosa semejante, que haya oído un pueblo la voz de Dios viviente, hablando de en medio del fuego, como la hemos oído nosotros, y pudo seguir viviendo* ⁶ (Dt., 5, 26); esto mismo hace también aquí. Pues así como, tratando de la circuncisión no dijo, La circuncisión, sin buena vida, nada aprovecha, sino, La circuncisión con buena vida aprovecha, significando lo mismo, pero más suavemente; y también: Tú que eres circunciso, si violas la ley, no añadió: Nada aprovechas; sino: *Tu circuncisión se ha vuelto prepucio*; y del mismo modo, después aquello: *Juzgarás acaso el prepucio*, ni dijo a la circuncisión, *sino a ti, violador de la ley*, perdonando las instituciones legales y fustigando a los hombres: así lo hizo también aquí. Pues habiéndose objetado: *¿Qué ventaja tiene el Judío?*, no dijo, Ninguna, pero le dio a entender así en sus palabras, y aun por lo que sigue les quitó esto que parecía haberles concedido, diciendo que por esta misma distinción y prerrogativa divina vinieron, por su culpa, a ser rigurosamente castigados. ¿Pero de qué modo? Yo lo diré reproduciendo la misma objeción: *¿Qué ventajas tiene el Judío sobre el Gentil, o cuál es la utilidad de la circuncisión?* 2. Grande, sin duda alguna. Primera y principalmente porque les confió Dios sus oráculos. ¿Ves cómo, según dije, nunca enumera sus méritos, sino los dones y beneficios divinos?

¿Qué significa, *Les fueron confiados*? —Que les entregó Dios la ley y los distinguió tanto, que les confió sus oráculos, en que se contenían sus pactos y promesas amplísimas de una copiosísima redención. No ignoro que hay quienes estas palabras, *Se les confiaron*, las interpretan no de los Judíos, sino de los santos. Mas lo que sigue no permite tal interpretación. Primero, porque dice esa frase reprendiéndolos de su gran ingratitud a tantos beneficios divinos, y además se ve por lo que sigue, pues añade: 3. *Pues ¿qué, si algunos de ellos fueron incrédulos?* Pues si fueron incrédulos, ¿cómo dicen algunos de

sus oráculos fueron creídos? ¿Qué es, pues, lo que dice? —Que Dios, sí, les confió sus oráculos, no que ellos le dieron fe; pues de otro modo, ¿qué sentido podría tener lo que sigue? Pues luego añadió: *¿Frustraría acaso su incredulidad la fidelidad divina?—Librenos Dios aun de imaginar semejante cosa.* El habérseles, pues, confiado los oráculos ensalza el don y beneficio divino. Repárame también aquí la exquisita prudencia de Pablo. Pues la acusación que les hace no la pone como cosa suya, sino en forma de objeción; como si dijera: mas tal vez se te ocurra decir: ¿Qué utilidad trae la circuncisión?, porque no usaron convenientemente de ella. Entregóseles la ley y los oráculos divinos, y no quisieron creerlos.

Y entretando no los acrimina con gran vehemencia; sino que puesto su principal empeño en justificar la operación de Dios, les echa a ellos finalmente toda la culpa. ¿Por qué, dice, culpas a Dios de que ellos no hayan creído? ¿Qué parte tiene Dios en eso? ¿Por ventura empecerá en nada a su beneficiencia la ingratitud de los agraciados con los beneficios de Dios, que tan bien mereció de ellos?, ¿o hará que deje de ser un grande honor el que Dios les hizo? Porque este es el sentido de las palabras: *¿Anulará jamás su infidelidad la fidelidad divina? Nunca jamás.* Como si alguien dijera: Yo concedí a uno grandes honores; no quiso él recibirlos. ¿Y va nadie a culparme a mí por ello? El empeñarse él en rehusarlos nada quita a mi benignidad, sino que sólo arguye la estupidez suya; mas no es esto solo lo que dice Pablo, sino mucho más, es a saber, que su incredulidad no sólo no mancilla en modo alguno la benignidad divina, sino que es señal evidente de su grandeza, que no se desdeñó de colmar de honores a quienes sabía le habían de corresponder con deshonores y afrentas.

5. ¿No ves la solercia y habilidad de Pablo en presentarlos como criminales por aquellos mismos títulos de que ellos más blasonaban? Pues fue tan grande la benignidad divina y el honor que Dios se dignó concederles, que no fue obstáculo para otorgárselo el prever que de aquel mismo honor se habían de servir ellos para afrentarle y ofenderle.

Luego añadió: Pues, ¿qué, si algunos de ellos no creyeron?, y a lo que parece, de todos puede afirmarse que no creyeron. Mas para que no pareciese acriminarlos vehementemente como enemigo, si hablaba conforme a la historia; en vez de usar silogismos y razonamientos, pone lo que en realidad de verdad sucedió: *Quede asentado que es*

Dios veraz por esencia y mendaz todo hombre ⁷. Esto es, según interpreta San Jerónimo (In. tit., 1, 2), *todo hombre es mendaz, porque puede mentir, aunque de hecho no mienta*. Lo que dice es esto: No digo que hubo algunos que no creyeron: pero si quieres, supón que fueron todos incrédulos: accediendo a conceder lo que de hecho había sucedido, para no parecer molesto y sospechoso; pues en esta hipótesis queda Dios más justificado. ¿Qué quiere decir justificado? —Que si se establece un juicio y se aprecian y examinan los beneficios y favores dispensados por Dios a los Judíos, y la correspondencia y agradecimiento de ellos para con Dios; la victoria será toda de Dios, infinitamente justo, poseedor y fuente de todo derecho. Y después de haberlo demostrado por lo hecho anteriormente, aduce también al profeta que siente del mismo modo diciendo: *A fin de que tú seas reconocido, fiel en tus palabras, y salgas vencedor en los juicios que de ti se hacen* ⁸ (Ps., 50, 6). Puesto que él hizo cuanto era de su parte, y ellos, no obstante, ni así se portaron como debían.

Y pone, a continuación, otra objeción que fluía de lo anterior diciendo: 5. *Mas si nuestra injusticia o iniquidad hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿No será Dios injusto en castigarnos? Hablo a lo humano.— De ningún modo*. Resuelve una dificultad con otra y un absurdo con otro. Mas como la sentencia es oscura, conviene aclararla. Lo que dice es esto: Honró Dios a los Judíos, y ellos les deshonraron. Insigne victoria de Dios y muestra de su inefable benignidad, que siendo ellos tales, los colmó de honores. Habiendo dicho, pues, que el haberle nosotros ofendido y deshonrado proporcionó a Dios tan gran victoria, haciendo aparecer tan esplendorosa su justicia, ¿por qué dice, soy yo castigado, pues fui causa de su victoria con mi ofensa? ¿Cómo resuelve esta dificultad? —Con otra, como antes dije. Porque si tú fuiste causa de la victoria, y después recibes castigo, eso es cosa injusta: mas si él no es injusto y, sin embargo, te castiga, ya no fuiste tú causa de su victoria. Y admira la religión y piedad apostólica. Habiendo dicho: *¿Es acaso Dios injusto en descargar su cólera?* , añadió al punto: *Hablo al modo humano*. cual si razonase como suelen hacerlo los hombres; porque el juicio y la justicia divina exceden inmensamente los juicios de los hombres y tienen otras altísimas y secretas razones.

6. *De otro modo, ¿cómo va a juzgar Dios al mundo?* No responde aquí sencillamente con una palabra, sino que refuta la objeción del

Judío arguyendo de esta manera. Si Dios fuese inicuo, no podría juzgar al mundo ni sería Juez de toda la tierra. Alude al Génesis. Pues queriendo Dios castigar a Sodoma y Gomorra, le dijo Abrahán: *Lejos de ti tal cosa, que mates al justo con el impío y sea aquél tratado como éste, no es eso propio de ti que juzgas toda la tierra*⁹ (Gen., 18, 25). Así también aquí Pablo, hablando a los Judíos, muy versado en la Escritura, y que ponía injusticia en Dios, si castiga los pecados, con lo cual resplandece tanto su fidelidad, les responde que no hay en esto injusticia alguna, pues es Dios juez de toda la tierra; y no sería juez si no fuese justo; pues si Dios diese un juicio injusto, no teniendo otro juez sobre sí, la injusticia juzgaría a la justicia; lo cual es imposible, porque el justo es quien debe juzgar al injusto. ahora, que Dios es juez de todos los pueblos y de toda la tierra, lo atestiguan también otros muchos lugares de la Escritura. Y se llama juez de todos, no sólo por razón del juicio futuro, sino también porque aun en este mundo ejerce la justicia y guarda suma equidad en sus obras.

Hubiera podido Pablo resolver directamente la objeción, diciendo que los pecados no tienen de suyo el ser manifestación de la fidelidad y verdad divina, sino que esto proviene de la bondad de Dios que, a pesar de los pecados de los hombres, quiere aún cumplir sus promesas: y así con toda justicia castiga Dios a los pecadores, como merecen también su ira y sus castigos los inicuos perseguidores de los mártires, aunque el mártir, sufriendo con paciencia, alcance gran mérito y gloria; porque esto no proviene del perseguidor, sino de la voluntad del que padece y del auxilio divino. Mas Pablo no usa esta razón, sino que recurre a la doctrina y testimonio de la Escritura que, para los que admiten su autoridad, es más eficaz y de mayor mérito, porque subyagamos obedientes los racionios de nuestro entendimiento a la fe y a la Escritura.

Luego, como la cosa era oscura y difícil, insiste en ella. 7. *Porque si la verdad de Dios con mi mentira redunde en mayor gloria suya. ¿por qué todavía he de ser yo condenado como pecador?* En efecto, si precisamente por no haber tú obedecido es y aparece Dios sumamente benigno, justo y bueno, no sólo no debes ser castigado, sino antes premiado. Y si esto es así, seguiráse aquel absurdo que anda en boca de muchos: que los bienes provienen de los males y que éstos son causa de aquellos. Y de estas dos cosas seguiráse necesariamente una: que si Dios castiga, es injusto, y si no castiga, sacó su victoria de

nuestros males; las cuales dos cosas son sumamente absurdas. Y declarando él esto adujo a los Griegos inventores de estos dogmas, juzgando suficiente refutación de ellos la cualidad de las personas que los patrocinaban. Pues entonces nos zaherían diciéndonos: hagamos lo malo, para que venga lo bueno. Por eso lo puso expresamente diciendo. 8. *Y ¿por qué (como, con insigne calumnia, esparcen algunos que decimos nosotros) no hemos de hacer un mal, a fin de que de él resulte un bien?, cuya condenación es justísima.* Porque habiendo dicho Pablo: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia* ¹⁰ (Rom. 5, 20), ridiculizándole y torciendo sus palabras a un sentido muy diferente del que encerraban, decían que convenía obrar el mal para gozar de bienes. Mas Pablo no decía tal cosa: sino que, al contrario, corrigiéndolos decía: *¿Qué diremos, pues? ¿habremos de permanecer en el pecado para dar motivo a que la gracia sea copiosa? —No lo permita Dios* ¹¹ (Rom., 6, 1, 2); pues yo dije eso de los tiempos pasados, no para que pensemos esas cosas ni las practiquemos. Rechazada, pues, esa sospecha, dijo que aquello era imposible. *Porque, añadió, estando ya muertos al pecado. ¿cómo hemos de vivir aún en él?* (*Ibid.*).

6. Y a los Gentiles fácil le fue postrarlos y derrotarlos; porque llevaban una vida muy desgarrada y viciosa: mas la de los Judíos, aunque era también muy descuidada, pero se cubrían con la capa de la ley y de la circuncisión, con la compañía y trato con Dios, y con que eran maestros y doctores de todas las gentes: por lo cual los despojó y desnudó de todos estos velos, demostrando que, precisamente por esas especiales prerrogativas, eran más severamente castigados: con lo cual remató su discurso.

Porque si los que tales cosas cometen no son castigados, preciso es que logre general aceptación aquel dicho blasfemo: *Hagamos el mal para que venga el bien.* Mas si es impío tal dicho y los que lo usan recibirán castigo, pues esto significó añadiendo: *cuya condenación es muy justa*, es evidente que son castigados. Porque si son dignos de suplicio los que tal dicen, mucho más aún los que lo hacen; los cuales si merecen suplicio, merécenlo por haber pecado, pues no es un hombre quien los castiga, para que, nadie sospeche en el juez ignorancia o malicia, sino el mismo Dios: que no comete injusticia alguna. Por tanto, si es justo su castigo, injustos fueron en achacarnos tales dichos los que de nosotros se mofaban. Puesto que Dios siempre

hizo y hace lo que conviene para que brille por su rectitud y piedad la vida humana.

PARTE PARENÉTICA O EXHORTATORIA.

Pongamos, pues, sumo cuidado en desechar la desidia y la pereza; y así podremos sacar a los Gentiles de su error. Pues si nos contentamos con palabras y deja mucho que desear nuestra conducta, ¿cómo nos atreveremos a tratar de convencerlos y convertirlos exponiéndoles los dogmas de nuestra religión sacrosanta? Diríamos: Tú que aún no has aprendido a practicar las cosas pequeñas, ¿te atreves a predicarnos las mayores? ¿No sabes que es cosa, mala la avaricia y te atreves a filosofar de las cosas celestiales? —Ya sé, dirás, que es cosa mala—. Tanto mayor es, pues, tu culpa, ya que no pecas por ignorancia.

Pero, ¿a qué hablar de los Gentiles? Ni nuestras mismas leyes nos dejan gozar de esta libertad de predicar cuando nuestra vida no es pura y sincera, sino corrompida y perversa. Porque escrito está: *Mas al pecador le dijo Dios, ¿Cómo te metes tú a hablar de mis leyes y tomas en tu boca mi alianza?* ¹² (Ps., 49, 16). Estando cautivos los Judíos rogábanles e instábanles los Persas que cantasen los divinos cánticos. Mas ellos respondían: *¿Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en tierra extraña?* ¹³ (Ps., 136, 4). Pues si en tierra bárbara no era lícito cantar los divinos oráculos, ¿cuánto más ilícito será esto a un alma bárbara? Pues bárbara es toda alma cruel y sin entrañas de misericordia con su hermano. Y si a los que están en cautiverio y dura servidumbre extranjera les manda la ley que callen, ¿cuánto más deberán cerrar sus bocas y permanecer mudos y callados los que son esclavos del pecado y viven en ominosa servidumbre en región extraña? Y cuenta que aquellos no carecían de instrumentos, pues dice allí el salmista: *De los sauces colgamos allí nuestras arpas* (v.2.). Mas a pesar de eso, no les era lícito cantar. Luego tampoco nos será lícito a nosotros, aunque tengamos boca y lengua, que son los órganos de la palabra, hablar osadamente, mientras gimamos bajo la cruel esclavitud del pecado, que es el más feroz de los tiranos.

EL AVARO ES IDÓLATRA. Porque, dime, ¿cómo podrás decir al Gentil, mientras vivas entregado a la avaricia y la rapiña: Apártate de la

idolatría, reconoce a Dios, no codicies oro ni plata? ¿No se reirá de ti y te replicará: Predícate a ti primero, que no es igual ser idólatra un gentil que serlo un Cristiano? Porque, ¿cómo podremos apartar a otros de la idolatría si nosotros la abandonamos? Más cercanos y más próximos, somos nosotros de nosotros mismos que de cualquier prójimo. Pues si a nosotros mismos no nos persuadimos. ¿cómo pensamos persuadir a otros? Porque si el que no gobierna bien su casa no debe cuidar de la Iglesia ¹⁴ (I. Tim., 3, 5), ¿cómo es posible que el que no guarda ni proteja su alma tenga cuidado de la ajena y procure convertirla y mejorarla?

Y no me digas que no adoras ningún becerro de oro. Pruébame que no cometes los excesos que el oro y las riquezas persuaden. Porque hay muchas clases de idolatría: pues unos tienen por dios al oro, otros al vientre y otros alguna otra ferocísima pasión. ¿Qué no les sacrificas becerros como los gentiles? –Pero les matas y ofreces como víctima tu misma alma. ¿Qué no doblas ante ellos las rodillas, ni les rindes adoración? –Pero eres más condescendiente y obedeces más al oro, al vientre y a las otras tiránicas concupiscencias que ellos a sus ídolos.

Pues los Griegos, ¿por qué son dignos de abominación, sino porque de las pasiones y enfermedades del alma hicieron otros tantos dioses? A la lujuria llamaron Venus, a la ira Marte y a la embriaguez Baco. Y si tú no les eriges, como ellos, templos y estatuas, en cambio te sometes y entregas con más ardor a esas pasiones y enfermedades del alma, haciendo miembros de meretriz los que son miembros de Cristo y manchándote con otros mil crímenes.

Por eso os suplico que, considerando y ponderando bien la excesiva gravedad de esta pasión, desechéis con gran valor la idolatría (que así llama Pablo a la avaricia) ¹⁵ (Co., 3, 5), y no sólo la inmoderada codicia de dinero, sino todo apetito desenfrenado y toda demasía ya en el vestido, ya en la mesa, ya en el lujo de carrozas y criados y en todo lo demás. Porque nuestro castigo será mucho mayor que el de los gentiles si no obedecemos a las leyes de Cristo. *Pues el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, recibirá muchos azotes* ¹⁶ (Lc., 12, 47).

Para librarnos, pues de este castigo y ser útiles a otros y a nosotros, arrojemos de nuestras almas toda malicia y estimemos y amemos la virtud. Pues de este modo alcanzaremos también los bienes futuros,

que ojalá logremos todos por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo sea la gloria, el honor y el imperio, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VII (3, 9-31)

Después de haber tratado San Pablo de las prerrogativas y de las prevenciones de Israel, pasa a tratar de la justicia por la fe mediante la redención de Jesucristo. Dos cosas nos enseña aquí el Apóstol: una que nosotros nos hacemos justos, otra que esto no lo conseguimos por la ley. Por eso a esta justicia la llama él justicia de Dios.

Cuando los judíos era fácil que se quejaban de que no les concedía ventaja alguna sobre las demás naciones del mundo, San Pablo les dice que no tienen razón alguna para esa queja, porque entre los hombres no hay diferencia alguna: todos han pecado y tienen necesidad de la gracia de Dios. El Judío, el Escita y el Bárbaro, todos son de la misma condición. Es verdad que el Judío recibió la ley; pero ésta no le sirvió más que para conocer el pecado, no para evitarlo.

Por lo demás, es cosa indudable que esta justicia no hemos de esperarla de nuestras obras, sino de la fe en Jesucristo. No temas, pues, recibir esta justicia. Dos ventajas hallarás en ella: la primera, cuán poco nos cuesta un bien tan grande, pues basta creer; la segunda, que es un bien universal: a todos lo ofrece Dios. ¿Podía Dios hacer una manifestación más brillante de su soberano poder, pues muestra que no sólo nos salva, sino que nos justifica sin nuestras obras, no exigiéndonos otra cosa que la fe? Así habla el Apóstol, y lo hace para mantener sumiso al Judío, que ya cree, y atraer a la fe al que no cree aún.

Nadie se imagine, sin embargo, que San Pablo, al encomiar la eficacia de la fe, nos quiere significar que ésta destruye la ley; al contrario, nos dice que la afirma y mantiene; y que si la ley abrió, por decirlo así, el camino a la fe, ésta viene a servirle de apoyo y sostén.

La ley autorizó la fe que debía seguir después de ella; *establecida* y abonada, dice San Pablo, *por el testimonio de la ley y de los profetas*. La fe, a su vez, ha autorizado a la ley, que sin ella era vacilante y frágil. ¿Qué eran las observancias de la ley?, ¿cuál era su fin? Hacer al hombre justo. Pero eso precisamente era cosa que ella no podía hacer. *Porque todos han pecado*. La fe, en cambio, sobrevino y lo hizo: porque creyendo nos hacemos justos. De esta manera vino la fe a afirmar el intento y fin de la ley. No la destruye, pues, sino que la lleva a su fin y perfección.

Eso nos demuestra tres cosas: 1.^a, que podemos justificarnos sin la ley; 2.^a, que la ley no pudo justificar al hombre, y 3.^a, que la fe no combate ni destruye la ley.

EXHORTACIÓN

Mas como sabemos que además de la fe que nos justifica necesitamos vivir piadosamente, hagámonos dignos de conservar un don tan precioso, observando entre nosotros una mutua caridad, que es madre de todos los bienes. Pero esta caridad no consiste en palabras estudiadas, sino en buenos oficios. Demostremos al pobre que le amamos librándoles de su pobreza; al enfermo, asistiéndole en su enfermedad; al encarcelado, socorriéndole en su prisión.

Vemos a muchas personas arrojarle generosas a los mayores peligros por ayudar y favorecer a sus amigos; pero luego que éstos, libres ya del riesgo y la desgracia que les amenazaba, llegan a adquirir algún alto puesto y alguna estimación en el mundo, no conservan para con ellos el fervoroso afecto de antes; sino que, después de haber hecho por sus amigos lo más penoso y costoso, les faltan en lo más fácil y hacedero. ¡Oh desdichado efecto de la envidia! ¿Qué teméis, almas inhumanas, qué es lo que así os disgusta y enfada? ¿Es, por ventura, que vuestro hermano es honrado y estimado de todo el mundo? —Precisamente por eso deberíais gozaros, alabar a Dios por haber levantado y ensalzado a uno de vuestros miembros. San Pablo asegura que aunque uno diera toda su hacienda a los pobres y entregara su cuerpo a las llamas, si le falta la caridad, de nada le sirve (I. Cor., 13, 3). ¿Qué habría dicho del envidioso, que, sin haber recibido de otro daño alguno, le desea el mal? ¿No lo habría tenido por peor que un pagano? Huyamos este detestable crimen que conduce al infierno; pensemos cuánto nos ha amado Jesucristo y cuánto nos ha mandado que nos amemos los unos a los otros. El dio su sangre por sus enemigos, ¿y nosotros no podemos resolvernos a dar nuestro dinero por amor de aquél que nos ha colmado de tantos beneficios y favores? ¿El sacrificó su propia vida y nosotros tenemos tanta dificultad en dar un bien que no es nuestro?

Si queréis dejar a vuestro hijo un gran tesoro, déjales como herencia la providencia de Dios; dejadles a Dios mismo por deudor suyo. Elías, por un poco de harina que recibió de una viuda, bendijo su casa; y por haberle ella preferido a sus hijos, produjo tan grande abundancia en aquella casa, que en una grandísima carestía nunca faltó en ella ni aceite ni harina. (3. Reg., 17, 16). Pues si esto hizo Elías, ¿qué hará el Señor de Elías?

9. *Luego, qué. ¿Les hacemos ventaja (=¿somos más dignos los Judíos que los Gentiles?). –No, por cierto. Pues ya hemos probado que, tanto Judíos como Gentiles, están todos bajo el pecado, según está escrito: que,*¹⁰*. No hay quien sea justo, ni siquiera uno.*¹¹*No hay quien tenga juicio, no hay quien busque a Dios.*¹²*Todos a una se descarriaron y se pervirtieron; no hay quien obre bien, no hay ni uno siquiera*¹¹*(Ps., 13, 1-3-).*¹³*Sepulcro abierto es su garganta; con sus lenguas urden engaños*²*(Ps., 5, 11). Veneno de áspides hay bajo sus labios*³*(Ps., 139, 4)*¹⁴*. Su boca rebosa maldición y amargura*¹⁴*(Ps., 9, 2.^o, v.7).*¹⁵*Ligeros son sus pies para ir a derramar sangre inocente*⁵*(Ps., 59, 7).*¹⁶*Quebranto y desdicha hay en sus caminos*⁶*(Is., 59, 7).*¹⁷*Y la senda de la paz jamás la conocieron*⁷*(Is., 59, 8)*¹⁸*. No tienen el temor de Dios delante de sus ojos*⁸*(Ps., 35, 2).*

1. Acusó a los Gentiles, acusó a los Judíos: restaba hablar de la justicia que se alcanza por la fe. Pues si la ley natural de nada sirvió, ni la ley escrita tampoco; sino que sólo sirvieron de carga a los que no usaron bien de ellas, presentándolos como dignos de mayor suplicio: luego es de todo punto necesaria la salvación por medio de la gracia. Muéstranosla, pues, oh Pablo, y dánosla a conocer. Mas no se atreve todavía, porque recela aún de la insolente arrogancia y desenfreno de los presumidos Judíos; por eso sigue aún acusándolos: y en primer lugar, trae como acusador a David, que se alarga mucho en acriminarlos, y luego a Isaías, que en breves palabras lo comprende todo, poniéndoles de este modo un fuerte freno, para que no se arrendren y se retiren de la predicación de la fe algunos de los oyentes, viéndose ya atajados y detenidos por las acusaciones de los profetas. Porque de tres cosas gravísimas los acusarán éstos, diciendo que todos obraban mal, que ni siquiera mezclaban y templaban el mal con el bien, sino que sólo obraban maldad, y finalmente, que la ejecutaban con toda su alma.

Luego, para que no saliesen con que no iba eso con ellos, sino con otros, añadió: *Sabemos que en cuanto la ley prescribe a los que la profesan se dirige, a fin de que toda boca enmudezca, y el mundo entero se reconozca reo ante la justicia de Dios.* Por eso, además, de Isaías que, según confesión de todos, hablaba con ellos, trajo a David, mostrando que también éste se dirigía a ellos, hablando uno y otro en el mismo tenor. Pues, ¿en qué cabeza cabe que se ponga a reprender a otros un profeta que ha sido enviado para corrección y enmienda

vuestra?, ya que la ley a nadie se dio sino a vosotros. Mas, ¿por qué no dijo, Sabemos que cuando el profeta dice, sino *Cuando la ley dice?* —Porque a todo el Antiguo Testamento suele Pablo llamarlo ley. Pues en otro lugar dice: ¿No habéis oído leer en la ley, que Abraham tuvo dos hijos?⁹ (Gal., 4, 22), y aquí llamó también ley a los Salmos diciendo: *Sabemos que cuanto la ley dice, a los que bajo ella están lo dice.*

Luego demuestra que todo esto no se dijo solamente con el fin de acriminar; sino para que la ley preparase el camino a la fe. Tanta era la relación y conformidad del Antiguo Testamento con el Nuevo que hasta las acusaciones y reprensiones se hicieron indudablemente para abrir a los oyentes una espléndida puerta para la fe. Porque como lo que principalmente perdió a los Judíos fue su arrogancia, según lo dice más adelante, que *Desconociendo la justicia de Dios, y empeñándose en plantar la suya, rehusaron someterse a la justicia de Dios*¹⁰ (Rom., 10, 3); por eso se anticiparon la ley y los profetas en abatir sus humos, presunción y altivez, a fin de que, considerando sus pecados, depusieran toda su soberbia y, viéndose al borde del abismo infernal, corriesen con gran ardor a aquel que les daba el perdón de los pecados y la gracia por medio de la fe.

Lo cual indicó también Pablo diciendo: *sabemos que la ley habla con los que están bajo su imperio: para que toda boca enmudezca, y el mundo todo se someta a Dios.* Donde los presenta faltos de toda obra buena, y presumiendo, descarados, de meras palabras. Por eso habló son suma propiedad al decir, *Para que se cierre toda boca,* declarando su descarada y desenfrenada jactancia, y el justo y apropiado freno que debía ponerse a sus lenguas, que se desbocaban como violento y desbordado torrente; pero el profeta les puso y ajustó bien el freno. Mas cuando Pablo dice: *Para que toda boca queda obstruida,* no quiere decir que para esos pecaron, para que fuesen tapadas sus bocas; sino que se les refutaba para que no ignorasen, sino que cayesen en la cuenta de que habían pecado.

Y todo el mundo se sujeta a Dios. No dijo, el Judío, sino toda naturaleza, todo hombre. Porque aquello primero, *Para que toda boca enmudezca,* alude a ellos, aunque no del todo claro, para que la reprensión no pareciera demasiado dura: mas lo siguiente, *Para que todo el mundo se someta a Dios;* lo dijo de todos; así Gentiles como Judíos. Lo cual concude también, en gran manera, para abatir su

arrogancia, pues no les concede preferencia alguna sobre los Gentiles, sino que, en el negocio de la salvación, los mide por el mismo rasero. Todos necesitaban igualmente la gracia. En efecto, un reo desvalido e incapaz de perorar convenientemente su causa, necesita de un abogado que la defienda y patrocine: pues tal era nuestra condición y estado respecto a la salvación; todos habíamos perdido lo que a ella conduce.

20. *Pues por la ley se alcanza sólo el conocimiento del pecado.* De nuevo se lanza contra la ley, pero con más suavidad, pues lo que aquí dice no acusa a la ley, sino a la desidia de los Judíos; sin embargo, como va a hablar de la fe, insiste en la flaqueza e inutilidad de la ley. Pues si te empeñas en gloriarte de la ley, dice, ella más bien te avergüenza, manifestando y condenando tus pecados. Pero no habla tan ásperamente, sino con más moderación. *Por la ley, el conocimiento del pecado.* Luego también será mayor el suplicio del Judío. Pues la acción de la ley fue ésta, darte conocimiento del pecado; el evitarlo, a tu cuenta quedaba: si no lo hiciste, te acarreaste mayor castigo, por tu mayor conocimiento y la obra de la ley te fue ocasión de mayor suplicio.

2. Cuando los vio ya llenos de miedo, entonces les habló de la gracia, infundiéndoles vivísimos deseos de alcanzar el perdón de sus pecados, y así dijo. 21. *Mas ahora, independientemente de la ley ha hecho Dios una soberana manifestación de su justicia*, anunciada ya y *atestiguada en la ley y en los profetas*. Proposición, por cierto, grande y magnífica, que necesita fundamentarse y probarse con fuertes argumentos. Porque si los que vivieron bajo la ley no sólo no escaparon al suplicio, sino que lo sufrieron más grave, ¿cómo es posible, sin la ley, no sólo evitar el suplicio, sino adquirir la justicia? Dos cosas puso aquí de suma importancia, la justificación y que tan magníficos bienes se alcanzan sin la ley. Por eso no la llamó justicia a secas, sino *Justicia de Dios*; la extraordinaria magnitud del don, y la posibilidad y aun facilidad del cumplimiento de la promesa, pues para Dios nada hay imposible.

Mas no dijo, Ha sido dada, sino *Manifestada*, excluyendo así toda acusación de novedad o innovación; pues lo que se pone de manifiesto, por el mismo caso, se declara que ya existía, que era cosa antigua y escondida. Mas no sólo esta palabra, sino también las siguientes, muestran que no era cosa nueva. Porque después de decir *Se ha manifestado*, añadió: *Atestiguada por la ley y los profetas*.. Mas no debes

inquietarte como si fuera cosa nueva, porque se haya dado ahora, porque ya, muy de antiguo, la profetizaron y anunciaron la ley y los profetas. Y unas cosas las deja ya probadas con este argumento, otras, las probará. Arriba adujo a Habacuc, que había dicho: *El justo de la fe vivirá* ¹¹ (Rom., 1, 17); en lo que sigue aducirá a Abraham y a David, hablándonos de lo mismo. Porque era muy grande entre ellos la autoidad de estos personajes, pues aquel era patriarca y profeta; y éste, profeta y rey; y las promesas acerca de estas cosas, a uno y a otro se habían hecho. Y por eso, Mateo, al dar comienzo a su Evangelio, hace primero mención de ambos, y luego, de los demás progenitores. Pues habiendo dicho, *Libro de la generación de Jesucristo* ¹² (Mt., 1,1,) no aguardó a nombrar a Abraham, Isaac y Jacob, sino que primero junto con Abraham, mencionó a David, diciendo así: Hijo de David, hijo de Abraham; y entonces empezó a enumerar a Isaac, Jacob y todos los siguientes. Por lo cual, el Apóstol los hace intervenir aquí con frecuencia, y dice: *La justicia de Dios, atestiguada por la ley y los profetas*. Mas para que nadie dijese: ¿Y cómo es posible que consigamos la salvación sin contribuir nosotros con nada para esto?, dice que no es poco lo que nosotros hacemos con sólo crecer.

Habiendo dicho, pues, 22. *La justicia de Dios, añadió, mediante la fe de Jesucristo para todos y sobre todos los que creen*. Aquí vuelve a inquietarse el Judío, viendo que, sin concederle prerrogativa ni preferencia alguna sobre los demás, le cuentan en el mismo número que a los demás hombres del mundo. Pues para que no sufra tal turbación, lo reprime de nuevo, añadiendo: *Pues no hay distinción: 23. Porque todos pecaron*. No me digas: Este es Griego, aquel, Escita; el otro Tracio, pues todos son de la misma condición. Porque aunque tú hayas recibido la ley, sólo te trajo una ventaja, que conocieses el pecado, no el que lo evitases. Luego, para que no dijeran: Si nosotros pecamos, mas no como ellos, añadió: Y se hallan privados de la gloria de Dios. Por tanto, aunque no hayas pecado tanto como ellos, también tú estás privado de la gloria, pues eres ofensor, y ningún ofensor es del número de los glorificados, sino todos de los afrentados. Mas no temas, que no he dicho esto para desesperarte, sino para mostrarte la benignidad del Señor. Por eso añadió: 24. *Justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que hizo Jesucristo: 25. al cual propuso Dios como víctima propiciatoria, en virtud de su sangre, mediante la fe para demostración de su justicia*.

Mira cuántas pruebas da de su aserto. Primero, por la dignidad de la persona, pues todo esto lo hace no un hombre defectible, sino Dios omnipotente, porque *Justicia es ésta de Dios*. Segundo, por la ley y los profetas. No temas, pues, al oír, *Sin la ley*, pues éste es el contenido y enseñanza de la ley misma, así lo enseñó y anunció ella. Tercero, por los sacrificios, por las víctimas del Antiguo Testamento, pues por eso dijo, *En su sangre*, recordándoles aquellas ovejas y aquellos bueyes. Pues si la sangre de los animales borraba los pecados, mucho más ésta. Y no dijo, sencillamente, Liberación, sino *Redención*, para que no volvamos de nuevo a aquella esclavitud y servidumbre; y por eso la llamó *propiciación*, para dar a entender que si el tipo o figura tuvo tan gran virtud, mucho más hará la realidad. Al decir *Propuso*, indica otra vez que no es cosa nueva y reciente. Y después de decir *Propuso Dios*, con lo cual enseña que es obra del Padre, pues el Padre es quien le propuso, dice que es también obra del Hijo, pues él, con su sangre, lo llevó a cabo todo. 26. *Para manifestación de su justicia*. ¿Qué cosa es esta manifestación?— Así como la manifestación de sus riquezas consiste en que no sólo es rico él, sino que enriquece a otros; y asimismo la manifestación de su vida, en que no sólo vive él, sino que da vida y resucita a los muertos; y la manifestación de su poder, en que no sólo es él poderoso, sino que corrobora y robustece a los flacos y débiles; así la manifestación de su justicia consiste en que no sólo es justo él, sino que en un momento hace justos a los que estaban sumidos en el abismo del pecado y del vicio. Lo cual, añadió él mismo, interpretando de qué manifestación se trataba: 26. *Para mostrar que es justo y justificador y santificador del que cree en Cristo*.

3. No dudes, pues: que no es por las obras, sino por la fe. No huyas de la justicia: que tiene dos ventajas: su facilidad y su universalidad. Y no te corras ni te avergüences: pues si él hace alarde y ostentación de ésto, y se congratula de ello, ¿cómo te ocultas tú y te avergüenzas de una cosa de que tu Señor se gloria?

Después de haber animado a los oyentes diciendo que las cosas realizadas son una soberana manifestación de la justicia de Dios, vuelve otra vez a estimular al remiso y perezoso, detenido por el temor que le impide acercarse, con estas palabras: *a causa de la tolerancia de los pecados pasados*, soportados por Dios con tanta paciencia. ¿No ves con cuánta frecuencia les recuerda sus pecados? Antes (v. 20) dijo: *Por la ley, el conocimiento del pecado*; luego (v. 23): *Porque*

todos pecaron; pero aquí con más vehemencia, pues no dijo, Por los pecados, sino *Por la relajación*; esto es, por la mortificación, por el estado desesperado del enfermo que estaba desahuciado y sin esperanza alguna de sanar; sino que así como el cuerpo paralítico estaba necesitado del celestial médico, así también el alma mortificada. Y poniendo el crimen más grave, causa y raíz de todo, indica que merecen mayor castigo.

¿Y qué es ello?— Que en medio de la paciencia y tolerancia de Dios se portaron con tanta relajación. Pues no podéis pretextar que no lograsteis gran tolerancia y benignidad. Y aquello, *En el tiempo presente*, es propio de quien fue muy tolerante y humano. Pues habiendo perdido nosotros toda esperanza, llegado ya el tiempo de la sentencia, aumentados los males, y llegados los pecados hasta el colmo: entonces ejerció él su poder, para que veas cuánta es la abundancia de su justicia. Pues si hubiera hecho esta obra desde el principio, no hubiera parecido tan admirable y estupenda como ahora, cuando la enfermedad ha vencido y superado a todas las medicinas y remedios.

27. *¿Dónde está, pues, (oh Judío), el motivo de tu orgullo? —Excluido queda—. ¿Por qué ley?, ¿por la de las obras? —No, sino por la ley de la fe.* Mucho se esfuerza y grandísimo es el empeño que pone Pablo en probar que fue tanto el poder de la fe, que ni imaginarlo pudo la ley. Porque después de decir que Dios justifica al hombre por la fe, vuelve de nuevo a la ley. Pero no dice. ¿En dónde están las preclaras hazañas de los Judíos?, ¿dónde el ejercicio de las buenas obras?, sino ¿en dónde está tu engreimiento?, indicando siempre su insigne jactancia, como si superaran con mucho a los demás; pero sin presentar obra ninguna. Y habiendo dicho *¿Dónde está tu soberbia?*, no responde, se desvaneció y pereció, sino, *Excluida queda*: lo cual denota que pasó ya su tiempo, y no ha lugar ya para ella. Pues así como al llegar el juicio se les acaba el tiempo a los que quisieran hacer penitencia; así, dada ya la sentencia, cuando iban todos a perecer, y llegado aquel que iba a quitar todos aquellos males por medio de la gracia; no es ya tiempo de alegar que hubieran podido tomar de la ley su corrección y enmienda. Pues si querían valerse de aquellos adminículos debieran haberlo hecho antes de su venida; mas, presenta ya aquel que salva por la fe, se acabó el tiempo de trabajar, merecer y luchar: pues él, confutados y convictos de inutilidad todos aquellos medios, trae la salvación por la fe. Por eso vino ahora, porque si

hubiera venido al principio, hubieran dicho que era posible y hacedero salvarse por la ley y por sus trabajos y méritos propios. Para reprimir, pues, su insolvencia, difirió por largo tiempo su venida, a fin de que vieran bien que no se bastaban, y entonces les dio la salvación por su gracia. Por eso, habiendo dicho antes *Para demostración de su justicia*, añadió: *en el tiempo presente*. Y los que se atreven a decir lo contrario se portan como uno que, condenado en juicio por sus graves delitos, de que no pudo sincerarse, y no aguardando ya otra cosa que el suplicio, fue indultado por el rey, y se jactaba luego insolentemente de que no había merecido castigo alguno: pues el tiempo de probar su inocencia era antes de recibir el indulto; que después de recibirlo no es ya ocasión de jactancias; y esto es lo que sucedió a los Judíos. Pues como los vio de por sí enteramente perdidos, por eso vino; y con su venida, reprimió su arrogancia. Porque quien se llama maestro de ignorantes y, floriándose de la ley, presume de educador de necios, siendo así que tiene tanta necesidad como ellos de preceptor y salvador, no tiene, por cierto, razón algunas de engreírse. Pues si ya antes la circuncisión se volvió prepucio, mucho más ahora, que de ambos tiempos ha sido lanzada y arrojada. Mas al decir que ha quedado excluida, muestra también el cómo. ¿De qué modo, dice fue excluida? ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? —No, sino por la ley de la fe.

4. Advierte cómo llama ley a la fe, continuando de grado en estas denominaciones, para suavizar la novedad que parecía traer. Mas, ¿cuál es esta ley de la fe? —Que la salvación es por la gracia. Y en este punto muestra el poder de Dios, que no sólo nos salvó, sino que nos hizo justos y nos condujo a una sublime glorificación, sin necesidad de las obras, exigiéndonos únicamente la fe. Dice todo esto para enseñar al Judío creyente humildad y modestia, y reprimir al mismo tiempo al que aún no cree, atrayéndole así a la fe: pues el que ha alcanzado ya la salud, si aún sigue envaneciéndose, a título de la ley, oír que la ley misma le cierra la boca, lo reprende y acusa, que ella impidió su salvación y excluyó su engrimiento: y el que aún no ha creído, por estas mismas razones podrá llegar a creer. ¿Ves cuán grande es la fuerza de la fe?, ¿cómo aparta los ánimos de las antiguas obras, prohibiendo glorificarse en ellas?

28. *Sacamos, pues, por conclusión, que el hombre se justifica por la fe viva, sin las obras de la ley.* Luego que demostró que por sola la fe, sin las obras de la ley, eran los Gentiles superiores a los

Judíos, entonces habla de ella con gran confianza, y aplica el conveniente remedio a la turbación de los Judíos, porque dos pensamientos los traían inquietos: uno, cómo podían salvarse sin obras los que no habían podido salvarse con ellas; otro, cómo podía ser justo que los incircuncisos gozasen de los mismos bienes que los que habían encaecido en el cumplimiento de la ley: y esta última dificultad los inquietaba mucho más que la primera. Por eso, después de probar aquello, pasó a esto último, que turbaba a los Judíos de tal modo, que aún después de haber recibido la fe, increpaban por esto a Pedro, con ocasión de Cornelio y los hechos con él acaecidos. ¿Qué dice, pues? *Esta es nuestra conclusión y enseñanza: que por la fe se justifica el hombre sin las obras de la ley.* No dijo el Judío el que estuviere bajo la ley, sino que, dirigiendo su discurso a más dilatados horizontes, y abriendo el orbe entero las puertas de la salud, dijo, *el hombre*, empleando el común apelativo de toda la especie humana.

Luego, tomando ocasión de aquí, resolvió una tácita objeción. Pues, como era verosímil que los Judíos, al oír que todo hombre alcanza la justificación por la fe, lo llevasen a mal y se ofendiesen, añadió. 29. *¿Es acaso Dios solamente de los Judíos?* Como si dijera: ¿Por qué te ha de parecer absurdo que todo hombre consiga la salvación?, ¿por ventura atiende y favorece Dios a una parte sola?, dando a entender que ellos, al querer molestar y excluir a los Gentiles, menoscababan la gloria de Dios, no dejándole ser Dios de todos. Porque si es Dios de todos, de todos ha de tener cuidado y providencia; y si la tiene de todos, también los salva a todos por la fe, por eso dijo: *¿Es acaso Dios solamente de los Judíos? ¿No lo es también de los Gentiles?* –Sí, también lo es de ellos. Pues no es Dios singular de algunos, como lo que nos cuentan las fábulas de los Griegos, sino un solo Dios común a todos. Por lo cual añadió: 30. *Como quiera que uno solo es Dios*, esto es, uno mismo el Señor de éstos y de aquellos.

LA PROVIDENCIA ES COMÚN A TODOS. Y si me objetas los tiempos antiguos, también entonces era universal y común la providencia: pues si a ti se te dio la ley escrita, a ellos se les dio la natural; y no os eran inferiores en nada, si hubieran querido ayudarse, sino que podían hasta superaros, y así lo indicó, añadiendo: *Que justifica por virtud de la fe a los circuncidados, y por medio de la misma fe a los no circuncidados.* Recordándoles lo que antes les había dicho de la circuncisión y de los incircuncisos, donde demostró que no había diferencia algu-

na. Pues puso aquí más claro, afirmando que lo mismo el uno que el otro necesitan de la fe. 31. *¿Anulamos, pues, la ley por medio de la fe? —No tal, sino que la afirmamos.* ¿No ves su variada e inefable prudencia? Pues por el mero hecho de decir *La afirmamos* y consolidamos, da a entender que no tenía firmeza, sino que se caía de suyo. Y repara cuán fuerte y poderoso es el ingenio de Pablo, y con cuánta facilidad prueba lo que quiere. Pues aquí demuestra que la fe no sólo no recibe daño ni descrédito alguno de la ley, sino que ésta le sirve de ayuda, introductora y pedagogo, como dijo a los Gálatas ¹³ (Gal., 3, 24), preparándole el camino. Pues así como la ley, predecesora de la fe, dio testimonio en favor de ésta, que por eso dijo, *Atestiguada por la ley y los profetas*: así la fe afirmó y corroboró a la deficiente y vacilante ley.

Pero, dirás: ¿Cómo la consolidó y le dio fuerzas? —¿cuál era el destino de la ley y a qué fin dirigía todas sus prescripciones?— A hacer al hombre justo; cosa precisamente que no pudo conseguir: pues, *Todos pecaron*, dice, y viniendo entonces la fe, la llevó a feliz término, pues en cuanto uno cree, queda justificado. Afirmó, pues, el designio de la ley, y todo lo que ésta pretendía con sus mil preceptos lo realizó la gracia. No la abrogó, pues, sino que la condujo a su perfección y a su fin.

Tres cosas demostró, pues aquí: que sin la fe no puede el hombre justificarse, que esta justificación no pudo darla la ley, y que la fe no pugna en modo alguno con la ley. Pues, como lo que más enojaba a los Judíos era que la fe parecía contraria a la ley, demuestra más de lo que los Judíos exigían, que no sólo no le es contraria, sino que en favor suyo trabaja, lucha y pelea; lo cual ellos grandemente deseaban oír.

EXHORTACION

5. LA CARIDAD, FUENTE DE TODOS LOS BIENES. INVECTIVA CONTRA LA ENVIDIA. Mas como sabemos que, además de esta tan grande gracia de la fe justificante, es necesario vivir bien; mostremos en esto un ardoroso empeño, digno de don tan soberano. Así lo haremos, si, con sumo celo y diligencia procuramos adquirir la caridad, madre de todos los bienes.

Mas la verdadera caridad no consiste en meras palabras y cumplimientos, sino en obras: en atender, servir y socorrer al prójimo; v. gr., en consolar al triste, socorrer al necesitado, visitar, atender y auxiliar al enfermo; librar de peligros, acudir y favorecer, asistir y consolar en toda calamidad a los desgraciados, llorar con los que lloran, alegrarse con los que se alegran, triunfan y gozan: que también esto nace de la caridad, y aunque parezca corto obsequio éste de alegrarse con los que se alegran, no es pequeño, sino muy grande, y prueba de un ánimo sumamente caritativo y generoso. Porque, cierto, hallarán muchos que se arrojan generosos a servirte en cosas muy trabajosas y molestas, y no se alargan a prestarte este obsequio tan fácil y heredero. Muchos hay, repito, que lloran con los que lloran, y no quieren alegrarse con los que se alegran, sino que los verás hechos fuentes de lágrimas al ver al prójimo subir, gozar y triunfar: tristes efectos de la negra malignidad y lívida envidia.

Y, cierto, que no tengo yo por ligero y corto mérito y obsequio el alegrarse con los se alegran, sino mayor que aquel otro, y quizá más excelente, no sólo que aquél con que llora uno con los que lloran, sino aun que aquel con que uno asiste y ayuda a su prójimo en sus peligros: porque vemos a muchos arrojar generosos a grandes peligros al ver al prójimo en ellos, y luego, al ver al amigo, libre ya de peligros, y por sus relevantes méritos encumbrado, se carcomen y consumen de envidia; que tal es el tiránico y fatal efecto de esa negra pasión; siendo así que aquel primer obsequio cuesta tantos y tan grandes trabajos y sudores; y este otro sólo exige amor y voluntad buena. Y, sin embargo, después de tolerar con gusto lo más molesto y trabajoso, no hay manera de conseguir de ellos lo más llano y fácil; sino que, antes al contrario, se consumen y se mueren de pena, al ver a los otros exaltados, y a la Iglesia de Dios, por medio de sus predicaciones y excelentes empresas, floreciente y en auge. ¿Puede imaginarse cosa tan fatal y perniciosa como ésta? Porque quien tal hace no va sólo contra su hermano, sino que lucha y batalla contra la voluntad y gloria de Dios.

Bien pensadas y consideradas estas cosas, combate con valor y ten a raya esta pasión, y muévate, ya que no el amor del prójimo, al menos tu propio interés y conveniencia a librarte de los infinitos y terribles males que acarrea. ¿Cómo te resignas a soportar dentro de tu alma tan atroz y continua guerra de punzantes y mortíferos pensa-

mientos?, ¿a qué levantar y fomentar en ti esa lucha instentina, esos tumultos y horribles tempestades, trastornándolo todo? ¿Y en esa actitud y disposición de ánimo piensas presentarse ante el supremo juez para alcanzar el perdón de tus pecados?

Pues si no perdona Dios al que no quiere perdonar a su ofensor, ¿cómo va a perdonar a los que, rebosando malignidad maquinan e intentan inferir graves daños a quien ningún mal les ha hecho? Argumento es éste y prueba evidente de extremada perversidad y malicia. Pues los que tales cosas, meditan, atacan y combaten acérrimamente, en unión con las huestes diabólicas, y acaso más cruel, dañosa y pestilencialmente que ellas, a la Santa Iglesia de Dios. Porque del diablo puedes precaverte; mas éstos se presentan con cara de amigos, y encienden a escondidas el fuego, arrojándose en medio de él los primeros, y consumiéndose en una enfermedad que no solamente no inspira compasión, sino que mueve ya a ira, ya a risa y sangrientos sarcasmos. ¿Por qué ese miedo?, ¿de qué tiembles?, ¿por qué palideces?, ¿qué desgracia te acaece? —¿qué brilla tu hermano, que triunfa, que priva con los cabezas y autoridades? Y cuando fuera razón que te alegraras y engalanaras, que lo celebraras saltando de gozo y alabaras a Dios, porque ha exaltado y puesto en el candelero a tu hermano, ¿te dueles y enfadas de que Dios sea glorificado? ¿No ves adónde va a parar ese enojo?

Mas no siento, dices, que se tribute a Dios gloria; sino a mi hermano. —Mas por medio de él sube hasta Dios la gloria, y por tanto, la lucha y las hostilidades que tu levantas—. Pero no es eso lo que me desazona, sino que quisiera yo que esa gloria la recibiera Dios por mi medio. —Pues alégrate de los triunfos de tu hermano, y así será Dios glorificado por ti; y dirán todos: Bendito sea Dios, que tales siervos tiene; que libres y exentos de toda envidia, se regocijan mutuamente los unos del bien de los otros. Mas ¿qué digo un hermano? Aunque fuera un enemigo, si Dios fuese por él glorificado, por eso sólo deberías entablar con él estrecha amistad. Tú, en contra, haces de un amigo un enemigo, sólo porque sus altos méritos honran y glorifican a Dios. Si uno curase tu cuerpo enfermo, aunque fuera enemigo, lo contarías en adelante entre tus mayores amigos; ¿y reputas por enemigo a un amigo tuyo, porque es honrado el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia? —Pues, ¿cómo podrías declarar a Cristo más abierta guerra?

Por tanto, aunque haga uno estupendos milagros, aunque guarde

virginidad y suma abstinencia, y duerma en el suelo, subiendo así por sus virtudes, más alto que los ángeles; si se deja dominar de este vicio, será el más criminal de los hombres, peor que un adúltero y fonicario, y más detestable que un ladrón y sacrílego violador de sepulcros.

6. Y para que nadie diga que exagero, a vuestro juicio y parecer mismo me remito. Pregúntoos, pues: si vierais a un criminal con la tea incendiaria en una mano, y en la otra la piqueta demoledora, destruir y asolar en un punto este magnífico templo y sus altares, ¿no les sepultaríais los espectadores de tal hazaña bajo la lluvia de piedras, como hombre sacrílego y sin ley? Pues, ¿qué?, si el fuego que tu llevas es inmensamente más voraz que ese, la envidia, digo, que no derruye edificios materiales, ni abate aras y altares, sino que asuela y destruye cosa mucho más preciosas, los edificios vivos de los pastores, maestros y doctores que mantiene la Iglesia de Dios, ¿qué perdón merecerá? Y no me digas que han sido conatos, repetidos, sí, pero vanos conatos, que nunca pudiste realizar, pues lo que aquí se mira y se computa es la voluntad; que también Saúl mató a David, aunque no pudo llegar al efecto.

¿No consideras que, al maquinare en contra del pastor, vas por el mismo hecho contra las ovejas de Cristo, por las cuales dio él su sangre y su vida y nos mandó hacer y padecer todas las cosas? ¿No tienes presente que el mismo Señor no buscó su gloria, sino la tuya? Y tú, en cambio, no buscas su gloria sino la tuya: siendo así que si buscaras la suya, entonces, sí que conseguirías la tuya; mientras que, posponiendo y despreciando aquella, nunca conseguirás ésta.

¿Qué medicina, qué remedio hay contra esta mortal enfermedad? —Que nos unamos y juntemos todos para dirigir al Señor fervorosas e incensantes plegarias por ellos, como por otros tantos energúmenos. Pues el estado de éstos es mucho más triste y miserable que el de aquellos, puesto que su furor y locura es voluntaria; por tanto, orar y más orar es necesario para alcanzar de Dios el remedio de tan grave e incurable enfermedad. Porque si al que no ama a su hermano, aunque dé su hacienda toda a los pobres, y entregue su cuerpo a las llamas, de nada le vale: el que enciende guerra contra quien ningún mal le ha hecho, ¿qué suplicio no merecerá? Pues si en amar a quien nos ama no hacemos nosotros ventaja alguna a los Gentiles (Mt., 5, 46, 47), al que odia y envidia a quien le ama, ¿qué puesto le estará reservado?

LA ENVIDIA ES PEOR Y MÁS FATAL QUE LA GUERRA. Porque la envidia es más perniciosa que la misma guerra. Pues el que hace guerra, quitada la causa de ella, depone la enemistad; mientras que el envidioso nunca deja su tema, jamás hace las amistades; aquel hace guerra franca y abierta; éste, sorda y oculta; aquel puede alegar muchas causas de la guerra emprendida, éste, únicamente su furor y voluntad satánica. Pues a un hombre así, ¿a quién le comparemos?, ¿a qué víbora?, ¿a qué áspid?, ¿a qué gusano?, ¿a que escarabajo? Porque no hay cosa tan criminal y detestable como el alma envidiosa. La envidia, la envidia fue la que destruyó las comunidades Cristianas; ella, la que abortó las herejías, ella armó la fraterna diestra y la empapó en la sangre del justo; ella rompió los lazos y destruyó las naturales leyes del parentesco, y abrió a la muerte las puertas, y llevó hasta el efecto y la obra la maldición divina; y no permitió a aquel desdichado acordarse de su nacimiento, de sus progenitores ni de cosa alguna; ella lo encendió en tal ímpetu tu insano furor, que, al oír la divina amonestación: *A tu mandar estará tu apetito, y tú lo dominarás*, si quieres ¹⁴ (Ge., 4, 7), ni aun así quiso ceder ni amansarse. Perdonóle Dios su crimen, hízole superior de su hermano: mas es esta enfermedad tan rebelde e incurable que, aun después de emplear mil medicamentos, sigue siempre la llaga manando podre.

Pues, ¿cuál es la causa de tu pesar?, ¿cuál es la causa de tu sentimiento y dolor, oh tú, el más desdichado de los hombres?, ¿por qué es Dios honrado?

—Pero eso es de las almas satánicas. ¿porque tu hermano es a Dios sumamente grato y aceptó por su santa vida e intachables costumbres? — Pues aún puedes tú superarle. Así, pues, si quieres venderle, no le mates, no le quites de en medio; sino déjale que siga viviendo, para que tengas ocasión de luchar y vencer: así alcanzarás espléndida corona, mientas que si lo matas ahora, merecerás que unánimemente declaren todos tu completa derrota. Mas nada de esto hizo mella en la ciega y furiosa envidia.

Pero, ¿por qué tantas ansias de gloria en soledad tan inmensa, pues ho había entonces otros habitantes en la tierra. Pues ninguna de esas consideraciones le sirvió de freno; sino que, desechadas de su ánimo todas, se pasó con armas y bagajes al bando de Satán, y puso en formación el campo y escuadrón satánico, dispuesto a comenzar la lucha. Porque, junto con Caín, era entonces el diablo el jefe y capitán de la guerra.

Pues, no bastándole a Satán ver al hombre condenado a morir, procuró agravar la tragedia con el modo y género de muerte, y le persuadió que matase a su hermano. Desvivíase, pues, y se daba prisa por ver cumplida la sentencia de muerte, el que nunca se harta de ver más y más males nuestros. Como si uno, viendo a un enemigo suyo encarcelado y condenado al último suplicio, no quisiese aguardar más, sino que se apresurase a acelerar la muerte antes que saliese de la ciudad al lugar del tormento: así entonces el diablo, no contento con haber oído que el hombre había de convertirse en polvo, deseaba ver algo más, al hijo morir antes que su padre, y al hermano matando a su hermano con muerte prematura y violenta.

7. ¿Ves para lo que sirve la envidia?, ¿cómo llega hasta saciar el hambre del mismo diablo, preparándole una mesa tan abastada que ni él la habría soñado? Refrenemos, pues, esta funesta pasión. Porque no es posible, no, en modo alguno, escapar a aquel fuero preparado por el diablo, si no nos libramos de esta enfermedad: y nos libramos si pensamos cuánto nos amó Jesucristo, y que nos mandó amarnos unos a otros. ¿Y de qué modo nos amó? —Por nosotros, enemigos suyos, que le habíamos injuriado, dio su sangre preciosa. Hazlo tú así, con tu hermano, pues así nos lo mandó Cristo: *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado*¹⁵ (In., 13, 34). *como yo*: ¿Pues no amó él a sus enemigos?, ¿no dio su sangre por ellos? Luego si hemos de amar como él, hemos de estar dispuestos a dar la vida por nuestros enemigos. ¿Das tú tu sangre por tu enemigo? —La suya deseas beberle, disposición diametralmente opuesta al precepto divino: aunque lo que Cristo hizo fue mera liberalidad; mientras que tú no harías más que cumplir lo que debes.

Cuando a aquel siervo que debía diez mil talentos le perdonaron su deuda mientras que él, cogiéndole por la garganta, ahogaba a su consiervo, que no le debía más que cien denarios (Mt., 18), no sólo mereció la condenación por su brutal exigencia, sino más aún, por no haber hecho caso alguno del insigne ejemplo de caridad y misericordia de su señor; éste comenzó perdonándole a él, él debía haber seguido su ejemplo, perdonando al otro: pues no hubiera hecho más que cumplir una deuda de caridad, si lo hubiera perdonado. Porque en cuanto hacemos, deuda pagamos. Así nos lo dijo el Señor: *Después que hubiéreis hecho todas las cosas que os han mandado, habéis de decir: siervos inútiles somos; no hemos hecho más que lo que tenía-*

mos obligación de hacer ¹⁶ (Lc., 17, 10). Al ejercitar, pues, la caridad, al dar limosna al indigente, no hacemos más que cumplir un deber nuestro: no sólo porque Dios empezó primero colmándonos de sus bienes, sino porque nosotros no hacemos otra cosa que distribuir y dar lo que él nos dio y es más suyo que nuestro.

EXHORTACIÓN A LA LIMOSNA. ¿Por qué, pues rehúas poseer aquello que él quiso que fuese tuyo? Para eso te mandó dar tus bienes y riquezas a otros, para que tú la poseyeras. Porque mientras tú las retienes, no la posees; cuando las das al prójimo, entonces las recibes tú. ¿Hay, por ventura, cosa que a este amor compararse pueda? El derramó su sangre por sus enemigos. Nosotros, ni dinero queremos dar por nuestro amigo y bienhechor. El, su sangre, nosotros, ni dinero que no es nuestro: él, antes que nosotros, nosotros ni después que él: él por nuestra salvación, nosotros, ni para provecho nuestro: porque él nada saca de nuestra benignidad; toda la ganancia es para nosotros. Por eso se nos manda ser dadivosos, para que no perdamos nuestros caudales. Pues así como cuando le das dineros a un niño le encargas que lo guarde bien guardado, o que se los dé a guardar a un criado, para que no se los quite cualquiera: así lo hace Dios. dáselos, dice al necesitado, para que no te los quiten tantos codiciosos hambrones: el embaucador, el ladrón, el diablo, y después de todos la muerte. Mientras están en tu poder no están seguros; si me los das a mí por medio de los pobres, yo te los guardo bien guardados; y a su debido tiempo, te los devolveré con creces. Porque no los recibo yo para quitártelos, sino para guardarlos y aumentarlos y tenértelos a buen recaudo hasta aquel día en que no habrá ya quien preste, ni se mueva a compasión. ¡Qué dureza, qué inhumanidad la nuestra, que, después de tantas promesas divinas, ni siquiera prestarle queremos! Esa es la causa de que, al fin de la vida vayamos a él desamparados, pobres, desnudos, faltos y desprovistos de todo; la parte de la herencia que nos entregó toda la perdimos, por no haberla depositado en el banco de su providencia, que lo guarda y retribuye todo mejor que nadie; por eso lo pagaremos con el último suplicio. Porque, ¿qué podremos alegar en aquel juicio, cuando se nos acuse de haber dilapidado y malgastado la parte de la hacienda que nos dieron?, ¿cómo defendernos y sincerarnos? ¿Por qué no la diste a lucro?, ¿desconfiabas de recobrarla? —Mas, ¿qué razón tenías para pensar semejante cosa? Pues quien antes de recibir nada da tanto, ¿cuánto más dará a quien le honraré y obsequiare?

Pero, dirás: ¡Me alegran tanto las riquezas! de sólo mirarlas disfruto lo indecible. —Pues por eso mismo debes ser generoso en prodigarlas a los pobres, para alegrarte y recrearte más allí, donde nadie podrá quitártelas, mientras que ahora, al contrario, puedes tener muchas pérdidas y experimentar grandes daños y fracasos. Como los perros se abalanzan contra los niños arrebatárles el pan y las viandas, así se lanza el diablo contra los ricos. Consignemos, pues, nuestros bienes en la casa de nuestro Padre; que si esto viere el diablo, huirá de contado; y despachado él, tu padre te los guardará y te los devolverá aumentados en el siglo venidero, cuando ya él no podrá causarte ruido ni daño alguno.

Ahora, en cambio, apenas se diferencian los ricos de unos niños contra quien ladran y se abalanzan los perros: todos ladran a su alrededor, arrastrándolos y despedazándolos sin piedad; y no sólo los hombres, sino también las pasiones: la gula, la embriaguez, la adulación y todo género de lascivia. Entre los hombres, cuando tratamos de dar algo a préstamo, examinamos primero, cuidadosos, si el prestario es persona de confianza, si es agradecida, si podemos esperar mucho de ella. Aquí, en cambio, obramos enteramente al contrario; porque, dando de mano a Dios, liberalísimo remunerador, que da no sólo el centésimo, sino el céntuplo, entregamos nuestra hacienda a tales gentes, que no devolverán ni el capital siquiera.

8. ¿Qué nos dará el vientre, que es el que más consume? —Corrupción y basura. ¿Pues y la vanagloria? —Envidia y odios. —¿Qué la mezquindad y avaricia? —Cuidados y afanes. —¿Qué la lascivia? —Infierno y gusano roedor. Estos son los deudores de los ricos, éstos los réditos e intereses en la vida presente y en la futura: daños aquí y males allí. ¿A estos señores y a este interés hemos de prestar nosotros nuestros caudales, sin poder esperar de ellos más que suplicios, y se los negaremos a Cristo, que nos ofrece y promete el cielo, una vida inmortal y unos bienes insospechables? ¿Y qué defensa tendremos, qué excusa podremos alegar?, ¿por qué no se los prestas a quien te los devolverá sin falta y con grandísimo aumento? ¿Acaso porque los tomas y vuelve a muy largo plazo? ¿Pues no nos prometió recompensarnos aun aquí abajo? Buscad, dice, el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura ¹⁷ (Mt., 6, 33). Y eso ya en este siglo; como más expresamente lo dijeron San Marcos y San Lucas (Cf., M., 10, 29 y Lc., 18, 30). ¿Has visto jamás liberalidad tan

regia y soberana? Aquellos del cielo seguros los tienes, y los recibirás sin mengua alguna, antes con creces; estos presentes te los añade como gratificación propina y botijuela.

Sobre ésto, los largos plazos antes aumentan tu caudal; pues acrecen los réditos. Así lo vemos aquí en los prestamistas, que de mejor gana prestan a quien les ha de pagar a largo plazo, pues el que paga pronto, acorta e interrumpe el curso del lucro, impide que corra la ganancia. ¿Y habremos de ser tan escasos con Dios y tan mezquinos que, tolerando gustosos la tardanza de parte de los hombres y aun procurándola nosotros mismos, no queramos sufrir la de Dios, y seamos con él, por este título, tardos y perezosos, rehusándole perpetuamente nuestras ofrendas y dádivas, y volviéndole las espaldas con pretextos y subterfugios sin fin? Aunque, como ya dije aún aquí nos colma de bienes, mientras nos prepara en el cielo otros muchos incomparablemente mayores. Porque es tal la grandeza, excelencia y hermosura de aquellos bienes, que supera con mucho la vileza de la presente vida. Pues no cabe, en modo alguno, que en este cuerpo mortal se reciban aquellas inmarcesibles coronas, ni en esta turbulenta vida, sujeta a mil cambios y mudanzas, se llegue a poseer aquella herencia, aquel preciosísimo tesoro eternamente fijo y estable. Ahora bien, si estando tú en tierra extraña, donde no tuvieses criado ninguno ni medios de transportar nada a tu patria, te ofrecieran una gran cantidad de dinero, sin duda rogarías encarecidamente que te la entregaran luego, en tu patria; ¿y quieres recibir aquí abajo aquellos bienes espirituales y arcanos? ¿Qué locura es ésta? Pues, de recibirlos aquí, los recibirás mortales y caducos; mientras que, esperando aquel tiempo, te los darán incorruptibles y eternos; aquí recibirías plomo, allí, oro acrisolado y fino. Mas ni aun de los presentes bienes te privó. Pues a continuación de aquella promesa añadió otra, diciendo: *Todo el que ame las cosas del cielo recibirá el cien doblado en este siglo, y después, la vida eterna* ¹⁸ (Mt., 19, 29), (Cf., Mc., 10, 29, 30; Lc., 18, 29, 30).

NO SE MIRA LA GRANDEZA DEL DON, SINO LA VOLUNTAD. Pues si no recibimos el ciento tanto, la culpa es nuestra, que no queremos prestar a aquel que puede dar ese interés: pues todos los que le dieron recibieron eso, aunque fuera muy pequeña cantidad prestada. Porque, dime: ¿Qué gran cosa dio Pedro? ¿No fue una red rota, una caña y un anzuelo? Y, no obstante, le abrió Dios las casas de todo el orbe, le

franqueó mares y tierras, y todos le llamaban a sus casas; más aún, vendiendo sus bienes, colocaban el precio a sus pies, no atreviéndose a ponerlo en sus manos (que no osaban tocar, de respeto), ¡tanto era el honor, que junto con su munificencia, le tributaban! Pero, dirás: aquél era Pedro. ¿Y qué, oh hombre? ¿Por ventura se prometió esto a sólo Pedro? No dijo: Tú solo, o Pedro, recibirás el cien doblado, sino: *Todo el que dejare casa o hermanos, recibirá ciento tanto*. Pues no conoce él diferencia de personas, sino de obras. Pero dirás: Me rodea una cáfila de hijos y quiero dejarlos ricos. Pues, ¿por qué los dejas pobres? Porque si todo se lo dejas a ellos, no dejas bien proveídas tus cosas; mientras que si haces a Dios coheredero y curador de ellos, les dejas inagotables riquezas. Pues así como cuando nosotros nos tomamos la venganza por nuestra mano, levanta Dios mano y no nos defiende; mas si nos ponemos en sus manos, recibimos más que esperábamos, así sucede también con los dineros; si cuidamos nosotros de ellos, deja él de guardarlos; si nos ponemos en sus manos, seguros estarían tanto los hijos como ellos. ¿Y qué extraño es que así suceda con Dios, si lo mismo acaece con los hombres? Pues si al morir no nombras a ningún pariente curador de tus hijos, experimenta, por lo común, gran vergüenza el que esperaba y deseaba mucho esa tutela; mas si lo nombras tutor y curador, viéndose tan honrado, procura corresponder a este honor, haciendo su oficio lo mejor posible.

9. ¿QUÉ HERENCIA SE HA DE DEJAR A LOS HIJOS? DEL BUEN USO DE LAS RIQUEZAS. Si quieres, pues, dejar a tus hijos grandes riquezas, déjales la providencia de Dios. Pues el que, sin obra ni merecimiento alguno tuyo, formó tu cuerpo y tu alma, y te dio la vida, al verte tan liberal que le entregas tus hijos y tus bienes, ¿no les ha de abrir mil fuentes de riqueza? Pues si Elías alimentado con un poco de harina, al ver que aquella mujer le prefería a sus hijos, produjo tal abundancia en la casa de aquella viuda, que sus eras rebosaban de trigo y sus lagares de vino, considera cuánta no será contigo la benevolencia del Señor de Elías. No miremos, pues, cuán ricos dejamos a nuestros hijos, sino cuán virtuosos. Pues si ellos ponen su confianza en las riquezas, no se cuidarán de otra cosa, puesto que pueden ocultar su perversidad, como bajo una sombra, bajo la abundancia de los caudales: al contrario, si se ven destituidos del arrimo y consuelo de las riquezas, trabajarán sin descanso para buscarse en el ejercicio de la virtud y la pobreza el consuelo que las riquezas les niegan. No les

dejes, pues, riquezas para dejarles virtud; pues sería extremada locura no dejarles mientras vivimos parte alguna en la administración de los bienes, y después de nuestra muerte, dejar expuesta su juventud a suma licencia; pues mientras vivimos podemos pedirles cuentas de su administración, y si no la dieran buena, corregirlos y refrenarlos; más después de nuestra muerte, si al faltar nosotros, a la juventud entregamos riqueza, la empujamos a mil precipicios, echando fuego sobre fuego, y aceite en un horno caldeado. Si quieres, pues, dejarlos ricos sin peligro, déjales a Dios por deuda y entrégale a él el pagaré. Porque si ellos reciben el dinero, no sabrán a quién confiárselo y caerán en manos de muchos embaucadores e ingratos, mientras que si tú, precaviendo esos azares, se los entregas a Dios en préstamo, asegurarás tu tesoro y será devuelto con suma facilidad. Pues cuando Dios nos devuelve la deuda nos queda muy agradecido y a los que le prestaron los mira con mejores ojos que a los que nunca le prestaron, amando sumamente a aquellos a quienes más debe. Así es que si quieres tenerle por perpetuo amigo, hazle deudor en gran manera; pues no se alegra tanto un usurero que tiene muchos deudores como Cristo de la muchedumbre de los que a él le prestan: huye de aquellos a quienes nada debe, y corre hacia aquellos con quienes tienes deuda. No dejemos, pues, cosa por hacer para tenerlo por deudor: pues éste es el tiempo de los préstamos; ahora están ellos en uso. Si, pues, ahora no le prestas, después que salgas de esta vida no tendrá necesidad de ti. Porque aquí es donde está sediento y hambriento; sediento de salvarte; por esto anda mendigando, por eso recorre las calles desnudo, para negociarte la vida inmortal. No le desprecies, pues: porque no desea que le sustenten, sino sustentarte a ti: no ser vestido, sino vestir, y prepararte aquel vestido de oro, aquella estola regia. ¿No ves a los médicos más cuidadosos, cuando bañan a los enfermos, cómo se bañan también ellos, aunque no tengan necesidad de baño? Así él trabajando por tu bien, no hay trabajo a que por ti no se lance. Por eso llega a tu puerta pidiendo, para retribuirte más copiosamente; para que aprendas que no se echa por tus puertas por necesitado, sino para socorrer a tu indigencia. Por eso se llega a ti en hábito vil, y te extiende la diestra: si recibe tu óbolo, no lo desprecia; si lo despachas, no se retira, sino que vuelve de nuevo: porque ama en extremo; ama de veras nuestra salvación. Despreciamos, pues, las riquezas, para que no nos desprecie Cristo: despreciamos las riquezas, para conseguirlas.

Porque si las guardamos aquí, las perdemos por completo aquí y allí; si las distribuimos generosamente, en una y otra vida, gozaremos de grande opulencia. El que quiera, pues, ser rico, sea pobre, para hacerse rico; gasta para juntar; esparza para reunir. Y si estas cosas son nuevas e inesperadas; mira al sembrador y considera que no puede lograr gran recolección si no esparce la semilla y derrama lo que tiene preparado. Sembremos, pues, también nosotros, y cultivemos como campo el cielo, a fin de recoger en grande abundancia y conseguir los eternos bienes por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien, con el Padre y el Espíritu Santo, sea la gloria, el imperio y el honor ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

23-III-1955

A.M.D.G.

INDICE

Prólogo	3
HOMILÍA INTRODUCTORIA: notas	6
HOMILÍA INTRODUCTORIA: texto	7
Cuán grandes males causa la ignorancia de las Sagradas Escrituras. Orden cronológico de las cartas de San Pablo	7
HOMILÍA I (Cap. I, vv. 1-7): notas	12
HOMILÍA I (Cap. I, vv. 1-7): texto	13
La santificación proviene de la caridad. La dignidad que se compra por dinero no es verdadera dignidad	20
HOMILÍA II (Cap. I, vv. 8-17): notas	23
HOMILÍA II (Cap. I, vv. 8-17): texto	25
Y, ¿cuándo amamos contra el beneplácito divino?	29
Modestia de Pablo	34
Que no hay que ir indagando la razón de lo que Dios manda o dispone .	38
HOMILÍAS III y IV: notas	40
HOMILÍA III (Cap. I, vv. 18-25): texto	41
El error es vario, la verdad es una	42
La naturaleza ensalza a su Creador	43
Contra los filósofos gentiles	44
Las injurias son de gran provecho al que las lleva con paciencia	48
HOMILÍA IV (Cap. I, vv. 26-27): texto	49
HOMILÍA V (Cap. I, 28; cap. 11, 1-6): notas	56
HOMILÍA V (Cap. I, 28; cap. 11, 1-6): texto	57
La resurrección de los cuerpos	62
Cuán tremendo es el juicio de Dios. La ofensa de Dios es mayor que su venganza	68
HOMILÍA VI (Cap. II, 17; Cap. III, 1-9): notas	73
HOMILÍA VI (Cap. II, 17; Cap. III, 1-9): texto	74
¿Cuál es la verdadera circuncisión?	77
Parte parenética o exhortatoria	86
El avaro es idólatra	86
HOMILÍA VII (Cap. III, vv. 9-31): notas	89
HOMILÍA VII (Cap. III, vv. 9-31): texto	91
La Providencia es común a todos	98
Exhortación	99
La caridad, fuente de todos los bienes. Inectiva contra la envidia	99
La envidia es peor y más fatal que la guerra	103
Exhortación a la limosna	105
No se mira la grandeza del don, sino la voluntad. ¿Qué herencia se ha de dejar a los hijos? Del buen uso de las riquezas	107